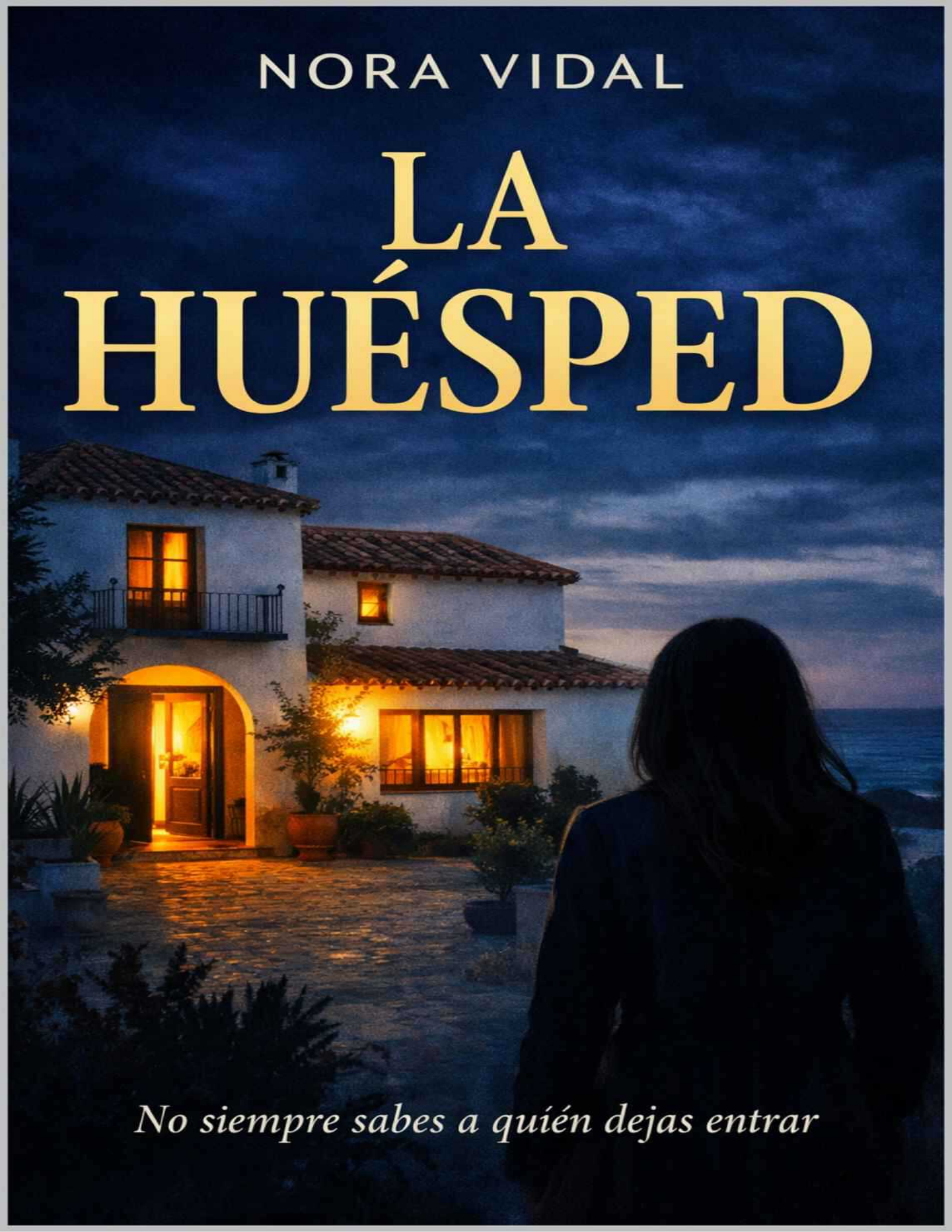
NORA VIDAL

LA HUÉSPED



No siempre sabes a quién dejas entrar

Nora Vidal

La Huésped

No siempre sabes a quién dejas entrar

© 2026 Nora Vidal

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

Casa Maresía

Hay mañanas en las que me despierto y no sé dónde estoy.

Dura un segundo. Puede que dos. Abro los ojos y veo el techo blanco con la viga de madera, la cortina que se mueve con la brisa del mar, la luz de Cádiz que entra como si el sol tuviera prisa. Y entonces respiro. Estoy en Conil. Estoy en mi casa. Estoy bien.

Hoy es una de esas mañanas.

Me quedo un momento en la cama, escuchando. Las gaviotas. Un motor de barco a lo lejos. La cafetera que Tomás ha puesto antes de irse al agua, porque Tomás siempre se levanta antes que yo, siempre deja el café hecho y siempre se va a la playa sin despertarme. Es la persona más silenciosa que conozco. A veces pienso que es un don. Otras, que simplemente le gusta tanto el mar que no puede esperar a que yo abra los ojos.

Me levanto. La casa huele a café y a azahar, que es como huele Conil de septiembre a noviembre, cuando los turistas se van y el pueblo vuelve a ser pueblo. Bajo a la cocina en camiseta y

bragas, porque los huéspedes no llegan hasta las tres y porque a los treinta y cuatro años he aprendido que las mañanas son para estar a gusto, no para cumplir protocolo.

Casa Maresía. Mi proyecto, mi sustento, mi excusa para vivir aquí.

Es una casa encalada de dos plantas en una callecita detrás de la iglesia, a siete minutos andando de la playa de La Fontanilla. Cuatro habitaciones de huéspedes arriba, cada una con su baño, su ventana al mar o al patio, sus sábanas de algodón que lavo yo misma porque las lavanderías de aquí tratan la ropa como si le tuvieran manía. Abajo, el salón, la cocina, una terraza con buganvillas y un patio interior con un limonero que da limones del tamaño de pelotas de tenis.

La compré hace seis años con el dinero de la herencia de mi abuelo. No era mucho, pero en Conil las casas viejas no cuestan lo que cuestan en Sevilla o en Madrid. La reformé yo misma. Bueno, yo y Tomás, y Rocío cuando tenía un rato libre, que no era casi nunca, y el hermano de Rocío que es albañil y me hizo precio de amiga.

Ahora es mi vida. Desayunos caseros, reservas por internet, sábanas limpias, flores en la mesa. Cuatro estrellas en Booking. Cuatro y media en Google. No estoy forrada, pero pago las facturas, no le debo nada a nadie y puedo ver el mar desde mi ventana.

A veces pienso que no me lo merezco.

No sé de dónde viene ese pensamiento. O sí lo sé, pero no quiero mirarlo. Es como una puerta al fondo de un pasillo largo. Sé que está ahí. Sé lo que hay detrás. Y cada mañana, cuando me despierto y no sé dónde estoy, lo que tarda un

segundo en volver no es el lugar. Es la puerta. La puerta que decidí cerrar hace siete años y que nunca he vuelto a abrir.

———

Tomás vuelve a las nueve y media, con el pelo mojado y esa sonrisa de tío que ha pillado buenas olas y se cree que el mundo es un sitio estupendo. Trae un cartón de leche y un paquete de servilletas que le pedí ayer.

—¿Cómo estaba? —pregunto, refiriéndome al mar.

—Metro y medio, limpio, sin apenas viento. Septiembre de manual.

Se acerca y me besa en la frente. Huele a neopreno y a sal. Me gusta ese olor. Me gusta él. Tomás Herrero, treinta y ocho años, profesor de surf en la escuela de El Palmar, nacido en Cádiz capital, criado en Chiclana, enamorado de mí desde hace tres años sin que yo entienda exactamente por qué.

Es guapo, pero no de una forma que llame la atención. Alto, delgado, moreno de sol, con los ojos claros de la gente de la costa gaditana. Tiene una forma de mirarme que a veces me incomoda, porque me mira como si yo fuera exactamente lo

que quiere. Y yo sé que la persona que él cree que soy no existe del todo.

Pero eso tampoco quiero pensarlo.

—Tienes reserva nueva —dice, sirviendo café—. Te ha sonado el móvil antes.

Cojo el teléfono. Efectivamente, un mensaje de la plataforma de reservas. Lo abro.

Irene Blanc. 1 persona. Estancia: indefinida (mínimo 3 semanas). Check-in: 15 de septiembre.

Indefinida. Eso es raro. La mayoría de la gente reserva tres noches, una semana como mucho. Nadie reserva indefinido.

Hay un mensaje adjunto:

"Hola Clara, acabo de salir de un divorcio complicado y necesito un sitio tranquilo donde pensar. He visto tu casa en internet y me ha encantado. ¿Hay posibilidad de negociar un precio para estancia larga? No necesito desayuno todos los días. Solo necesito silencio y un sitio bonito. Gracias, Irene."

Leo el mensaje dos veces. Es amable, directo, con un punto de vulnerabilidad que me hace sentir empatía inmediata. Una

mujer sola saliendo de un divorcio. Conozco esa sensación de necesitar un lugar donde nadie te conozca y nadie te pregunte.

—¿Algo bueno? —dice Tomás.

—Una reserva larga. Puede que un mes.

—Joder, eso es pasta.

Sí. Es pasta. Septiembre y octubre son meses flojos en Conil. Los turistas de verano se han ido, los de puentes todavía no han llegado. Una huésped de larga estancia a precio negociado es exactamente lo que necesito para llegar a noviembre sin susto.

Le contesto: *"Hola Irene, bienvenida. Para estancias largas puedo ofrecerte 35€/noche (desayuno incluido) o 30€ sin*

desayuno. La habitación 4 tiene vistas al patio y es la más tranquila. ¿Te parece? Un abrazo, Clara."

La respuesta llega en menos de un minuto.

"Perfecto, 35 con desayuno. Llego el viernes. Muchas gracias, Clara. Creo que tu casa es justo lo que necesito."

Sonrío. Le enseño el mensaje a Tomás.

—Mira, ya tiene nombre la primera huésped de otoño.

—Irene —lee Tomás—. Suena bien.

Suena bien. Sí.

———

El viernes a las tres de la tarde, preparo la habitación 4.

Sábanas limpias, toallas nuevas, un ramo de lavanda del patio en un tarro de cristal sobre la mesilla. Abro la ventana para que entre el aire. Desde aquí se ve el limonero y, si te asomas un poco, un triángulo de mar azul entre los tejados.

Oigo la puerta de abajo. Una maleta con ruedas sobre las baldosas.

—¿Clara?

Bajo. En la entrada hay una mujer.

Lo primero que pienso es que es guapa. No llamativamente guapa, no de una forma que intimide, sino de una forma… limpia. Como alguien que duerme bien y se cuida sin hacerlo notar. Pelo castaño oscuro recogido en una coleta, piel sin maquillaje, ojos marrones grandes, ropa sencilla: vaqueros,

camiseta blanca, sandalias de cuero. Una maleta mediana y un bolso de tela.

Sonríe. Es una sonrisa cálida, la de alguien que ha tenido un viaje largo y se alegra de haber llegado.

—Hola, soy Irene.

—Clara. Bienvenida.

Le doy dos besos. Huele a limpio, a jabón neutro. No lleva perfume. Hay algo en eso que me gusta. La gente sin perfume me parece más honesta, no sé por qué.

—He venido en tren hasta Cádiz y luego en autobús. Ha sido una aventura —dice, mirando alrededor—. Esto es precioso, Clara. Mucho más bonito que en las fotos.

—Gracias. Ven, te enseño la habitación.

Subimos. Le muestro el cuarto, el baño, le explico los horarios del desayuno, dónde está la llave del portal, que puede usar la

cocina si quiere. Irene escucha con atención genuina, asintiendo, tocando las sábanas con la punta de los dedos.

—Es perfecto —dice, y se sienta en la cama—. Justo lo que necesitaba.

—¿Llevas mucho viajando?

—Unos meses. Desde que firmé los papeles del divorcio. He estado en Portugal, en Málaga, en Tarifa... pero ningún sitio me hacía sentir que podía parar. Este sí.

Me mira. Hay algo en sus ojos que reconozco. Cansancio. No el cansancio de no dormir, sino el de llevar algo encima demasiado tiempo.

—Aquí puedes parar —le digo—. Aquí no hay prisa.

Irene sonríe otra vez.

—Gracias, Clara. De verdad.

Bajo a la cocina. Pongo agua a hervir para un té. Pienso que Irene Blanc parece exactamente lo que dice ser: una mujer cansada que necesita un sitio donde respirar.

Pienso que va a ser una buena huésped.

Pienso que, por una vez, las cosas son exactamente lo que parecen.

Y en algún rincón de mi cabeza, en ese pasillo largo con la puerta al fondo, algo se mueve. Algo que no tiene nombre ni forma pero que lleva ahí siete años. No lo escucho. Nunca lo escucho.

Pero está ahí.

2

La huésped perfecta

Irene se adapta a Casa Maresía como si siempre hubiera vivido aquí.

El primer día baja a desayunar a las ocho y media, cuando los otros huéspedes —una pareja alemana de la habitación 1— ya se han ido a la playa. Se sienta en la mesa del patio, debajo del limonero, y cuando le pongo delante la tostada con tomate y aceite, el café con leche y el zumo de naranja recién exprimido, cierra los ojos un segundo.

—Dios mío —dice—. ¿Esto es todos los días?

—Todos los días. El tomate es de aquí al lado, de un huerto que tiene un vecino. Y las naranjas son del árbol de Rocío, mi amiga.

—Clara, si me quedo un mes voy a engordar diez kilos y me va a dar exactamente igual.

Me río. Me cae bien. Tiene esa forma de hablar que es directa pero suave, como alguien que ha aprendido a decir lo que

piensa sin hacer ruido. Me recuerda un poco a mí, o a quien me gustaría ser: alguien que está bien con poco.

El segundo día la encuentro en la cocina por la tarde, fregando los platos del desayuno que yo no había recogido todavía.

—No tienes que hacer eso —le digo.

—Ya lo sé. Pero estaban ahí y yo no tenía nada que hacer. ¿Te molesta?

—No. Pero eres huésped, no empleada.

—Soy una persona que no soporta no hacer nada. Si me dejas quieta, me vuelvo loca. ¿Puedo ayudarte con algo? Planchar sábanas, barrer la terraza, lo que sea. Necesito tener las manos ocupadas.

Lo dice con una sonrisa, pero debajo hay algo. Reconozco eso también. Cuando estás huyendo de algo, las manos vacías son el peor enemigo, porque sin nada que hacer solo te queda pensar. Y pensar es peligroso.

—Vale —le digo—. Pero si me ayudas, te bajo la tarifa a treinta.

—Clara, no quiero que me bajes nada. Quiero ayudar porque me apetece. Punto.

Así empezamos.

———

Para el tercer día, Irene tiene una rutina. Se levanta temprano, sale a caminar por la playa antes del desayuno, vuelve con las mejillas coloradas y arena en las sandalias. Desayuna en el patio, despacio, como si el tiempo no existiera. Por la mañana

lee en la terraza o baja al pueblo a tomar café. Por la tarde, sin que nadie se lo pida, ayuda: dobla toallas, riega las plantas, barre la arena que entra por la puerta.

Habla poco de ella. Lo justo.

—¿De dónde eres? —le pregunto el cuarto día, mientras preparamos la cena. He hecho salmorejo y ella ha insistido en cortar el pan.

—De Sevilla. Bueno, nací en Sevilla, pero he vivido en muchos sitios.

Sevilla. El nombre me pica en un lugar que no quiero rascar. Media España es de Sevilla. No significa nada.

—¿Y tu ex? ¿También sevillano?

—Madrileño. Nos conocimos en la universidad. Diez años juntos. Dos de ellos horribles, pero no me di cuenta hasta que fueron cuatro.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue lo mejor que me ha pasado, irme. A veces lo peor que puedes hacer es quedarte.

Dice eso mirándome, y hay algo en la frase que me llega más hondo de lo que debería. A veces lo peor que puedes hacer es quedarte. Yo no me quedé. Yo me fui de Sevilla hace siete años y no he vuelto. Pero no porque fuera valiente. Porque era lo contrario.

—Oye, Clara —dice Irene, cambiando de tono—. ¿Mañana puedo ir contigo a la compra? Quiero aprender a hacer esos

desayunos tuyos para cuando me monte mi propia vida en algún sitio.

—Claro. Salgo a las nueve.

—Perfecto.

Sonríe. Siempre sonríe. Es una sonrisa que no pide nada, que no espera nada. Que simplemente está ahí, como el sol de Cádiz, sin esfuerzo.

———

Tomás viene a cenar el viernes. Normalmente viene tres o cuatro noches a la semana; el resto duerme en su piso de El Palmar, que está más cerca de la escuela de surf. No vivimos juntos oficialmente. Es una de esas cosas que deberíamos hablar pero que ninguno de los dos menciona, como si no mencionarlo significara que no existe.

Cuando llega, Irene está en la terraza leyendo. Tomás la ve y se acerca.

—Hola, tú debes de ser la huésped misteriosa. Soy Tomás.

—Irene. Encantada.

Se dan dos besos. Tomás se sienta un momento a charlar con ella mientras yo termino de preparar la ensalada. Los oigo desde la cocina. Tomás le pregunta de dónde es, qué hace, cuánto tiempo se queda. Las preguntas normales. Irene contesta con naturalidad, sin mucha información pero sin parecer evasiva. Es buena en eso. En dar la impresión de que

está siendo abierta mientras en realidad no ha dicho nada concreto.

Cuando Tomás entra en la cocina, me besa en el cuello.

—Es muy maja —dice en voz baja.

—Sí, es genial. Me ayuda con la casa y todo.

—¿Ves? Necesitabas compañía en temporada baja. Siempre te digo que te quedas muy sola aquí.

No contesto. Tomás tiene razón. En temporada baja, cuando no hay huéspedes, Casa Maresía es grande y silenciosa y las noches son largas. Y yo con las noches largas no llevo bien. Las noches largas son cuando la puerta del pasillo se abre sola.

Cenamos los tres en la terraza. Irene ha traído una botella de manzanilla de Sanlúcar que ha comprado en el pueblo. Bebemos, hablamos de surf, del pueblo, de los restaurantes de Conil. Irene escucha más de lo que habla, pero cuando dice algo, es preciso. Un comentario sobre el vino. Una pregunta sobre las corrientes de El Palmar. Un cumplido a la ensalada que suena sincero porque lo es.

En un momento dado, Tomás cuenta una anécdota de un alumno que se cayó de la tabla y perdió el bañador. Nos reímos los tres. Irene se ríe echando la cabeza hacia atrás, sin cubrirse la boca, sin controlarse. Y veo que Tomás la mira un segundo más de lo necesario.

No es deseo. No es eso. Es algo peor, en cierto modo. Es interés. Es "qué tía tan auténtica." Es lo que todos pensamos

de Irene, porque Irene es exactamente la persona que quieres tener al lado: presente, amable, sin complicaciones.

Cuando se va a su habitación, Tomás me abraza en la cocina.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé. Te noto pensativa.

—Es el vino.

—Vale.

Me besa. Huele a manzanilla y a sal. Nos vamos a la cama. Hacemos el amor con la ventana abierta y el ruido del mar de fondo. Después, Tomás se duerme en dos minutos, como siempre. Yo me quedo mirando el techo.

Pienso en Irene. En lo fácil que es quererla. En lo rápido que se ha metido en mi vida. En que lleva aquí cinco días y ya tiene

rutina, ya conoce a mi novio, ya me ayuda con la casa. En que todo eso es bueno. Normal. Agradable.

Y en que, a pesar de todo eso, hay algo que no encaja.

No sé qué es.

Probablemente no sea nada.

Me doy la vuelta y cierro los ojos. En la oscuridad, detrás de mis párpados, aparece lo de siempre: una carretera de noche. Unos faros. Un golpe sordo.

Lo apago. Lo entierro. Lo empujo hasta el final del pasillo.

Me duermo.

Pero tardo mucho.

3

Pequeñas invasiones

Irene lleva una semana en Casa Maresía y ya forma parte del paisaje.

Baja a desayunar a las ocho y media, siempre. Siempre el mismo sitio: la mesa del patio, debajo del limonero. Siempre las mismas gracias por el café, por el zumo, por la tostada. Siempre esa sonrisa que no pide nada y lo llena todo.

Cuando no hay huéspedes —que es casi siempre, porque en octubre Conil se vacía como un teatro después de la función —, Irene se queda conmigo en la casa. Barre la terraza, riega las buganvillas, dobla las toallas con una precisión que a mí me costaría conseguir. Lo hace sin que se lo pida. Lo hace como si fuera suyo.

Y lo raro es que no me molesta.

Debería molestarme. Alguien que lleva siete días en mi casa y ya se mueve por la cocina como si la conociera de memoria, que sabe dónde guardo el aceite de oliva y cuál es el cajón de los paños, debería ponerme nerviosa. Pero Irene tiene esa

capacidad de estar sin estorbar, de ocupar espacio sin robarlo. Es como el agua: se adapta al recipiente sin forzar la forma.

Esta mañana, después de fregar los platos del desayuno —los suyos y los míos, porque ya ni discutimos sobre eso—, salimos juntas a caminar por la playa. Es algo que hemos empezado a hacer. No lo planeamos. Simplemente un día ella dijo que iba a la playa y yo dije que también, y desde entonces caminamos juntas por la orilla mientras el pueblo se despierta.

Hoy el mar está en calma. Esa calma falsa del Atlántico que puede cambiar en una hora. Caminamos descalzas, con los vaqueros remangados hasta las rodillas, y el agua está fría pero no helada. Irene recoge una concha y la mira al trasluz.

—¿Sabes lo que echo de menos? —dice—. Hacer cosas sin prisa. En Madrid todo era urgente. Cenar rápido, dormir poco, llegar a tiempo. Aquí no hay a dónde llegar.

—Eso fue lo que más me costó al principio —le digo—. Acostumbrarme a la lentitud. Venía de Sevilla y allí todo es

ruido, fiesta, gente. Aquí los primeros meses pensaba que me iba a volver loca del silencio.

—¿Y qué hiciste?

—Abrí la casa de huéspedes. Necesitaba oír voces.

Irene se ríe. Pero me mira un segundo demasiado largo, como si estuviera archivando esa información. Lo que hiciste para no pensar.

No le doy importancia. O me obligo a no dársela.

———

Cuando volvemos, hay un mensaje de Rocío en mi móvil. «Comemos en La Sal? Tengo gambas frescas.»

Le digo a Irene que Rocío nos invita a comer. Irene duda.

—No quiero molestar. Es tu amiga, id vosotras.

—No seas boba. A Rocío le caes genial. Venga, vamos.

La Sal es el chiringuito de Rocío, en la playa de Los Bateles. No es elegante. Es una barra de madera, ocho mesas con manteles de hule y una cocina donde Rocío hace milagros con lo que le traen los pescadores. En verano está lleno. En octubre, somos las únicas.

Rocío ha puesto una mesa en la terraza, con una jarra de tinto de verano y un plato de gambas que huelen a gloria. Nos

sentamos las tres. El sol da en la cara y el viento huele a sal y a romero silvestre.

—Bueno, Irene —dice Rocío, sirviendo el vino—. Cuéntame. ¿Ya te has acostumbrado al ritmo gaditano?

—Completamente. De hecho, creo que llevo toda mi vida esperando este ritmo sin saberlo.

—Eso es lo que dijo Clara cuando llegó. Y mírate, tres años después, parece que nació aquí.

—Siete —corrijo.

Rocío me mira.

—¿Siete qué?

—Siete años. Llevo siete años aquí, Rocío.

—¿En serio? Joder, pues es verdad. Cómo pasa el tiempo.

Irene pela una gamba con los dedos, despacio, sin mancharse.

—Siete años es mucho. ¿No has pensado nunca en volver a Sevilla?

El tinto de verano se me queda frío en la garganta.

—No. Aquí estoy bien.

—Ya, pero ¿la familia? ¿Amigos de allí?

—Mi madre viene a verme a veces. Y los amigos… la gente cambia. Las ciudades cambian. No queda nada a lo que volver.

Lo digo con la convicción que he ensayado cien veces. Es mi respuesta automática. La que di cuando Tomás me preguntó,

la que di cuando Rocío me preguntó hace años, la que le daré a cualquiera que quiera saber por qué una chica de Sevilla de veintisiete años lo dejó todo para irse a un pueblo de costa sin conocer a nadie.

No queda nada a lo que volver. Que es otra forma de decir: no puedo volver.

Irene asiente, como si mi respuesta le bastara. Pero en sus ojos hay algo que parece decir: te creo, pero no del todo.

Rocío cambia de tema. Habla de la temporada, de que los gastos del chiringuito le comen, de que está pensando en hacer cenas temáticas en invierno para no cerrar. Irene se interesa. Hace preguntas. Sugiere cosas.

—¿Y si haces catas de vino? Podrías contactar con bodegas de Jerez. Una cena maridaje, algo sencillo pero con gracia. Yo he organizado eventos así en Madrid.

—¿En serio? —Rocío se ilumina—. Joder, eso mola. ¿Me echarías una mano?

—Claro, encantada.

Me quedo mirándolas. Rocío y yo somos amigas desde que llegué a Conil. Ella fue la primera persona que me habló, la primera que me invitó a cenar, la primera que me hizo sentir que podía pertenecer a este sitio. Y ahora miro a Irene ganándosela en diez minutos con una idea de cenas maridaje, y siento algo que no me gusta.

No son celos. No exactamente. Es algo más sutil. Es la sensación de que Irene está ocupando un espacio que era mío,

pero haciéndolo tan bien que no puedo quejarme sin parecer mezquina.

Me termino el vino y sonrío. Porque eso es lo que hago. Sonreír y no decir lo que pienso.

———

Por la tarde, Tomás tiene clases de surf y yo me quedo sola en la casa. Irene ha ido al pueblo a comprar algo. Aprovecho para subir a mi habitación, que está en el primer piso, separada de las habitaciones de huéspedes.

Mi habitación es el único espacio de Casa Maresía que es solo mío. Es pequeña: una cama doble, un armario, una cómoda con un espejo y una estantería con libros. En la mesilla tengo una lámpara de cerámica azul que compré en un mercadillo en Chiclana, y al lado, tres fotos enmarcadas. Una de mi madre y yo en la feria de Sevilla, de cuando yo tenía veinte años. Otra de Tomás y yo en la playa, riéndonos de algo que ya no recuerdo. Y una tercera, la más pequeña, de Rocío y yo el

día que inauguramos La Sal, con la cara llena de pintura porque habíamos estado pintando el cartel.

Las miro todos los días. No conscientemente. Están ahí y las miro, como se mira un reloj de pared: de refilón, sin fijarse.

Por eso noto que la foto de Sevilla está girada.

No mucho. Un par de centímetros hacia la derecha. Como si alguien la hubiera cogido, la hubiera mirado y la hubiera vuelto a dejar, pero no exactamente en el mismo sitio.

Me quedo de pie frente a la mesilla, mirando la foto. La cojo. La giro. La pongo recta. Detrás no hay nada, es una foto normal en un marco barato. Pero estaba girada.

Yo no la he movido.

Tomás no sube a mi cuarto cuando yo no estoy. Y aunque subiera, no tiene motivos para coger una foto de la mesilla.

Irene.

El pensamiento llega antes de que pueda pararlo. Irene ha estado en mi habitación. Ha cogido mi foto. La ha mirado. La de Sevilla. La de mi madre y yo en la feria.

Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué iba Irene a entrar en mi habitación? La puerta no tiene cerradura —nunca he necesitado una—, pero hay una diferencia clara entre las zonas de huéspedes y mi espacio privado. Irene lo sabe. Es discreta, respetuosa, no es de las que cruzan líneas.

¿O sí?

Me siento en la cama. Me digo que estoy siendo ridícula. Que probablemente fui yo quien movió la foto esta mañana al

sacar algo del cajón. Que las cosas se mueven solas a veces. Que la casa es vieja y el suelo de madera no está nivelado y cualquier vibración puede mover un marco dos centímetros.

Me lo digo. Y casi me lo creo.

Bajo a la cocina. Cuando Irene vuelve, media hora después, con una bolsa del supermercado y esa sonrisa que siempre tiene, no le digo nada. ¿Qué le voy a decir? ¿Has estado en mi cuarto? ¿Has cogido mi foto? Parecería una loca.

—He comprado berenjenas —dice, dejando la bolsa en la encimera—. Y queso de cabra. ¿Hacemos algo para cenar?

—Claro.

Cenamos berenjenas gratinadas con queso de cabra y miel. Están buenísimas. Irene ha aprendido la receta en un blog y la ha adaptado con un toque de romero fresco que ha cogido del jardín. Comemos en la cocina, con la ventana abierta y el sonido del mar al fondo.

Todo es normal. Todo es agradable. Todo está bien.

Pero cuando subo a acostarme, lo primero que hago es mirar la foto de la mesilla.

Está exactamente donde la dejé.

Exactamente.

4

Lo que no se dice

Hay cosas que no se dicen en voz alta porque si las dices se vuelven reales.

No digo, por ejemplo, que a veces me despierto a las tres de la madrugada con las manos agarradas a la sábana y el corazón bombeando como si estuviera corriendo. No digo que en esos momentos veo siempre lo mismo: una carretera, dos carriles, la línea blanca del centro desdibujada por la lluvia. No digo que oigo el ruido. El golpe. Ese sonido que no se parece a nada que hayas oído antes y que, una vez lo oyes, no se te olvida jamás.

No digo nada de eso.

Lo que digo es: «He dormido mal.» Y Tomás contesta: «Otra vez, ¿no?» Y yo digo: «El viento.» Y él dice: «Deberíamos arreglar la contraventana de la habitación, se mueve con el levante.» Y asunto cerrado.

Esta mañana, después de una de esas noches, bajo a desayunar con los ojos hinchados y la sensación de haber

dormido dentro de un tambor. Irene ya está en el patio. Me ha preparado el café.

—Tenías mala cara anoche —dice, deslizando la taza hacia mí —. ¿Estás bien?

—Sí, es que me desvelo con el viento.

—A mí me pasa lo contrario. El ruido del mar me duerme como a un bebé. Llevo años sin dormir así de bien.

Se lleva la taza a los labios y me mira por encima del borde. No dice nada más. No insiste. Pero la pregunta queda ahí, flotando en el aire húmedo de la mañana, como si Irene supiera que el viento no tiene nada que ver.

———

A media mañana llaman de una agencia de viajes de Sevilla. Quieren reservar la habitación 3 para una pareja que viene la semana que viene, cuatro noches. Les confirmo, les mando las condiciones y cuelgo satisfecha. Cualquier reserva en octubre es oro.

Irene está sentada en el salón, leyendo. Últimamente lee mucho. Novelas negras, curiosamente. La he visto con una de Ruth Ware y otra de Shari Lapena. Cuando le pregunté si le gustaba el género, dijo que le interesaba «la psicología de las

personas que hacen cosas terribles y luego siguen viviendo como si nada.»

Lo dijo sin mirarme. Pasó la página y siguió leyendo.

—Irene, ¿puedo preguntarte una cosa?

Levanta la vista del libro.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

No es una pregunta hostil. O no pretende serlo. Pero me doy cuenta de que suena rara en cuanto la digo. Irene lleva aquí diez días. Paga puntualmente. No da problemas. Es la mejor

huésped que he tenido. Preguntarle cuánto se queda es como preguntarle a alguien que te cae bien cuándo se va.

Irene cierra el libro con el dedo dentro, marcando la página.

—¿Te molesto?

—No, no. Para nada. Es solo por organizarme.

—Pues... no lo sé. No tengo fecha. ¿Es un problema?

—No, al contrario. Solo quería saber.

Sonríe.

—Cuando decida irme, te aviso con tiempo. Te lo prometo.

Vuelve al libro. Yo me quedo de pie en la puerta del salón un momento más de lo necesario, sin saber qué esperaba que dijera ni por qué me importa la respuesta.

———

Por la tarde, Tomás y yo vamos a dar un paseo por el pueblo. Es jueves y Conil en octubre un jueves es como una película sin extras: las calles están vacías, las tiendas de recuerdos

cerradas, los restaurantes con las sillas apiladas en la acera. Solo quedan los de siempre. Los que viven aquí de verdad.

Caminamos por la calle principal cogidos de la mano. Tomás me habla de un grupo de turistas franceses que ha venido a hacer un curso de surf de tres días.

—Uno de ellos se ha metido en el agua con calcetines —dice —. Con calcetines, Clara. Debajo del neopreno.

Me río. Tomás tiene esa capacidad de convertir cualquier cosa en algo gracioso. Es una de las cosas que más me gustan de él. Que todo le parece divertido, que todo le parece manejable, que la vida para él es un sitio amable donde las cosas salen razonablemente bien.

Me gustaría ser así. Me gustaría que mi cerebro funcionara como el suyo: ligero, generoso, sin sótanos.

—Oye —dice, parándose frente a la pescadería—. ¿Qué te parece si esta noche hacemos una cena bonita? Los tres. Puedo comprar unas coquinas y hacer arroz.

—¿Los tres?

—Sí, Irene, tú y yo. El otro día lo pasamos bien, ¿no?

—Sí, claro. Si te apetece.

—Pues vamos.

Entramos en la pescadería. Tomás habla con Manolo, el pescadero, sobre las coquinas como si estuvieran negociando la paz mundial. Yo miro las sardinas en el hielo y pienso en lo

que ha dicho. «Los tres.» Natural. Simple. Como si Irene fuera ya parte de nuestra vida.

Y lo es. Eso es lo que me inquieta. Que en diez días, Irene ha pasado de ser una desconocida que reservó una habitación a ser alguien con quien cenamos, paseamos, hacemos planes. Alguien a quien Tomás incluye sin pensarlo. Alguien que Rocío quiere como socia para sus cenas de invierno.

No hay nada malo en eso. La gente conecta. La gente encaja. Pasa.

Pero normalmente no pasa así de rápido.

———

Cenamos en la terraza. Tomás ha hecho un arroz con coquinas que está espectacular. Irene ha puesto la mesa con velas que ha encontrado en el cajón del aparador —«estaban ahí, espero que no te importe»— y ha bajado la botella de vino blanco que tenía en su habitación.

Hablamos de viajes. Irene ha estado en muchos sitios. Lisboa, Roma, Estambul, Buenos Aires. Cuenta las ciudades como

quien cuenta estrellas: sin presumir, sin adornar, solo describiendo lo que vio.

—Buenos Aires es increíble —dice—. La gente habla como si todo fuera una emergencia. Hasta para pedir un café. «Dame un cortado, pero ¡ya!» Me encantó.

—Yo no he salido de España —dice Tomás—. Bueno, una vez fui a Biarritz a competir en surf. Pero no sé si eso cuenta como viajar.

—Claro que cuenta.

—¿Tú, Clara? —pregunta Irene—. ¿Has viajado mucho?

—No mucho. Sevilla, Conil, poco más.

—¿Y no te apetece?

—Estoy bien aquí.

Irene asiente. Bebe vino. Hay un silencio breve que Tomás llena contando la vez que una ola lo arrastró en Biarritz y acabó en la playa de al lado, sin tabla, en calzoncillos, delante de una familia francesa que estaba merendando. Nos reímos. Irene se ríe con esa risa suya abierta, sin filtro.

Y entonces dice algo que me para en seco.

—Qué suerte tenéis los dos. En serio. Esta casa, este pueblo, teneros el uno al otro. No todo el mundo puede decir que ha construido algo así.

Lo dice mirándome a mí. Solo a mí. Y hay algo en su tono que no es envidia. Es reconocimiento. Como si estuviera

catalogando lo que tengo. Como si estuviera haciendo inventario.

—Gracias —digo, porque no sé qué otra cosa decir.

Tomás me pasa el brazo por los hombros y me besa en la sien.

—Tiene razón. Somos unos suertudos.

Sonrío. Bebo. Miro el mar, que está negro y quieto como un espejo roto.

Cuando Irene se va a su habitación, me quedo recogiendo la mesa. Tomás se queda conmigo.

—Me cae muy bien —dice.

—Ya lo sé.

—¿Qué pasa? ¿No te cae bien a ti?

—Sí, claro que me cae bien. Es solo que… no sé. A veces me da la sensación de que me estudia. Como si me estuviera observando.

Tomás se ríe.

—Clara, eres la dueña de la casa donde vive. Te observa porque convive contigo. Es normal.

—Ya. Supongo.

—Estás muy tensa últimamente. ¿Quieres que me quede esta noche?

—No, mañana tienes clases temprano. Vete a dormir.

Me besa. Se va. Oigo la furgoneta arrancar y alejarse por el

camino de tierra hasta la carretera.

Me quedo sola.

La casa está en silencio. El tipo de silencio que tiene peso, que ocupa espacio, que se mete entre las paredes como humedad. Subo a mi habitación. Paso por delante de la puerta de Irene, que está cerrada. Hay luz por debajo. Está despierta.

Me meto en la cama. Apago la luz. Cierro los ojos.

Intento no pensar.

Lo intento con todas mis fuerzas.

Pero lo que viene siempre viene: la carretera, la lluvia, los faros. Y esta vez hay algo más. Un detalle que no estaba antes, o que estaba y yo no quería ver. Antes del golpe. Antes del ruido. Una silueta en el paso de peatones. Una chica joven. Pelo largo. Cruza sin mirar porque tiene preferencia, porque es su derecho, porque no espera que nadie venga a noventa por una carretera de cincuenta.

Me doy la vuelta en la cama. Aprieto la almohada contra la cara.

Para. Para. Para.

Tardo una hora en dormirme. Y cuando me duermo, sueño con fotos movidas de sitio y puertas que se abren solas.

5

Sevilla

Sevilla huele a azahar y a gasolina.

Eso es lo que recuerdo primero, siempre. El olor. Antes que las caras, antes que los nombres, antes que la música. El olor de una ciudad que es hermosa y brutal al mismo tiempo, que te abraza y te ahoga con el mismo gesto.

Tenía veintisiete años. Trabajaba en una gestoría en la calle Sierpes, ocho horas al día metiendo números en un ordenador que tardaba tres minutos en encenderse. Compartía piso con Laura, una enfermera del Virgen del Rocío que roncaba como un camión pero que hacía la mejor tortilla de patatas del hemisferio occidental. Los viernes salía con las chicas de la oficina. Los sábados con Álex.

Álex.

No pienso en él a menudo. He aprendido a no hacerlo. He construido una pared dentro de mi cabeza, una pared gruesa, de ladrillo, y detrás de esa pared están todas las cosas que no

quiero ver. Álex está ahí. La carretera está ahí. La chica del paso de peatones está ahí.

Pero a veces la pared se agrieta. A veces, de noche, cuando el viento golpea las contraventanas y la casa cruje como un barco viejo, la pared se viene abajo y todo lo que hay detrás sale de golpe.

Álex Montero. Treinta años entonces, abogado en un bufete del centro, hijo de un notario de Triana. Guapo de esa forma que no pasa desapercibida: alto, moreno, mandíbula fuerte, ojos que te miraban como si fueras la única persona en la habitación. Me enamoré de él en una boda. La boda de su prima, a la que yo fui porque Laura conocía al novio. Álex me sacó a bailar una sevillana y cuando me equivoqué en el tercer paso, se rió y dijo: «No importa, yo llevo.»

Llevamos tres años juntos. Tres años de cenas en restaurantes bonitos, de fines de semana en la sierra, de planes vagos sobre el futuro que nunca concretábamos. Álex era encantador. Álex era atento. Álex era, también, controlador de una forma tan sutil que tardé dos años en darme cuenta.

No me decía qué ropa ponerme. Me decía: «Ese vestido te queda un poco raro, ¿no? El otro te sienta mejor.» No me prohibía salir con mis amigas. Me decía: «Quédate conmigo, que mañana las ves.» No me gritaba. Nunca me gritó. Simplemente me iba convenciendo, poco a poco, de que sus decisiones eran las correctas y las mías no.

No voy a decir que era un monstruo. No lo era. Era un hombre inseguro con mucho poder y poca empatía, que es la combinación más peligrosa que existe.

La noche del accidente era un sábado de marzo. Habíamos ido a una fiesta en una finca a las afueras de Sevilla. Un

cumpleaños de un compañero de Álex del bufete. Casa grande, jardín con luces, barra libre. Álex me había dicho que no bebiera mucho, que tenía que conducir de vuelta. Pero Álex se puso a hablar de trabajo con sus colegas y yo me quedé sola en una mesa con gente que no conocía, y la única forma de soportar la incomodidad era beber.

Bebí. Más de la cuenta.

A las dos de la mañana le dije a Álex que me quería ir. Él dijo que todavía no. Le dije que estaba cansada. Dijo que esperara. Le dije que me iba en taxi. Dijo que no, que el taxi hasta el centro costaba cuarenta euros y que era una tontería, que ya nos íbamos.

Nos fuimos a las tres. Yo conducía porque Álex también había bebido, pero menos. O eso creía él. La realidad es que los dos estábamos borrachos, pero él era incapaz de admitirlo, y yo era incapaz de discutir.

La carretera de vuelta era una comarcal. Dos carriles, sin iluminación, con curvas. Llovía. No mucho, pero lo suficiente para que el asfalto brillara y los faros se reflejaran en el agua como manchas de luz.

Iba a noventa. El límite era cincuenta.

No me di cuenta. O no me importó. O las dos cosas. Estaba borracha, cansada, enfadada con Álex por hacerme esperar, enfadada conmigo por haberme dejado convencer. La carretera era recta en ese tramo. No había nadie. Eran las tres

de la madrugada de un sábado en una carretera comarcal a las afueras de Sevilla.

No había nadie.

Hasta que hubo alguien.

Un paso de peatones. Una farola que iluminaba la zona del cruce, la única farola en kilómetros. Y debajo de esa farola, cruzando, una chica. Joven. Pelo largo. Chaqueta oscura. Cruzaba despacio, sin prisa, porque tenía preferencia. Porque a las tres de la mañana en esa carretera no pasa nadie.

La vi.

La vi un segundo antes de que fuera demasiado tarde. Un segundo que no sirvió para nada. Giré el volante. Pisé el freno. El coche patinó sobre el agua.

El golpe.

Ese sonido.

No voy a describirlo. No puedo. Hay cosas que se quedan en los huesos, no en la memoria. El sonido del cuerpo contra el

coche no es algo que recuerde. Es algo que siento, cada noche, en el pecho, como un segundo corazón que late al revés.

El coche se detuvo. Álex gritaba algo. Yo no oía. Salí del coche. Llovía. Caminé hacia la farola. Y allí, en el asfalto mojado, estaba la chica.

No se movía.

Tenía los ojos abiertos.

Saqué el móvil. Marqué el 112. Oí los tonos. Uno. Dos. Contestaron.

Y entonces Álex me quitó el teléfono de las manos.

—¿Estás loca? —Su cara estaba blanca—. ¿Qué coño haces?

—Llamar a emergencias. Hay que...

—Tú no llamas a nadie. ¿Me oyes? Tú no llamas a nadie. Dame el teléfono.

—Álex, hay que llamar a una ambulancia, está...

—Clara. Escúchame. Estás borracha. Has atropellado a alguien. Si llamas, te hacen la prueba de alcoholemia, das positivo, y vas a la cárcel. ¿Entiendes? A la cárcel.

Me quedé mirándole. Llovía. La chica estaba en el suelo. Tenía los ojos abiertos.

—Álex, tenemos que ayudarla.

—No la puedes ayudar, Clara. Mírala. No la puedes ayudar.

Miré. Y supe que tenía razón. Lo supe por la forma en que

estaba su cuerpo. Por el ángulo del cuello. Por los ojos que miraban al cielo sin ver la lluvia.

Álex me cogió del brazo. Me metió en el coche. Condujo él. No sé cómo, con las manos temblando, pero condujo. Dejamos la carretera. Dejamos a la chica.

Dejamos a la chica.

No dije nada. No grité. No lloré. Me quedé sentada en el asiento del copiloto, mirando el parabrisas, viendo la lluvia caer, y por dentro me morí un poco. O mucho. O todo.

Álex lo arregló. Esa es la palabra que usó: «arreglar.» Fue al día siguiente al lugar, solo. Dijo que no había cámaras. Dijo que había hablado con alguien —un testigo, un hombre que vivía cerca— y que lo había «convencido» de que no había visto nada. Dijo que había limpiado el coche. Dijo que no había rastros.

El lunes, en las noticias, salió una noticia pequeña. Atropello en la carretera comarcal SE-3102. Víctima: mujer, veintidós años, fallecida en el acto. Conductor no identificado. Se solicita colaboración ciudadana.

Veintidós años.

Se llamaba Lucía.

Lo supe después, cuando la policía publicó el nombre. Lucía Blanc. Veintidós años. Estudiante de Bellas Artes. Volvía andando de casa de una amiga. Dos kilómetros. No había

cogido el coche porque había bebido un par de cervezas y no quería conducir.

Ella no quiso conducir.

Yo sí.

Dejé a Álex tres semanas después. No soportaba mirarlo. No porque me recordara lo que había hecho —eso no necesitaba que nadie me lo recordara—, sino porque cada vez que me miraba él veía a alguien a quien había salvado, y yo veía a alguien que me había hecho peor de lo que ya era.

Me fui de Sevilla. No se lo dije a nadie excepto a mi madre, y a ella le dije la mitad. «Necesito cambiar de aire.» No le dije por qué. No se lo he dicho nunca.

Cogí un autobús a Cádiz. Luego otro a Conil. No sé por qué Conil. Quizá porque estaba lejos. Quizá porque era bonito. Quizá porque en los pueblos de costa la gente no hace preguntas.

Encontré Casa Maresía. Era una ruina. La compré con la herencia de mi abuelo y un préstamo pequeño que tardé tres años en pagar. La arreglé con mis manos. Pinté las paredes de

blanco. Planté buganvillas en el porche. Compré muebles en mercadillos. Abrí las puertas a desconocidos.

Y me convertí en Clara de Conil. La chica del B&B. La que hace desayunos con tomate del huerto de al lado. La que sonríe. La que está bien.

La que no piensa en una carretera de noche.

La que no piensa en una chica de veintidós años con los ojos abiertos bajo la lluvia.

———

Me despierto. Son las cuatro de la mañana. Estoy empapada en sudor.

Me levanto. Bajo a la cocina. Me sirvo un vaso de agua y me lo bebo de pie, frente a la ventana, mirando el jardín a oscuras. Los limoneros son sombras. El mar es un rumor.

Oigo un ruido detrás de mí y me giro de golpe.

Irene está en la puerta de la cocina. Lleva un camisón blanco y tiene el pelo suelto. Me mira con ojos que no parecen los de

alguien que acaba de despertarse.

—Perdona —dice—. He oído ruido y he bajado. ¿Estás bien?

—Sí. No podía dormir.

—Yo tampoco. ¿Quieres una tila?

—No, estoy bien. Vuelve a acostarte.

No se mueve.

—Clara. ¿Seguro que estás bien? Pareces… asustada.

—No estoy asustada. Estoy desvelada. Es diferente.

Sonríe. Es una sonrisa suave, comprensiva. La sonrisa de alguien que te dice: no te creo, pero no voy a insistir.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Se va. Oigo sus pasos descalzos en la escalera, el crujido de la puerta de su habitación al cerrarse.

Me quedo sola en la cocina oscura, con el vaso de agua vacío en la mano y el corazón todavía acelerado.

No sé si lo que me ha asustado ha sido el sueño o encontrar a Irene despierta a las cuatro de la mañana, de pie en mi cocina, mirándome como si llevara un rato ahí antes de que yo me diera la vuelta.

6

Amigas

Rocío me llama el martes por la mañana para decirme que no puede comer conmigo.

—Es que he quedado con Irene. Me va a enseñar no sé qué de maridajes para las cenas de invierno. Tiene un contacto en una bodega de Jerez que le debe un favor. ¿No te importa, no?

—Claro que no.

—Ven si quieres, ¿eh? No te estoy excluyendo.

—Ya, ya lo sé. Pero tengo cosas que hacer en la casa. Pásalo bien.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono un momento, como si esperara que me dijera algo. No me dice nada. Es un teléfono.

No estoy celosa. Eso es lo primero que me digo. No estoy celosa de que mi mejor amiga prefiera comer con una mujer que conoce desde hace dos semanas antes que conmigo,

porque eso sería infantil y ridículo y yo tengo treinta y cuatro años y no soy una adolescente.

No estoy celosa.

Estoy... preocupada. Que es distinto. Preocupada por la velocidad con la que Irene se ha integrado en todo. En mi casa, en mi rutina, en mis relaciones. Preocupada porque parece demasiado fácil, demasiado limpio, demasiado perfecto.

Pero eso tampoco es razonable. ¿Desde cuándo es sospechoso que alguien te caiga bien? ¿Desde cuándo es raro que la gente conecte? Irene es encantadora. Es inteligente, graciosa, generosa. Claro que Rocío quiere pasar tiempo con ella. Cualquiera querría.

Me pongo a limpiar habitaciones. Es lo que hago cuando necesito vaciar la cabeza: limpiar. Fregar suelos, cambiar sábanas, pulir espejos. Trabajo mecánico, repetitivo, que mantiene las manos ocupadas y la mente callada.

Hoy tengo a la pareja de la habitación 3, los que vinieron de Sevilla por la agencia. Son jóvenes, treinta y pocos, simpáticos. Están de viaje de aniversario. Salen temprano, vuelven tarde, no dan trabajo. Cuando les hago la habitación encuentro una botella de cava vacía y un ramo de flores en la mesilla. Me hacen sonreír. Me recuerdan a cómo eran las cosas antes de que todo se complicara.

Antes. Esa palabra. «Antes» significa, en mi vocabulario privado, «antes de aquella noche.» Hay un antes y un después, y el después es todo lo que tengo, y el antes es algo

que no me pertenece porque la persona que era antes ya no existe.

———

Por la tarde, Irene vuelve entusiasmada. Me la encuentro en la cocina, preparando una infusión, con las mejillas coloradas y una energía que no le había visto.

—Clara, tienes que ver lo que hemos montado Rocío y yo. Hemos llamado a tres bodegas. Dos de Jerez y una del Condado. ¡Y las tres están interesadas! Vamos a hacer una

prueba piloto en noviembre. Una cena maridaje con seis vinos y seis platos. Rocío cocina, yo organizo. Va a ser increíble.

—Qué bien —digo, y me sale sincero. O casi.

—Rocío dice que tú podrías ayudar con la decoración. Dice que tienes un gusto increíble para montar mesas bonitas.

—¿Eso dice?

—Sí. Y tiene razón. Los desayunos que preparas son una obra de arte. El mantel, las flores, la vajilla. Todo está pensado. ¿Te apuntas?

Me mira con esa expectación limpia de alguien que no contempla la posibilidad de que le digas que no. Y eso, de algún modo, me obliga a decir que sí.

—Claro. Cuenta conmigo.

—¡Genial!

Se acerca y me abraza. Un abrazo rápido, natural, como si nos conociéramos de toda la vida. Huele a sal y a algo cítrico, un gel o un champú que no sé identificar.

Cuando se separa, me doy cuenta de que es la primera vez que me toca. En dos semanas de convivencia, Irene ha mantenido siempre una distancia correcta: amable pero sin contacto

físico. Y ahora, este abrazo. Breve, ligero, pero que cruza una línea que ella misma había trazado.

No sé qué hacer con eso.

———

Esa noche, Tomás viene a cenar. Le cuento lo de las cenas maridaje.

—Irene y Rocío lo están montando —le digo mientras corto tomates para la ensalada—. Una cena de prueba en noviembre.

—Mola. Irene tiene buenas ideas.

—Sí.

—¿Qué?

—Nada.

—Clara.

Me conoce. Tomás no es un hombre complejo, pero me conoce. Sabe cuándo mi «nada» significa nada y cuándo significa todo.

—Es que a veces siento que Irene se está… instalando. No en la casa. En mi vida. En Rocío, en ti, en mis cosas.

Tomás deja el cuchillo.

—¿Te cae mal?

—No, me cae bien. Ese es el problema. Me cae tan bien que no

puedo quejarme de nada sin parecer una imbécil.

—Pues entonces no te quejes. Si te cae bien y no hace nada malo, ¿cuál es el problema?

Lo dice con esa lógica simple que tiene. A más B igual a C. Si no hay problema, no hay problema. Me gustaría que fuera así de fácil. Me gustaría que mi cabeza funcionara en línea recta en vez de en espiral.

—Tienes razón —digo.

—Siempre la tengo.

Me besa. Cenamos. Hacemos el amor. Se duerme.

Yo no.

Me quedo mirando el techo, pensando en abrazos que cruzan líneas y en amigas que comparten planes sin preguntarme. Y debajo de todo eso, como siempre, como un río subterráneo que nunca se seca, está la otra cosa. La cosa que no tiene nombre. La carretera. La lluvia. La chica.

Lucía.

A veces, en mis peores noches, la busco. No en internet —dejé de hacer eso hace años, porque cada vez que buscaba su nombre encontraba un poco más y cada poco más era una cuchilla—. La busco en mi memoria. Intento recordar su cara. La vi un segundo, menos de un segundo, iluminada por los faros, y ese segundo debería habérseme quedado grabado para siempre, pero la verdad es que no recuerdo su cara. Recuerdo el pelo largo. Recuerdo la chaqueta oscura. Recuerdo

la postura de alguien que cruza una carretera sin mirar porque no espera que venga nadie.

No recuerdo su cara.

A veces pienso que eso es lo peor. No recordar la cara de la persona a la que maté. Porque si ni siquiera la recuerdo, ¿qué clase de persona soy? ¿Qué clase de monstruo atropella a una chica de veintidós años y ni siquiera se queda con su cara?

Cierro los ojos. Empujo todo al final del pasillo. Cierro la puerta.

La puerta que siempre se abre sola.

7

Preguntas

Irene pregunta.

No de forma agresiva. No como un interrogatorio. Lo hace suavemente, en los momentos en que la guardia está baja: mientras desayunamos, mientras caminamos por la playa, mientras fregamos los platos juntas por la noche. Preguntas

pequeñas que parecen inocentes pero que van trazando un mapa.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste de Sevilla?

—Veintisiete.

—Muy joven para dejarlo todo. ¿No tenías novio allí?

—Sí, pero lo dejé.

—¿Por qué?

—Porque no funcionaba.

—Ya. Los hombres que no funcionan. Conozco la historia.

Se ríe. Yo también me río. Y la conversación sigue por otro camino, como si la pregunta no hubiera sido nada, como si no acabara de abrir una puerta que yo cierro con siete llaves.

Otro día, mientras regamos las plantas del jardín:

—¿Qué hacías en Sevilla? ¿Trabajabas?

—En una gestoría. Administrativo. Nada emocionante.

—¿Y tu familia? ¿Son de allí?

—Mi madre sí. Mi padre se fue cuando yo era pequeña. No lo conozco.

—Qué duro.

—No tanto. No puedes echar de menos lo que no has tenido.

Irene asiente. Echa agua sobre los geranios con cuidado, como

si cada planta mereciera una atención individual.

—Mi familia también está rota —dice, sin levantar la vista—. Mis padres se separaron cuando yo era adolescente. Mi madre se derrumbó. Tuve que hacerme cargo de muchas cosas muy joven.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me hizo fuerte. O eso me digo.

Me mira y sonríe. Y hay algo en esa sonrisa que me recuerda a alguien, un eco que no consigo localizar, como una melodía que conoces pero no sabes de dónde.

—¿Y tu hermana? —pregunto—. ¿También te llevas bien con ella?

Es una pregunta inocente. La pregunta lógica después de hablar de familias rotas. La hago sin pensar.

Irene deja de regar. Solo un segundo. Un parpadeo que dura un latido de más. Luego sonríe otra vez.

—No tengo hermana.

—Ah, perdona. Creía que habías mencionado...

—No. Soy hija única.

Vuelve a los geranios. Cambia de tema. Me habla de las cenas maridaje, de los vinos que ha seleccionado, de que Rocío quiere poner velas flotantes en el chiringuito. Y yo me quedo con esa pausa. Ese parpadeo. Esa fracción de segundo en la

que algo se movió detrás de sus ojos, como un animal que se esconde rápidamente cuando encienden la luz.

No tengo hermana.

No sé por qué eso me suena raro. Probablemente no lo es. Probablemente estoy leyendo demasiado en todo, viendo fantasmas donde hay sombras normales, construyendo conspiraciones porque mi cerebro necesita un enemigo externo para no mirarse a sí mismo.

Probablemente.

———

El sábado, Rocío organiza una comida en La Sal para celebrar no sé qué santo. Rocío celebra todos los santos, todos los cumpleaños, todas las excusas para juntar a gente y abrir botellas. Es una de sus mejores cualidades.

Vamos Tomás, Irene, Curro el del estanco, su mujer Carmen, y dos amigos de Rocío de Vejer que han venido a pasar el fin de semana. Nueve personas en la mesa del fondo de La Sal, con vista al mar y una bandeja de pescaíto frito que Rocío ha sacado como si fuera el Santo Grial.

—Sentaos, sentaos. Irene, tú aquí a mi lado. Clara, ahí con Tomás. Curro, no toques la cerveza que todavía no he brindado.

Me siento. Irene está al otro lado de la mesa, entre Rocío y uno de los amigos de Vejer, un tipo rubio que se llama Marcos y que trabaja en algo de marketing. Irene y Marcos empiezan a hablar inmediatamente. Ella le pregunta por su trabajo, él le cuenta algo de campañas digitales, ella dice que tiene

experiencia organizando eventos corporativos en Madrid, él se entusiasma.

Los miro desde mi lado de la mesa. Irene en acción. Es como ver a un cirujano: preciso, eficiente, elegante. No es que manipule. No miente. No exagera. Es que sabe exactamente qué pregunta hacer, qué comentario soltar, cuándo reír y cuándo callar. Es una maestra de la conversación, de esas personas que te hacen sentir que eres la persona más interesante del mundo durante los cinco minutos que te prestan atención.

Tomás me da un codazo.

—Estás mirando mucho a Irene.

—No estoy mirando. Estoy… observando.

—¿La diferencia?

—Cuando miras, no piensas. Cuando observas, sí.

Tomás se ríe.

—Pues deja de observar y come, que se enfrían las sardinas.

Como. Las sardinas están increíbles, como todo lo que hace Rocío. Bebemos manzanilla. Curro cuenta un chiste malo. Carmen le pega en el brazo. Marcos le pregunta a Irene si tiene Instagram y ella dice que no, que dejó las redes hace tiempo, que le parecían «una forma de no vivir mientras finges que vives.» Marcos la mira como si acabara de descubrir una especie nueva.

En un momento dado, Irene se levanta para ir al baño. Cuando pasa por detrás de mi silla, me pone la mano en el hombro. Un

segundo. Un roce.

—¿Estás bien? —me susurra.

—Sí.

—Pareces lejos.

Se va. Tardo un momento en darme cuenta de que tengo la piel de gallina donde me ha tocado. No por miedo. Por algo que no sé nombrar. Algo que está entre la incomodidad y la

necesidad. Como cuando alguien que no debería conocerte tan bien te demuestra que te conoce.

Pareces lejos.

Es verdad. Estoy lejos. Estoy en Sevilla, siete años atrás, en una carretera mojada. Pero eso Irene no puede saberlo.

¿O sí?

———

Después de comer, Rocío me coge del brazo mientras los demás se quedan en la terraza tomando café.

—Oye, ¿qué te pasa con Irene?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Porque llevas toda la comida mirándola como si fuera a robar los cubiertos.

—No es eso.

—¿Entonces?

Me quedo callada un momento. Rocío es mi amiga. Mi mejor amiga. Lleva siete años escuchándome, aguantándome, queriéndome sin pedir explicaciones. Nunca me ha preguntado de verdad por qué me vine a Conil. Nunca ha insistido cuando yo cambiaba de tema. Rocío respeta los silencios, que es el regalo más grande que puedes hacerle a alguien con secretos.

—Es que me da miedo encariñarme —digo. No es toda la verdad, pero es una verdad—. Se va a ir, Rocío. Es una

huésped. Un día hará las maletas y se irá y todo volverá a ser como antes.

Rocío me mira con esa expresión suya de «te quiero pero eres tonta.»

—Pues sí, se irá. ¿Y qué? Todo el mundo se va, Clara. Eso no es motivo para no disfrutar mientras están.

—Ya.

—Además, lo mismo se queda. Dice que le gusta mucho Conil. A lo mejor se busca algo aquí.

—¿Ha dicho eso?

—Sí, hoy, mientras preparábamos la comida. Dice que nunca se ha sentido tan bien en ningún sitio.

Lo dice como si fuera una buena noticia. Y para Rocío lo es. Rocío no tiene motivos para sospechar de Irene. Rocío no tiene un sótano en la cabeza con una carretera dentro.

—Bueno, pues genial —digo—. Vamos a tomar café.

Volvemos a la terraza. Irene está contando algo que hace reír a todos. Me siento. Sonrío. Bebo café.

Y dentro de mí, en el fondo del pasillo, detrás de la puerta que se abre sola, algo se mueve.

No sé qué es.

Pero cada día pesa un poco más.

8

Punzada

Tomás empieza a actuar diferente.

No es algo grande. No es un cambio visible. Es más bien un desplazamiento, como cuando el viento gira dos grados y no lo notas hasta que las velas dejan de hincharse.

El miércoles, cuando viene a cenar, está callado. No su callado normal —Tomás es un hombre tranquilo, no necesita llenar silencios—, sino otro tipo de callado. Un callado que piensa. Un callado que elige qué decir.

Le pregunto cómo le ha ido el día. Me dice que bien. Le pregunto si ha tenido alumnos. Me dice que sí, unos alemanes. Le pregunto si quiere más ensalada. Me dice que no, que está lleno.

Tres preguntas. Tres respuestas cortas. Y ni una sola anécdota de las suyas.

Irene está en la terraza leyendo. No cena con nosotros esta noche; ha dicho que se había comido un bocadillo por la tarde

y que no tenía hambre. Lo ha dicho con naturalidad, pero me ha parecido una ausencia deliberada, como si supiera que sobraba. O como si quisiera que estuviéramos solos para que yo notara algo que no notaría si ella estuviera delante.

—Tomás, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Tomás.

Se frota la cara con las manos. Tiene las manos grandes, de trabajar, con callos de la tabla y la piel siempre un poco seca de la sal. Unas manos buenas. Honestas.

—No me pasa nada malo. Es que he estado pensando.

—¿En qué?

—En nosotros. En esto. En cómo llevamos tres años y nunca hemos hablado de… no sé. Del futuro. De qué somos. De qué viene después.

Me quedo quieta. Es la conversación que llevo evitando tres años. La conversación que esquivo cada vez que se asoma, que desvío con un chiste, una caricia, un cambio de tema. Porque

si hablamos del futuro, tengo que hablar del pasado. Y si hablo del pasado, se acaba todo.

—¿Y esto viene de...?

—De nada concreto. Bueno. Irene me dijo algo el otro día que me hizo pensar.

Irene.

—¿Qué te dijo?

—Estábamos hablando en la terraza, mientras tú estabas en la cocina. Me preguntó cuánto tiempo llevábamos juntos. Le dije tres años. Y me dijo: «Tres años es mucho para no saber a dónde vais.» Así, directa. Y tiene razón, Clara. Tres años es mucho.

Trago saliva. Hay muchas cosas que quiero decir. Que tres años no es mucho si cada día es una victoria contra los fantasmas. Que no hablo del futuro porque no sé si merezco uno. Que si Tomás supiera quién soy de verdad —quién soy de

verdad, no la versión editada que le presento cada día—, no estaría aquí, sentado en mi cocina, pidiéndome futuro.

Pero no digo nada de eso.

—Tienes razón —digo—. Deberíamos hablar.

—¿Pero?

—Pero no esta noche. ¿Vale? Esta noche estoy cansada.

Tomás me mira. Busca algo en mi cara. No sé si lo encuentra.

—Vale —dice—. Pero no lo aparques eternamente, Clara. No puedo seguir así.

Asiento. Me levanta de la silla, me abraza. Huele a sal y a neopreno. Me quedo pegada a su pecho, con los ojos cerrados, deseando ser la persona que él cree que soy.

———

Cuando Tomás se va, salgo a la terraza. Irene sigue allí, con el libro cerrado sobre el regazo y los ojos fijos en el mar. La luna está llena y todo brilla como mojado.

—Irene.

—Dime.

Me siento en la silla de al lado. Me cuesta un momento encontrar las palabras.

—¿Qué le dijiste a Tomás? Sobre nosotros, sobre los tres años.

Irene no se sorprende. Me mira con calma.

—Le dije lo que pensaba. Que tres años es mucho para no

tener claro a dónde va una relación. ¿Te ha molestado?

—No es que me haya molestado. Es que es algo entre él y yo.

—Tienes razón. Perdona. No debería haberme metido.

Lo dice sin defensas, sin excusas. Simple y directo. Perdona. Y eso debería ser suficiente. Debería bastarnos a las dos. Pero hay algo que no encaja, y es que Irene no parece una persona que dice las cosas sin pensar. Irene piensa todo lo que dice. Lo piensa, lo calcula, lo deposita en el momento exacto. Y la frase «tres años es mucho para no saber a dónde vais» no fue un comentario casual. Fue una semilla.

—Irene, ¿puedo preguntarte algo directo?

—Claro.

—¿Por qué te interesa mi relación con Tomás?

Silencio. El mar. El viento moviendo las hojas del limonero.

—No me interesa tu relación con Tomás —dice, despacio—. Me interesas tú. Me importas, Clara. Eres la primera persona que me ha hecho sentir bienvenida en mucho tiempo. Y me

preocupa que estés con alguien y no seas completamente feliz.

—¿Quién dice que no soy feliz?

—Nadie. Pero se nota.

Me mira. Sus ojos, en la luz de la luna, son oscuros y profundos, como pozos. Y en el fondo de esos pozos hay algo que no consigo ver.

—Se nota en la forma en que te tensas cuando él habla del futuro. En que nunca mencionas Sevilla. En que cuando te quedas sola por la noche, la luz de tu habitación no se apaga

hasta las dos o las tres de la mañana. Se nota en que sonríes mucho, Clara, pero tu sonrisa no siempre llega a los ojos.

Cada frase es un bisturí. Precisa. Limpia. Exacta. Y cada una corta algo que yo creía protegido.

—Irene, no me conoces tanto como crees.

—Puede que no. Pero quiero conocerte.

Se levanta. Me pone la mano en el hombro, como hizo en la comida de La Sal.

—Buenas noches, Clara. Y perdona si me he pasado.

Se va.

Me quedo en la terraza. Sola. Con la luna llena y el mar y la sensación de que alguien acaba de entrar en una habitación que yo tenía cerrada con llave y ha movido todos los muebles.

Tomás sonríe demasiado cuando Irene habla.

Irene sabe demasiado sobre cómo me siento.

Y yo, sentada aquí, en mi propia terraza, en mi propia casa, me siento por primera vez como una invitada.

Como alguien que está de paso en su propia vida.

9

Desplazamientos

Noviembre empieza con lluvia y con la sensación de que algo se ha movido de sitio.

Rocío no me llama. Quiero decir: sí me llama, pero menos. Antes hablábamos todos los días. Ahora pasan dos días, tres, sin que suene el teléfono. Y cuando hablamos, Irene está

siempre en la conversación, como un personaje que aparece en todas las escenas aunque no lo hayas escrito.

«Irene dice que las bodegas de Jerez pueden mandarnos muestras gratis.»

«Irene ha diseñado unos carteles preciosos para las cenas.»

«Irene, Irene, Irene.»

El jueves, le mando un mensaje a Rocío: «Comemos mañana en La Sal? Solo tú y yo, como antes.»

Tarda dos horas en contestar. «Mañana no puedo, estoy con Irene viendo proveedores. El sábado?»

El sábado no puedo yo, porque tengo huéspedes nuevos y la casa llena. Se lo digo. Rocío contesta con un emoji de tristeza y un «ya quedamos.» Y ese «ya quedamos» suena a lo que suena: a nada concreto.

Me quedo mirando el móvil. Me digo que no es para tanto. Que Rocío tiene derecho a tener otras amigas, otros planes, una vida que no gire alrededor de mí. Me lo digo con lógica, con razón, con sentido común. Pero debajo de la lógica hay algo más viejo y más frío: la sensación de estar siendo sustituida. De que alguien está ocupando mi lugar con una precisión tan delicada que nadie se da cuenta, ni siquiera la persona a la que están desplazando.

Excepto yo.

———

El viernes llegan los nuevos huéspedes. Son cuatro: una familia de Madrid. Padres jóvenes, dos niños pequeños,

mucho ruido. La casa se llena de gritos infantiles, de carreras por el pasillo, de puertas que se abren y se cierran. Es agotador pero es bueno. El ruido me mantiene ocupada. El ruido no me deja pensar.

Irene, como siempre, ayuda. Prepara los desayunos mientras yo atiendo a los padres. Entretiene a los niños con juegos que se inventa sobre la marcha. Les dibuja mapas del tesoro del jardín y los manda a buscar «el tesoro pirata de Casa Maresía» mientras yo cambio las sábanas arriba.

Los niños la adoran. La madre me dice, bajando la voz en la cocina:

—Tu amiga es un encanto. ¿Trabaja aquí contigo?

—No. Es una huésped.

—¿En serio? Parece de la casa.

Parece de la casa. Eso es exactamente lo que parece. Y eso es exactamente lo que me inquieta.

———

El sábado por la noche, después de que los madrileños se retiren a sus habitaciones agotados de playa y paseos, me siento en la cocina a hacer cuentas. Es lo que menos me gusta de llevar la casa de huéspedes: los números. Facturas, gastos, ingresos, impuestos. Tengo un cuaderno donde lo apunto

todo porque nunca me he fiado de los ordenadores para estas cosas.

Irene baja a la cocina. Lleva un jersey grande que le queda ancho y el pelo recogido en una trenza.

—¿Puedo hacerte compañía?

—Claro.

Se sienta. Me mira trabajar un rato en silencio. Luego:

—¿Llevas la contabilidad a mano?

—Sí. Ya sé que es prehistórico.

—No, no es prehistórico. Es… personal. Me gusta. Pero si quieres, puedo ayudarte a montar una hoja de cálculo. Trabajé en administración en Madrid, antes del… bueno. Antes.

Antes. Otra vez esa palabra. El «antes» de Irene es su divorcio. El mío es otra cosa. Pero las dos usamos la misma palabra, y eso crea una falsa simetría, la ilusión de que nos parecemos.

—Gracias, pero me apaño.

—Clara, no me ofendo si me dices que no. Solo quiero ayudar.

—Lo sé. Y lo aprecio, de verdad. Es solo que este cuaderno… me gusta hacerlo yo.

Asiente. Se queda callada un momento. Luego dice, con un

tono diferente, más bajo, más íntimo:

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Depende de lo personal.

—¿Eres feliz aquí?

La pregunta me pilla desprevenida. No porque sea difícil, sino porque es la segunda vez que me la hace en versiones diferentes. La primera fue en la terraza: «No eres completamente feliz.» Ahora la convierte en pregunta, como si quisiera que yo la respondiera en vez de adivinarlo ella.

—Sí. Soy feliz.

—¿Segura?

—Irene, ¿por qué me preguntas eso?

Se muerde el labio. Un gesto que no le he visto antes. Un gesto que parece real, no calculado.

—Porque a veces te miro y veo a alguien que carga con algo. No sé con qué. Pero se nota. En los ojos. En cómo miras al mar por las noches. En cómo esquivas ciertas preguntas.

Mi corazón se acelera. Solo un poco. Lo justo para que lo note.

—Todos cargamos con algo —digo.

—Sí. Pero no todos cargan solos.

Me mira. En sus ojos hay compasión. Genuina, limpia, sin condiciones. O eso parece. Y eso es lo que me asusta. Que si Irene de verdad me ve, si de verdad está viendo a la persona

que soy debajo de la fachada, entonces estoy más expuesta de lo que creía.

—Irene, eres muy amable. Pero no necesito que nadie me salve.

—No quiero salvarte, Clara. Quiero que sepas que si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí.

Se levanta. Me aprieta el hombro al pasar.

—Buenas noches.

Se va.

Y yo me quedo con el cuaderno de cuentas abierto y los números borrosos porque se me han llenado los ojos de algo que no son lágrimas. Es algo peor que lágrimas. Es la tentación de contarlo. De abrir la boca y decir: maté a una persona. Hace siete años. Y no he pagado por ello. Y cada día que pasa sin pagar es un día más de mentira.

La tentación dura un segundo. Luego la guardo donde guardo todo: al final del pasillo, detrás de la puerta.

Pero la puerta está cada vez más débil.

Y hay alguien al otro lado que empuja.

10

El sobre

Lo encuentro un lunes.

Es un día normal. He bajado a hacer el desayuno, he puesto la cafetera, he cortado el pan, he sacado el aceite y los tomates. Los madrileños se han ido ayer y la casa está vacía excepto por Irene y por mí. Noviembre gris, viento de levante, el mar picado y el pueblo envuelto en esa niebla baja que huele a sal y a invierno.

Salgo a mirar el buzón porque espero una factura de la luz. El buzón está al final del camino de entrada, junto a la verja. Es

un buzón viejo, de chapa verde, con el número 7 pintado a mano. Lo abro.

Hay dos cosas dentro. La factura de Endesa, que reconozco por el sobre con ventanilla. Y otro sobre.

Este otro sobre es blanco. Sin sello. Sin remitente. Sin dirección. Alguien lo ha metido directamente en el buzón, a mano.

Lo abro ahí mismo, de pie junto a la verja, con el viento tirándome del pelo.

Dentro hay una foto.

Es una foto impresa en papel normal, no en papel fotográfico. Como si alguien la hubiera impreso en una impresora de casa. La imagen muestra un paso de peatones. Un paso de peatones normal, con las rayas blancas descoloridas por el sol, en una carretera de dos carriles. Hay una farola al lado. No hay coches. No hay personas. Solo el paso de peatones, la farola y la carretera.

Es una carretera que conozco.

Es la carretera SE-3102. A las afueras de Sevilla. El lugar donde maté a Lucía Blanc.

Las piernas me fallan. No metafóricamente. Literalmente. Las rodillas se doblan y tengo que agarrarme a la verja para no

caerme. El sobre se me escapa de los dedos y el viento lo arrastra tres metros por el camino de tierra.

Lo recojo. Vuelvo a mirar la foto. No hay nota. No hay texto. Solo la imagen. Un paso de peatones en una carretera comarcal.

Para cualquier persona del mundo, esta foto no significaría nada. Un cruce. Una farola. Asfalto.

Para mí, es el lugar exacto donde mi vida se partió en dos.

———

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, de pie junto al buzón. Pueden ser dos minutos o diez. Cuando vuelvo a la casa, Irene está en la cocina sirviendo café. Me mira.

—¿Todo bien? Estás pálida.

—Sí. Es el viento. Me ha dado frío.

Me siento. Meto el sobre en el bolsillo del delantal. Irene me pone una taza de café delante. La cojo con las dos manos porque me tiemblan.

—¿Correo interesante? —pregunta, señalando la factura de Endesa que he dejado sobre la mesa.

—La luz. Siempre una alegría.

Sonríe. Bebe su café. No vuelve a preguntar.

Desayunamos. Hablamos de la cena maridaje que Rocío e Irene están organizando para la semana que viene. Irene me enseña los carteles que ha diseñado en el ordenador: elegantes, sobrios, con una tipografía bonita y el logo de La

Sal. Me dice que han vendido ya ocho de las quince plazas. Le digo que es genial. Le digo que estoy orgullosa. Le digo todo lo que hay que decir.

Y en mi bolsillo, la foto pesa como plomo.

———

Espero a que Irene salga a caminar por la playa. En cuanto oigo la puerta cerrarse, subo corriendo a mi habitación.

Saco el sobre. Lo pongo sobre la cama. Miro la foto otra vez, con calma, buscando detalles.

La foto está hecha de día. Sol alto, sombras cortas. Probablemente mediodía. El paso de peatones se ve completo: las rayas blancas, el borde de la acera, un trozo de arcén. Al fondo, un campo de olivos. A la derecha, la farola.

Es la misma farola. La que iluminaba el cruce aquella noche. La que hizo que viera a Lucía un segundo antes de que fuera demasiado tarde.

Alguien ha ido a ese lugar. Alguien se ha parado en esa carretera, ha sacado una foto del paso de peatones y la ha impreso. Luego ha venido a Conil, ha buscado mi casa y la ha metido en mi buzón.

Alguien sabe lo que hice.

El pensamiento es tan obvio y tan devastador que me quedo paralizada un minuto entero, sentada en la cama, con la foto en las manos, sin respirar. Alguien sabe. Alguien me ha

encontrado. Alguien me está diciendo: sé dónde pasó. Sé lo que hiciste. Sé dónde estás.

¿Quién?

La primera persona que me viene a la cabeza es Álex. Álex, que fue quien lo arregló todo. Álex, que tiene todas las pruebas. Álex, que podría destruirme con una llamada de teléfono. Pero ¿por qué ahora? Hace siete años que no sé nada de él. Le bloqueé en todas partes. Cambié de número. Me mudé. ¿Por qué iba a buscarme ahora?

La segunda posibilidad es peor: la policía. Que el caso se haya reabierto. Que hayan encontrado nuevas pruebas. Que alguien haya hablado. Pero la policía no te manda fotos anónimas al buzón. La policía llama a tu puerta a las siete de la mañana con una orden judicial.

La tercera posibilidad es la que no quiero pensar.

La miro igualmente.

¿Y si es Irene?

No. Es absurdo. Irene es una mujer que se está recuperando de un divorcio, que llegó a Casa Maresía por casualidad, que me ha ayudado con la casa, que me ha hecho reír, que me ha abrazado. Irene no tiene ninguna conexión con lo que pasó en Sevilla. No tiene motivos. No tiene información. Es una desconocida que se ha convertido en algo parecido a una amiga.

Pero.

La foto movida en mi mesilla. Las preguntas sobre Sevilla. El interés en mi pasado. Las frases que parecen inocentes pero

que siempre, siempre, apuntan al mismo sitio: a lo que escondo.

Me levanto. Me lavo la cara con agua fría. Me miro en el espejo. Tengo ojeras. Tengo el pelo sucio. Tengo la cara de alguien a quien están acorralando y que todavía no sabe de qué dirección viene el depredador.

Guardo la foto en el cajón de la cómoda, debajo de un jersey. La factura de Endesa la dejo en la mesa de la cocina, como si fuera lo único que ha llegado hoy.

Cuando Irene vuelve de la playa, con las mejillas rojas y arena en las sandalias, le sonrío.

—¿Buen paseo?

—Genial. El mar está precioso. Deberías haber venido.

—La próxima vez.

Me mira un segundo. Su sonrisa es perfecta. Cálida, abierta, sincera.

O perfectamente diseñada para parecerlo.

Ya no sé distinguir.

11

La noche completa

No duermo.

Llevo tres noches sin dormir de verdad. Me acuesto, cierro los ojos, y la foto del paso de peatones se proyecta en la oscuridad de mis párpados como una diapositiva. Entonces llegan las imágenes que hay detrás de la foto, las que nadie ha impreso pero que yo llevo impresas en la carne desde hace siete años.

Esta noche decido dejar de luchar.

Me siento en la cama, enciendo la lámpara, y dejo que venga todo. La noche completa. Sin cortes. Sin censura. Sin la mano que apaga la película antes de la escena final.

La fiesta. El jardín con luces. La barra libre. Los gin-tonics que pedí porque Álex estaba hablando de sociedades limitadas con sus colegas y yo no conocía a nadie y me sentía transparente, como una cortina que está ahí pero a la que nadie mira.

Bebí tres gin-tonics en dos horas. No estaba borracha cuando nos fuimos. Estaba a medio camino. Esa zona gris donde todo

parece más fácil, donde crees que controlas, donde piensas «puedo conducir, estoy bien.»

Álex se subió al copiloto. No me preguntó si estaba en condiciones. No me ofreció conducir. Me dio las llaves como si fuera lo natural, como hacía siempre, porque Álex nunca conducía cuando había bebido y yo, estúpidamente, siempre lo hacía.

La carretera comarcal. Dos carriles. Lluvia fina. La línea blanca del centro brillando bajo los faros. Iba a noventa. El velocímetro lo vi después, en el recuerdo, como quien lee un titular que ya se ha publicado: noventa kilómetros por hora en una zona de cincuenta. Casi el doble. Como si tuviera prisa por llegar a algo.

Álex puso música en el coche. Lo recuerdo ahora, después de años sin recordarlo. Puso una canción de Vetusta Morla. «Copenhague.» La estrofa dice algo sobre sentirse lejos estando cerca. No la voy a buscar nunca más.

La recta. Larga, negra, con olivos a los lados. Y al fondo, la farola. El único punto de luz en kilómetros. El paso de peatones.

Y ella.

Lucía. Aunque entonces no sabía que se llamaba Lucía. Era solo una silueta. Pelo largo, chaqueta oscura, cruzando. Cruzando despacio, porque era su derecho, porque tenía

preferencia, porque nadie conduce a noventa por esa carretera a las tres de la mañana.

La vi.

No fue un instante. Es mentira que sea un instante. Es un segundo entero, largo como un siglo, en el que ves lo que va a pasar y sabes que no puedes evitarlo y aun así giras el volante y pisas el freno y tu cuerpo hace todo lo que puede mientras tu cerebro ya está procesando que no va a ser suficiente.

El golpe fue contra el lado derecho del capó. El cuerpo salió hacia la derecha. El coche se detuvo veintitrés metros después. Lo sé porque lo leí en el informe policial que encontré online dos años más tarde, en una de esas noches en las que me castigo buscando detalles. Veintitrés metros.

Salí del coche. Álex gritaba: «No salgas, Clara. No salgas.» Pero ya había salido. Ya estaba caminando hacia la farola. Ya estaba viendo el cuerpo en el asfalto.

No estaba bien. Eso se veía. No hacía falta ser médico. Su cuerpo tenía una forma que los cuerpos no tienen. El cuello. Los brazos. Una pierna doblada en un ángulo que el cerebro se niega a procesar.

Los ojos abiertos.

Llovía sobre sus ojos abiertos y ella no parpadeaba.

Me arrodillé junto a ella. Le toqué la cara. Estaba caliente todavía. Tenía la piel suave y pecas en la nariz y un pendiente

pequeño, una estrella de plata, en la oreja izquierda. Tenía veintidós años y estaba muerta y yo la había matado.

Saqué el móvil. Lo recuerdo con claridad absoluta: desbloquear la pantalla con el pulgar, marcar 112, el primer tono, el segundo tono, una voz que contestaba «Emergencias, dígame.»

Y entonces la mano de Álex en mi muñeca, arrancándome el teléfono.

—¿Estás loca? —Su cara blanca bajo la luz de la farola—. ¿Qué coño haces?

—Llamar a...

—Tú no llamas a nadie. ¿Me oyes, Clara? Tú no llamas a nadie. Estás borracha. Si te hacen la prueba, vas a la cárcel. ¿Entiendes? Homicidio por imprudencia. Con agravante de conducción bajo los efectos del alcohol. Son años, Clara. Años de cárcel.

—Pero ella...

—Ella está muerta, Clara. Mírate. Mírate la cara. Estás borracha. Has conducido borracha y has matado a una persona. Si llamas, se acabó tu vida.

Me quedé allí, de rodillas junto al cuerpo de Lucía, con la lluvia cayendo sobre las dos, y dejé que Álex tomara las decisiones. Dejé que me quitara el teléfono. Dejé que me levantara del suelo. Dejé que me metiera en el coche. Dejé que condujera. Dejé que me llevara a casa. Dejé que limpiara el

coche al día siguiente. Dejé que sobornara al testigo. Dejé que borrara las pruebas.

Dejé todo.

Porque era más fácil. Porque estaba aterrorizada. Porque Álex me lo decía como si fuera la única opción y yo, borracha, asustada, con la cara de una chica muerta grabada en los ojos, no fui capaz de pensar por mí misma.

Y desde entonces vivo aquí. En Conil. En Casa Maresía. Detrás de una sonrisa. Detrás de unos desayunos bonitos. Detrás de una vida que construí sobre los huesos de otra persona.

———

Son las cinco de la mañana cuando me levanto de la cama. No he llorado. Hace tiempo que no lloro por Lucía. Las lágrimas se gastaron hace años. Lo que queda es algo más seco, más

duro, más permanente: la certeza de que soy una persona que hizo algo terrible y que no pagó por ello. Que sigue sin pagar.

Bajo a la cocina. Me hago un café. Lo bebo de pie frente a la ventana, mirando el jardín gris del amanecer.

Oigo los pasos de Irene en la escalera.

No me giro esta vez. Me quedo donde estoy, de espaldas a la puerta, esperando. Oigo que entra en la cocina. Oigo que se para.

—No podías dormir —dice.

No es una pregunta.

—No.

Silencio.

—Yo tampoco —dice—. ¿Quieres hablar?

—No.

—Vale.

Se hace un café. Se sienta a la mesa. Yo sigo de pie frente a la ventana. Estamos en la misma habitación pero en mundos

diferentes. O en el mismo mundo, pero mirando en direcciones opuestas.

—Irene.

—Dime.

—¿Tú has hecho alguna vez algo de lo que te arrepientes? Algo gordo. Algo que no puedes arreglar.

Tarda en contestar. Cuando lo hace, su voz suena diferente. Más baja. Más pesada.

—Sí.

—¿Y cómo lo llevas?

—Mal. Lo llevo mal. Pero lo llevo.

Me giro. La miro. Está sentada a la mesa con las manos alrededor de la taza, y por primera vez desde que la conozco, su cara no tiene máscara. Es una cara desnuda. Cansada. Real.

—A veces pienso —digo, y no sé por qué lo digo, no sé por qué estoy abriendo esta puerta— que las personas que hemos hecho cosas terribles no merecemos la vida que tenemos. Que todo lo bueno que nos pasa es robado. Que estamos viviendo una vida que no nos pertenece.

Irene me mira fijamente.

—¿Qué has hecho, Clara?

La pregunta está ahí. Directa. Sin adornos. Y por un segundo, solo un segundo, estoy a punto de contestar. Estoy a punto de abrir la boca y decir: maté a una chica en una carretera de Sevilla hace siete años y nunca pagué por ello y cada día que

me despierto en esta casa bonita junto al mar es un día más de mentira.

Pero no lo digo.

—Nada —contesto—. No he hecho nada.

Irene no aparta los ojos.

—Vale —dice suavemente—. Cuando quieras.

Bebo mi café. Ella bebe el suyo. Y afuera, el sol empieza a salir sobre el mar, indiferente a todo lo que pasa dentro de esta cocina.

12

Paranoia

Empiezo a vigilar a Irene.

No de forma abierta. No la sigo por el pueblo ni le reviso el móvil. Pero empiezo a fijarme en cosas. En sus horarios, en sus ausencias, en los momentos en que desaparece sin avisar y vuelve sin explicar.

El martes sale después del desayuno y no vuelve hasta las tres. Cuando le pregunto dónde ha estado, dice que paseando. Tres horas paseando por un pueblo que puedes recorrer de punta a punta en veinte minutos.

El miércoles la oigo hablando por teléfono en su habitación. Habla en voz baja, no distingo las palabras, pero el tono es

serio, concentrado. Nada que ver con su tono habitual, que es ligero como el aire. Cuando baja, le pregunto si todo está bien.

—Sí, era mi abogada. Cosas del divorcio.

—¿Va bien?

—Va lento. Pero va.

Y sonríe, y cambia de tema, y ahí se queda.

El jueves, mientras Irene está en la playa, hago algo que sé que no debería hacer.

Subo a su habitación.

La habitación 4 es la más pequeña de la casa, pero tiene la mejor vista: una ventana que da directamente al mar, sin tejados ni cables de por medio. La cama está hecha con una perfección milimétrica, con las esquinas metidas como en un hotel. En la mesilla hay un libro —otra novela negra, esta de B.A. Paris— y un vaso de agua. En el armario, ropa doblada con cuidado: camisetas, pantalones, un par de vestidos, una chaqueta. En el baño, un neceser con lo básico: cepillo de dientes, crema, champú, maquillaje mínimo.

Todo normal. Todo ordenado. Todo anodino.

Busco más. Miro debajo de la cama: nada, ni polvo. Abro los cajones de la cómoda: vacíos excepto por un pañuelo de seda y

un cargador de móvil de repuesto. Miro detrás de las cortinas, dentro de los zapatos, en los bolsillos de la chaqueta.

Nada.

No hay ninguna carpeta. No hay fotos mías. No hay recortes de periódico. No hay nada que justifique mi paranoia.

Me siento en la cama de Irene y me pregunto si me estoy volviendo loca. Una foto anónima en el buzón. Una foto movida en mi mesilla. Unas preguntas que probablemente son solo curiosidad. Y yo aquí, registrando la habitación de una huésped como una detective de serie barata.

¿Y si la foto del buzón no es lo que creo? ¿Y si es una coincidencia? España está llena de pasos de peatones en carreteras comarcales. ¿Y si alguien ha metido esa foto en el buzón equivocado? ¿Y si la foto no era para mí?

Me levanto. Aliso la colcha donde me he sentado. Salgo de la habitación y bajo las escaleras intentando convencerme de que no ha pasado nada, de que no he hecho nada, de que soy una persona normal en una casa normal viviendo una vida normal.

———

Esa tarde, Tomás viene después del trabajo. Lleva el neopreno puesto hasta la cintura y tiene el pelo mojado y los ojos brillantes de haber estado en el agua. Se sienta en la cocina mientras yo preparo la merienda y me habla de una ola perfecta que ha pillado hoy en El Palmar, y de un chaval de dieciséis años que es un fenómeno con la tabla.

Le escucho a medias. Estoy pensando en la habitación de Irene, en lo limpia que estaba, en lo poco que había.

Demasiado poco para alguien que lleva tres semanas en un sitio. Ni un cuaderno, ni un portátil, ni fotos personales. Como si Irene viajara sin pasado, sin memoria, sin nada que la ancle a una vida anterior.

—Clara.

—¿Qué?

—Te he preguntado si quieres que me quede esta noche.

—Sí. Sí, quédate.

Me mira extrañado. Normalmente soy yo la que le dice que no hace falta, que mañana tiene clases temprano, que estoy bien sola. Hoy necesito que se quede. Necesito un cuerpo tibio en la cama. Necesito a alguien que ronque suavemente y que me

recuerde que el mundo real existe y que en él no pasan cosas siniestras.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Es que te echo de menos cuando no vienes.

Sonríe. Le gustan esas frases. Las recibe como regalos que no esperaba. Y me siento culpable por usarlas como escudo en vez de como verdad.

———

Cenamos los tres. Irene ha hecho una tortilla de patatas. Está increíble. Jugosa, con la cebolla caramelizada, con el punto exacto de cuajado. Tomás se come dos porciones.

—Irene, si abres un restaurante, avísame. Me pido camarero.

—El secreto es la cebolla. Muy lenta, a fuego bajo, con un poquito de azúcar. Me lo enseñó... —Se detiene. Solo un instante—. Me lo enseñó mi madre.

—Tu madre cocina bien —dice Tomás.

—Cocinaba. Ya no puede. Tiene problemas de memoria.

—Vaya, lo siento.

—Gracias. Está bien cuidada. Pero es difícil ver a alguien que recuerda todo desaparecer poco a poco.

Lo dice con una tristeza que parece real. Que probablemente es real. Y eso es lo complicado de Irene: todo lo que dice puede ser cierto y sospechoso al mismo tiempo. Una madre con

demencia. Un divorcio difícil. Una vida que se deshace. Todo encaja, todo tiene sentido, todo podría ser verdad.

O todo podría ser una historia perfectamente construida para que yo no mire debajo.

Después de cenar, Irene se retira pronto. Dice que le duele la cabeza. Se despide con un beso en la mejilla a cada uno —algo nuevo, esos besos— y sube.

Tomás y yo nos quedamos en la cocina.

—Irene está rara hoy —dice Tomás.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Más callada. Como ausente.

—Es la madre. Le afecta.

—Sí, supongo.

Frega los platos. Yo seco. Rutina. Normalidad. Mientras seco una sartén, digo lo que llevo días queriendo decir:

—Tomás, ¿alguna vez te ha parecido que Irene es... demasiado perfecta?

Deja correr el agua un momento antes de contestar.

—¿Demasiado perfecta cómo?

—No sé cómo explicarlo. Demasiado amable. Demasiado atenta. Demasiado todo. Como si estuviera interpretando un papel.

—Clara, a mí me parece una tía normal que está pasando un

mal momento y que ha encontrado un sitio donde se siente bien. No todo el mundo tiene un lado oscuro.

Me mira. Y lo que no dice, pero que los dos pensamos, es: no todo el mundo es como tú.

No lo sabe, claro. No sabe por qué esa frase me duele. No sabe que «no todo el mundo tiene un lado oscuro» es exactamente el tipo de cosa que alguien dice cuando no tiene ni idea de lo oscuro que puede ser el interior de la persona que tiene al lado.

—Tienes razón —digo—. Supongo que estoy estresada.

—Ven aquí.

Me abraza. Me apoya la barbilla en la cabeza. Huele a sal, a neopreno, a jabón. Huele a seguridad. Huele a todo lo que no merezco.

—Vamos a la cama —dice.

Vamos. Se duerme rápido. Yo me quedo despierta.

A las dos de la mañana me levanto, bajo a la cocina y abro el cajón donde guardé la foto del paso de peatones.

Sigue ahí.

Sigue ahí, y es real, y alguien la puso en mi buzón, y no sé quién, y no sé por qué, y la única persona que ha aparecido en mi vida en las últimas semanas es la mujer que duerme a diez metros de mí, detrás de una pared, en una habitación sin un solo objeto personal.

Vuelvo a la cama. Cierro los ojos. No duermo.

13

Distancias

Tomás se está alejando.

No de golpe. No con una pelea, no con un portazo, no con un «tenemos que hablar.» Se aleja como se aleja la marea: centímetro a centímetro, tan despacio que no te das cuenta hasta que miras y el agua ya no está.

Viene menos. Dos noches a la semana en vez de tres. Llama menos. Cuando está aquí, mira el móvil más de lo que me mira a mí. Y cuando le pregunto qué pasa, dice: nada. Y ese nada suena igual que mis nadas: hueco, con algo dentro que no quiere salir.

El miércoles, lo pillo con Irene en el jardín.

No es nada dramático. No están escondidos. Están sentados en el banco de piedra, junto a la buganvilla, hablando. Irene tiene las piernas cruzadas y una taza de algo en las manos. Tomás está inclinado hacia delante, con los codos en las

rodillas, esa postura que tiene cuando está diciendo algo que le importa.

Hablan en voz baja. No puedo oír lo que dicen desde la ventana de la cocina. Pero veo la escena, y la escena me cuenta algo que las palabras no dicen: intimidad. Hay una intimidad en esa imagen que no es sexual, que no es romántica, pero que es, de algún modo, más peligrosa que las dos cosas. Es la intimidad de dos personas que están compartiendo algo real.

Salgo al jardín. Cuando me ven, no se sobresaltan. No hay culpa en sus caras. Pero hay algo que se cierra, como una puerta que estaba abierta y que alguien cierra suavemente antes de que puedas ver lo que hay dentro.

—Hola —digo—. ¿Qué hacéis?

—Nada, hablando —dice Tomás—. Irene me estaba contando de su madre.

Irene sonríe.

—Le decía que mi madre antes era la persona más fuerte que conocía. Y que verla desvanecerse es lo más duro que he vivido. Bueno, casi lo más duro.

—¿Casi?

—Casi —repite, y no explica más.

Me siento con ellos. Hablamos de cosas normales. El tiempo, la cena maridaje de la semana que viene, un surfista famoso que va a venir a El Palmar. Pero la conversación de antes, la

que yo no he oído, flota entre los tres como un fantasma que todos ven y nadie menciona.

———

Cuando Irene sube a su habitación, enfrento a Tomás.

—¿De qué hablabais de verdad?

—De su madre, Clara. Ya te lo he dicho.

—Tomás.

Se pasa la mano por el pelo. Ese gesto suyo de cuando está incómodo.

—Hablábamos de... de cosas. De la vida. De lo difícil que es a veces. Irene es fácil de hablar, Clara. No juzga. No te dice lo que tienes que hacer. Solo escucha.

Cada palabra es una aguja.

—¿Y yo sí te juzgo?

—No he dicho eso.

—¿Y yo no te escucho?

—Clara, no me mires así. No estoy comparándoos. Es que a veces necesito hablar con alguien que no sea mi novia. Alguien que no tenga expectativas sobre mí.

—Tienes amigos para eso.

—¿Amigos? ¿Quiénes? Mis amigos son los del surf. Hablamos de olas, de tablas y de cervezas. No hablamos de sentimientos.

No hablamos de... de lo que me preocupa.

—¿Y qué te preocupa?

Me mira. Hay algo en sus ojos que no había visto antes: frustración. No enfado, no decepción. Frustración. La de

alguien que ha intentado abrir una puerta muchas veces y siempre la ha encontrado cerrada.

—Nos preocupa lo mismo, Clara. Tú y yo. Esto que tenemos que no avanza. Que no va a ningún sitio. Que lleva tres años en el mismo punto porque tú no dejas que se mueva.

—¿Irene te ha dicho eso?

—No me ha dicho nada. He llegado yo solo. ¿O crees que no soy capaz de pensar sin que alguien me lo diga?

Se levanta. Se pone la chaqueta. Me doy cuenta de que se va.

—Tomás…

—Necesito aire, Clara. Necesito pensar.

—¿Estás enfadado?

—No. Estoy triste. Que es peor.

Sale. El motor de la furgoneta. Las ruedas en la grava. El silencio.

Me quedo sola en la cocina, con los platos sucios en el fregadero y una grieta en el pecho que no estaba ahí esta mañana.

———

No llamo a Tomás. No le mando un mensaje. Porque sé que tiene razón. Tres años es mucho para no avanzar. Tres años es mucho para esquivar preguntas sobre el futuro, para no hablar de mudarse juntos, de hacer planes, de construir algo

más que una rutina. Tres años es mucho para mantener a alguien fuera del sótano.

Pero si le dejo entrar, lo pierde todo. Si Tomás supiera la verdad, se iría. No porque no me quiera. Porque es buena persona. Y las buenas personas no pueden querer a alguien que hizo lo que yo hice y no pagó por ello. Las buenas personas tienen límites. Tomás tiene límites. Y mi secreto

está muy por debajo de cualquier límite que Tomás pueda tener.

Así que lo mantengo fuera. Y él se cansa. Y se aleja. Y poco a poco me quedo sola, que es lo que merezco, que es lo que le pasa a la gente que vive dentro de una mentira.

———

A la mañana siguiente, Irene baja a desayunar y me encuentra sentada en la mesa de la cocina, sin haber preparado nada. Sin café, sin tostadas, sin zumo.

—Clara, ¿qué ha pasado?

—Nada. Se me ha hecho tarde.

—¿Puedo ayudar?

—Sí. Hazme un café, por favor.

Lo hace sin preguntar más. Me pone el café delante, se sienta enfrente y me mira con esa cara suya de preocupación genuina que me dan ganas de romper como un espejo.

—Ha sido Tomás, ¿verdad?

No contesto.

—Clara, yo no le dije nada malo. Te lo juro. Solo hablamos. Él necesitaba desahogarse y yo escuché. No quería causar problemas.

—No has causado problemas. Los problemas estaban antes de que llegaras.

Y eso es verdad. Los problemas estaban antes. Irene no ha

creado nada. Solo ha iluminado lo que ya existía en la oscuridad: una relación estancada, una mujer que no puede abrirse, un hombre bueno que se cansa de esperar.

—Si quieres, hablo con él —dice Irene—. Le digo que me he pasado.

—No. No te has pasado. Déjalo.

Me bebo el café. Está perfecto. Irene siempre hace el café perfecto. Irene siempre hace todo perfecto. Y eso, de alguna forma retorcida, es el problema.

Porque si Irene fuera imperfecta, si cometiera errores, si dijera algo fuera de lugar o dejara los platos sucios o se olvidara de regar las plantas, podría confiar en ella. Las personas imperfectas son reales. Las personas perfectas están actuando.

¿Verdad?

¿O es que estoy tan acostumbrada a la mentira que ya no reconozco la verdad cuando la tengo delante?

14

El segundo sobre

Llega un jueves, dos semanas después del primero.

Esta vez no lo encuentro en el buzón. Lo encuentro en la puerta de la casa, apoyado contra el marco, como si alguien lo hubiera dejado ahí a las seis de la mañana, antes de que yo me levantara. El mismo tipo de sobre blanco. Sin sello. Sin remitente.

Me agacho, lo recojo. Las manos me tiemblan antes de abrirlo. Ya sé que dentro no va a haber nada bueno.

Es una fotocopia.

Una fotocopia de un documento oficial. Tardo unos segundos en entender lo que estoy mirando porque el texto es burocrático y la calidad de la copia es mediocre. Pero los datos son claros:

ATESTADO POLICIAL Accidente de tráfico con resultado de muerte Fecha: 14 de marzo de 2019 Lugar: Carretera SE-3102, km 7,3 Víctima: Lucía Blanc Ortega, 22 años Causa: Atropello

por vehículo no identificado Estado del caso: ARCHIVADO por falta de indicios

Leo cada palabra tres veces. Cuatro. Cinco. Las letras se mueven, se borran, se reescriben. Pero siguen diciendo lo mismo. Lucía Blanc Ortega. Veintidós años. Atropello. Archivado.

Mi nombre no aparece. No hay ninguna referencia a mí en el documento. Es solo la hoja del atestado, la primera página, con los datos básicos. Pero alguien me la ha mandado. Alguien que sabe que este documento tiene significado para mí. Alguien que está diciendo: sé lo que pasó, sé lo que hiciste, y ahora tú sabes que yo lo sé.

Entro en la casa a toda prisa. Subo a mi habitación. Cierro la puerta. Me siento en la cama con la fotocopia y la primera foto —la del paso de peatones, que saqué del cajón de la cómoda— y las pongo una al lado de la otra.

Dos sobres. Dos mensajes. Los dos sin remitente, sin nota, sin explicación. Solo imágenes y documentos que me gritan en silencio lo que ya sé: alguien me ha encontrado.

Pienso. Intento pensar con claridad, lo cual es difícil cuando el corazón te va a doscientas y las manos no paran de temblar. ¿Quién tiene acceso a un atestado policial? Un abogado. Un policía. Un familiar de la víctima que haya solicitado copia del expediente.

Un abogado.

Álex.

Álex tiene acceso a estos documentos. Álex estuvo allí. Álex lo arregló todo. Álex es el único ser vivo en este planeta, aparte

de mí, que sabe exactamente lo que pasó en esa carretera.

¿Pero por qué? ¿Después de siete años? No hemos hablado desde que me fui de Sevilla. Le bloqueé. Desaparecí. ¿Qué motivo tendría para buscarme ahora?

Y luego está la otra posibilidad.

Me obligo a pensarla.

Lucía Blanc Ortega. Blanc. El mismo apellido que Irene.

Irene Blanc.

Lucía Blanc.

Me levanto de la cama tan rápido que me mareo. Abro el portátil —el viejo portátil que uso para las reservas y las facturas— y busco en Google: «Lucía Blanc Ortega Sevilla.»

Los resultados cargan despacio. Internet en Conil no es exactamente fibra óptica. Pero cargan. Y lo que encuentro me vacía las venas.

Una esquela en el Diario de Sevilla, del 16 de marzo de 2019: «Lucía Blanc Ortega, a los 22 años. Descanso en paz. Sus padres, Antonio y Carmen. Su hermana, Paula.»

Su hermana, Paula.

Paso a las imágenes. Hay pocas. Una noticia del Diario de Sevilla sobre el atropello, con una foto de Lucía tomada de sus redes sociales: una chica morena, con pecas, sonriendo a la

cámara. Una foto de la familia en la esquela: los padres, Lucía y otra chica. La otra chica. Paula.

Amplío la imagen. La resolución es mala. La foto está pixelada. Pero puedo ver una cara. Pelo castaño. Ojos oscuros. Mandíbula suave. Una cara joven, de diecinueve o veinte años.

Bajo la pantalla del portátil y miro al frente.

Irene Blanc.

Paula Blanc.

¿Es la misma persona? ¿La chica de la foto de hace siete años es la mujer que duerme al otro lado del pasillo? No puedo estar segura. La foto es vieja, borrosa, de mala calidad. La gente cambia en siete años. La gente se corta el pelo, se maquilla diferente, pierde peso, gana peso.

Pero los ojos. Los ojos de la chica de la foto son los ojos de Irene. Esa profundidad. Esa calma. Esa forma de mirar como si estuviera archivando todo lo que ve.

No tengo hermana.

Eso dijo Irene cuando le pregunté por su familia. «No tengo hermana.» Y le creí. Porque era Irene. Porque Irene no miente. Porque Irene es perfecta.

Pero sí tiene hermana. Tenía. Una hermana que se llamaba Lucía y que murió atropellada en un paso de peatones a las

tres de la madrugada de un sábado de marzo, por una conductora borracha que nunca fue identificada.

Por mí.

Cierro el portátil. Me quedo muy quieta. La casa está en silencio. Irene está abajo, probablemente en la cocina, probablemente preparando algo delicioso, probablemente siendo perfecta.

Irene no es Irene.

Irene es Paula Blanc. La hermana de la chica que maté.

Y lleva un mes viviendo en mi casa.

———

No bajo en toda la mañana.

Irene sube a preguntar si estoy bien. Le digo desde detrás de la puerta que me duele la cabeza, que estoy descansando, que no se preocupe. Se va. Oigo sus pasos en la escalera, el ruido de la cocina, el agua del grifo. Sonidos normales. Sonidos de la vida que yo creía que tenía y que se está desmoronando como un castillo de arena cuando sube la marea.

Necesito confirmar. Necesito estar segura antes de hacer nada. Porque si me equivoco, si Irene es simplemente Irene, si el apellido Blanc es una coincidencia —España es un país grande, hay más de un Blanc—, entonces estoy a punto de destruir la única amistad nueva que he hecho en años.

Pero si tengo razón.

Si tengo razón, entonces todo —los desayunos, las sonrisas, las ayudas, las preguntas, los abrazos, los consejos a Tomás,

la amistad con Rocío— todo ha sido un plan. Un plan cuidadoso, paciente, meticuloso. Un plan para meterse en mi vida, para conocer cada rincón, para identificar cada punto débil, y luego...

¿Y luego qué?

Eso es lo que no sé. No sé qué quiere. No sé qué busca. No sé si quiere que confiese, si quiere destruirme, si quiere venganza, justicia o algo que no tiene nombre.

Solo sé una cosa: si Irene es Paula, entonces sabe exactamente lo que hice.

Y ha estado durmiendo a diez metros de la persona que mató a su hermana.

Por la tarde, bajo. Irene está en el salón leyendo. Me mira.

—¿Mejor?

—Sí, un poco.

—¿Quieres que prepare algo de cenar?

—No, ya me encargo yo.

La miro. La miro de verdad, como si fuera la primera vez. Su cara. Sus ojos. La forma de sus cejas, la línea de la mandíbula, la curva de la boca. Busco en sus rasgos a la chica de la foto. Busco a Paula Blanc.

Y lo que encuentro me hiela la sangre.

Porque ahora que lo sé, ahora que tengo la información, la veo. Veo el parecido. No con Irene. Con Lucía. Irene tiene los

mismos ojos que Lucía. Los mismos pómulos. La misma forma de inclinar la cabeza cuando escucha.

Irene tiene la cara de la chica que maté.

—Clara, ¿seguro que estás bien? Estás blanca.

—Sí. Perdona. Voy a hacer la cena.

Voy a la cocina. Abro el grifo. Me mojo la cara. Me agarro al borde del fregadero con las dos manos y respiro.

Respira. Respira. Respira.

No grites. No huyas. No la enfrentes. Todavía no.

Primero piensa. Primero asegúrate. Primero entiende a qué te enfrentas.

Porque si Irene es Paula, y si Paula te ha encontrado, y si Paula lleva un mes metiéndose en tu vida pieza por pieza, entonces lo que viene después no es una conversación.

Es un ajuste de cuentas.

15

Búsqueda

Paso las siguientes cuarenta y ocho horas buscando.

Lo hago cuando Irene no está. Cuando sale a caminar, cuando va al pueblo, cuando queda con Rocío. Aprovecho cada ausencia para sentarme con el portátil y excavar en internet como un arqueólogo desesperado.

Busco «Paula Blanc Sevilla.» Busco «familia Blanc Ortega.» Busco «hermana Lucía Blanc.» Busco «accidente SE-3102 marzo 2019 familia.»

Lo que encuentro es poco, pero suficiente.

Paula Blanc Ortega. Nacida en Sevilla en 1997. Eso le daría veintinueve años ahora. Irene dice que tiene veintinueve.

Encuentro un perfil de LinkedIn abandonado: Paula Blanc, licenciada en Administración de Empresas por la Universidad de Sevilla. Experiencia: coordinadora de eventos en una empresa de Madrid. El perfil no se ha actualizado en dos años. La foto es pequeña, profesional, y aunque la calidad es

mediocre, reconozco los ojos. Los mismos ojos que me miran cada mañana por encima de una taza de café.

Encuentro una publicación antigua de Facebook, de una cuenta que ya no existe, compartida por una amiga de Lucía: «Hoy hace un año que nos dejaste, Lucía. Tu hermana Paula sigue luchando por ti. Justicia para Lucía.» La fecha es de marzo de 2020.

Justicia para Lucía.

Encuentro un artículo de un periódico local de Sevilla, de 2020, sobre familias que piden la reapertura de casos de atropellos no resueltos. Hay una lista de casos. El de Lucía está incluido. «La familia de Lucía Blanc Ortega, atropellada en la SE-3102, sigue sin respuestas. Su hermana, Paula Blanc, ha presentado dos solicitudes de reapertura del caso, ambas denegadas por falta de nuevas pruebas.»

Dos solicitudes. Ambas denegadas.

Paula no se rindió. Paula buscó justicia por los canales legales y no la encontró. El caso estaba limpio. Álex se había encargado de eso. No había pruebas, no había testigos —o el que había estaba comprado—, no había cámaras. El crimen

perfecto. No porque yo lo planeara, sino porque alguien lo limpió después.

Y ahora Paula está aquí. En mi casa. Con otro nombre. Con otra identidad. Buscando lo que la justicia no le dio.

———

El sábado por la tarde, mientras Irene está con Rocío organizando la cena maridaje, hago algo que llevo retrasando.

Subo a la habitación de Irene otra vez.

Esta vez busco mejor. No busco carpetas ni documentos. Busco lo que una persona que se prepara escondería: un lugar secreto, un rincón que no se ve a primera vista. Miro dentro de las fundas de las almohadas. Miro entre el somier y el colchón. Miro detrás de los cuadros de la pared —hay dos, uno de la bahía de Conil y otro de un barco pesquero que compré en un mercadillo—.

Detrás del cuadro del barco pesquero, pegado con cinta adhesiva al reverso del marco, hay un sobre.

Un sobre grande, de papel manila, cerrado.

Lo despego con manos temblorosas. Lo abro.

Dentro hay una carpeta de plástico transparente. Y dentro de la carpeta:

Fotos. Fotos mías. De diferentes momentos y lugares. Yo caminando por la calle principal de Conil. Yo saliendo de la compra con bolsas del supermercado. Yo en la terraza de Casa

Maresía regando las plantas. Yo y Tomás de la mano por el paseo marítimo. Yo y Rocío en La Sal, riendo.

Las fotos son recientes. Algunas de este otoño. Otras parecen de verano. En una llevo la camiseta azul que compré en agosto. En otra estoy con las gafas de sol que Tomás me regaló por mi cumpleaños en julio.

Me ha estado fotografiando durante meses. Antes de reservar la habitación. Antes de llegar. Antes de presentarse como Irene Blanc con su sonrisa perfecta y su historia de divorcio.

Debajo de las fotos hay recortes de periódico. La noticia del atropello de Lucía. La esquela. El artículo sobre las familias que piden reapertura de casos. Todos recortados con tijeras, todos guardados en fundas de plástico, como pruebas.

Y debajo de los recortes, un mapa. Un mapa de Conil de la Frontera impreso desde Google Maps. En el mapa hay marcas hechas con rotulador rojo: Casa Maresía, La Sal, la playa de Los Bateles, el supermercado, la calle principal. Mi vida entera, mapeada. Mis rutinas, mis lugares, mis horarios. Todo marcado, estudiado, preparado.

En una esquina del mapa, escrito a mano con bolígrafo azul:

«Clara Reyes Fernández. Casa Maresía, Conil de la Frontera. Responsable.»

Responsable.

Me siento en el suelo de la habitación de Irene con la carpeta abierta sobre las rodillas y todo el cuerpo temblando. No de miedo. De algo más grande que el miedo. De la certeza

absoluta de que la vida que he construido —cada ladrillo, cada pared, cada flor del jardín— está a punto de derrumbarse.

Irene no es Irene. Es Paula Blanc. Y ha venido a cobrar una deuda.

———

Vuelvo a guardar la carpeta exactamente donde la encontré: detrás del cuadro, con la misma cinta adhesiva, en la misma posición. Compruebo tres veces que todo está igual. Salgo de la habitación. Cierro la puerta.

Bajo a la cocina. Me sirvo un vaso de agua. Me lo bebo. Me sirvo otro.

Pienso.

¿Qué hago?

La primera opción es huir. Coger una maleta, subirme al coche, irme. A cualquier sitio. Empezar otra vez. Cambiar de nombre, de pueblo, de vida. Lo he hecho antes. Puedo hacerlo de nuevo.

Pero no puedo. No puedo porque esta vez no tengo adónde ir. Porque Casa Maresía es todo lo que tengo. Porque Tomás está

aquí, y Rocío, y mi vida, y si me voy otra vez estaré huyendo para siempre y la huida no tiene final.

La segunda opción es confrontarla. Decirle: «Sé quién eres, Paula.» Y ver qué pasa.

Pero ¿y luego? Si la confronto, ¿qué me dice? ¿Qué quiere? ¿Y qué hago yo con lo que quiere?

La tercera opción es la que más miedo me da: no hacer nada. Seguir como si no supiera. Esperar. Ver qué hace ella. Ver hasta dónde llega. Ver qué es lo que realmente busca.

Porque hay algo que no encaja. Si Paula quisiera destruirme, ya podría haberlo hecho. Tiene las pruebas, tiene la información, tiene acceso a mi novio, a mi amiga, a mi vida entera. Podría haber ido a la policía. Podría haber ido a la

prensa. Podría haber puesto las fotos de la carpeta en la puerta de mi casa con un cartel que dijera: ASESINA.

Pero no lo ha hecho.

¿Por qué?

¿Qué quiere Paula Blanc que no sea la destrucción inmediata?

No tengo respuesta. Y esa falta de respuesta es lo peor de todo. Porque un enemigo que conoces es manejable. Un enemigo cuyos motivos no entiendes es impredecible.

Y yo, sentada en mi cocina, con un vaso de agua vacío y el corazón roto, soy la persona más predecible del mundo.

Porque sé, con la certeza fría de alguien que lleva siete años esperando este momento, que esto tenía que pasar.

Que la deuda siempre se cobra.

Que las chicas muertas en pasos de peatones no se olvidan.

Que alguien, siempre, viene a pedir cuentas.

16

Sé quién eres

Espero tres días.

Tres días en los que sonrío, desayuno, cocino, hablo, respiro. Tres días en los que miro a Irene —a Paula— y me trago las palabras que me queman en la garganta. Tres días de actuar como si no hubiera visto la carpeta, como si no supiera que cada sonrisa suya es un engaño calculado, como si no

entendiera que estoy compartiendo techo con alguien que tiene todas las razones del mundo para odiarme.

Es difícil. Es lo más difícil que he hecho nunca, y eso incluye dejar Sevilla.

Pero los tres días me sirven. Me sirven para observar a Paula con ojos nuevos. Para ver lo que antes no veía, o lo que veía y no quería entender.

La forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta: con una atención fría, analítica, como un cirujano que estudia al paciente antes de operar.

Las preguntas que hace, siempre orientadas al mismo punto: Sevilla, mi pasado, lo que dejé atrás.

Los regalos envenenados: la ayuda constante, los cumplidos, la eficiencia impecable. Todo diseñado para que la necesite. Para que dependa de ella. Para que, cuando caiga la máscara, el golpe sea más fuerte.

La forma en que ha ido tejiendo una red alrededor de las personas que me importan: Rocío, Tomás. No para

robármelos. Para asegurarse de que cuando la verdad salga, todo se derrumbe a la vez.

Es brillante. Es aterrador. Y es lo que haría cualquiera que ha perdido a una hermana y ha pasado siete años buscando a la responsable.

———

El cuarto día, me despierto decidida.

No puedo seguir así. No puedo vivir con una persona que me vigila sin saber qué espera de mí. La incertidumbre me está comiendo viva. Prefiero la confrontación —prefiero lo que sea — al silencio.

Espero a que sea de noche. A que Tomás no esté. A que la casa esté vacía excepto por nosotras dos.

Irene —Paula— está en el salón leyendo. Siempre leyendo. Me pregunto si de verdad lee o si es una excusa para estar ahí, presente, observando, registrando.

Me siento en el sillón de enfrente. Ella levanta la vista del libro.

—¿Todo bien?

—Sé quién eres, Paula.

El libro se queda en el aire. Su mano, que estaba pasando la página, se detiene. Sus ojos se fijan en los míos. Y entonces, durante un segundo —un segundo que dura una eternidad—, veo cómo la máscara de Irene se resquebraja. Como un cristal

que recibe un golpe: no se rompe del todo, pero las líneas aparecen, visibles, irreversibles.

Y luego la máscara vuelve a su sitio. Casi.

—¿Qué?

—Sé quién eres. Paula Blanc. Hermana de Lucía. Sé que los sobres son tuyos. Sé que llevas meses vigilándome. He visto la carpeta que tienes detrás del cuadro en tu habitación.

Silencio.

No lo niega. Eso es lo primero que registro. No dice «no sé de qué me hablas.» No dice «te equivocas.» No dice nada.

Cierra el libro. Lo deja en la mesilla. Se sienta más erguida. Y cuando me mira otra vez, ya no hay máscara. Lo que hay detrás es otra persona. Más dura. Más fría. Más real.

—Tardaste más de lo que esperaba —dice.

Su voz es diferente. No es la voz de Irene, suave y cálida y sin aristas. Es una voz más grave, más directa. La voz de alguien que ha dejado de actuar.

—¿Cuánto llevas planeando esto? —pregunto.

—Un año. Más o menos. Encontrarte fue lo difícil. Después, solo tuve que esperar.

—¿Y qué quieres?

Me mira fijamente. Sus ojos —los ojos de Lucía, ahora lo sé—

no parpadean.

—¿Tú qué crees que quiero, Clara?

—No lo sé. Si quisieras venganza, ya la tendrías. Si quisieras ir a la policía, ya habrías ido. Si quisieras matarme... —Me oigo decirlo y suena absurdo, pero también suena real—. Si quisieras matarme, habrías tenido mil oportunidades.

—No quiero matarte.

—¿Entonces qué?

Se levanta. Camina hasta la ventana. Mira el jardín oscuro, la luna sobre los limoneros, el resplandor lejano del mar. Cuando habla, lo hace mirando hacia fuera, no hacia mí.

—Quiero que pierdas todo lo que tienes. Esta casa. Tu novio. Tu amiga. Tu vida perfecta en este pueblo perfecto. Quiero que te quedes sola, Clara. Quiero que sientas lo que mi madre sintió cuando le dijeron que Lucía estaba muerta. Lo que mi padre sintió antes de que el corazón le reventara dos años después. Lo que yo sentí cada día durante siete años mientras la persona que mató a mi hermana vivía tranquila junto al mar con su novio surfista y sus desayunos de Instagram.

Cada palabra es un golpe. Limpio. Preciso. Sin rabia aparente, que es lo peor. La rabia puedes combatirla, puedes gritar contra ella, puedes defenderte. Pero esto no es rabia. Esto es un plan ejecutado con la frialdad de alguien que ha tenido siete años para convertir el dolor en método.

—Paula...

—No me llames así. Aquí soy Irene. Para ti y para todos. Y esa es la gracia, Clara. Que no puedes hacer nada. ¿Qué vas a

hacer, llamar a la policía? «Agente, hay una mujer en mi casa que es la hermana de la chica que maté hace siete años.» Adelante. Cuéntales todo. Te arrestarán a ti, no a mí.

Tiene razón. Y lo sabe. Y yo lo sé.

Me quedo sentada en el sillón, mirándola, y siento cómo el suelo se abre debajo de mí. No tengo opciones. Si la echo, puede ir a la policía. Si llamo a la policía, me arresto yo. Si le

cuento a alguien quién es, tengo que contar por qué la conozco. Y si cuento por qué la conozco, se acaba todo.

Estoy atrapada.

Atrapada por mi propio secreto.

—¿Y ahora qué? —pregunto. Mi voz suena plana, vacía. Como la voz de alguien que se ha rendido.

Paula se gira. Me mira. Y por un instante, solo un instante, veo algo en su cara que no es frialdad ni cálculo. Es dolor. Dolor puro, antiguo, de siete años de edad.

—Ahora nada. Sigo aquí. Sigo siendo Irene. Y tú sigues viviendo tu vida. Pero ahora sabes que yo sé. Y eso, Clara, va a cambiar todo.

Se va. Sube las escaleras. Oigo la puerta de su habitación cerrarse.

Me quedo en el salón, sola, con la lámpara encendida y la noche al otro lado de la ventana.

Tiene razón.

Saberlo cambia todo.

Porque ahora, cada sonrisa que me dedique será una amenaza. Cada gesto amable será un recordatorio. Cada

momento de normalidad será una farsa que las dos sabemos que es farsa pero que nadie más puede ver.

Y lo peor: no puedo irme. No puedo echarla. No puedo contarlo.

Solo puedo quedarme y esperar a que el edificio se derrumbe.

Y Paula Blanc tiene toda la paciencia del mundo.

17

Convivencia

Vivir con alguien que quiere destruirte es más raro de lo que parece.

No es como en las películas. No hay escenas de tensión constante, ni silencios dramáticos, ni cuchillos afilándose en la oscuridad. Es peor. Es normal. Es desayunar juntas, colgar la ropa, regar las plantas, decir «buenas noches» en el pasillo. Es mantener la ficción de que nada ha cambiado mientras por dentro todo se ha incendiado.

Paula —sigo pensando en ella como Irene, porque es más fácil, porque el hábito es más fuerte que la verdad— no cambia. O no cambia mucho. Sigue siendo amable. Sigue ayudando. Sigue sonriendo. Pero ahora, cuando me mira, hay algo diferente en sus ojos. Un reconocimiento. Una complicidad envenenada. «Tú sabes que yo sé.» «Yo sé que tú

sabes.» Un pacto silencioso entre dos personas que se odian —¿se odian?— y que viven bajo el mismo techo.

Pasan los días. Noviembre avanza. La cena maridaje de Rocío e Irene se acerca. Rocío me llama, entusiasmada, para contarme los detalles: han vendido todas las plazas, quince personas, a cuarenta y cinco euros por cabeza. Las bodegas de Jerez mandan muestras gratis a cambio de publicidad. Un periodista del Diario de Cádiz va a venir a hacer una crónica.

—Es increíble, Clara. Todo gracias a Irene. Es un genio organizando.

—Sí, es genial —digo, y la ironía me araña la garganta al salir.

———

El jueves por la noche, después de cenar, Irene y yo nos quedamos solas en la cocina. Tomás no ha venido. No viene mucho últimamente. Le mandé un mensaje esta tarde: «Vienes a cenar?» Me contestó: «Hoy no, estoy cansado.» Seis

palabras. Seis palabras que antes habrían sido: «Claro, compro algo de camino. Te echo de menos.»

Irene friega los platos. Yo seco. Rutina. La rutina de una mentira.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo.

—Depende.

—¿Cómo me encontraste?

Irene cierra el grifo. Se seca las manos con el paño de cocina. Se apoya en la encimera.

—No fui yo quien te encontró.

—¿Quién entonces?

Me mira. Duda. Es la primera vez que la veo dudar desde que le dije que sabía quién era. Algo se mueve detrás de sus ojos, un cálculo, una decisión.

—Alguien que te conoce mejor que yo. Alguien que estuvo allí aquella noche.

El aire de la cocina se espesa. Sé la respuesta antes de que la diga, pero necesito oírla.

—Álex.

—Álex Montero. Tu exnovio. El que encubrió el atropello. Él

me encontró a mí.

Me agarro a la encimera. El mundo gira un poco.

—¿Cómo?

—Hace un año, recibí una carta. Sin remitente. Dentro había un informe. Un informe completo: nombre de la conductora, matrícula del coche, hora del accidente, detalles del encubrimiento. Todo. Me decía quién eras, dónde estabas, qué habías hecho.

—¿Y le creíste? ¿Sin más?

—No. Al principio pensé que era alguien perturbado, un loco. Pero los datos coincidían. Todo coincidía. Investigué por mi cuenta. Encontré tu nombre, tu antigua dirección en Sevilla, la gestoría donde trabajabas. Encontré la conexión con Álex Montero. Y encontré que Álex Montero era tu novio en la fecha del accidente.

—Y que él fue quien lo limpió todo.

—Sí. Eso vino después. Cuando conseguí su número y le llamé. Al principio no quiso hablar. Luego... luego sí.

—¿Qué te dijo?

Irene me mira con una expresión que es difícil de leer. Hay rabia, pero no contra mí. Contra algo más grande.

—Me dijo que tú conducías. Que estabas borracha. Que atropellaste a Lucía y que huiste. Que él te ayudó porque te quería y porque eras joven y estabas asustada. Que después te

fuiste y lo dejaste tirado. Que cargó con la culpa solo. Que tú te hiciste la víctima y desapareciste.

Cada frase es como tragar cristales.

—Eso no es exactamente lo que pasó —digo.

—Ya.

—Yo no huí. Álex me sacó del coche. Álex me quitó el teléfono cuando llamé al 112. Álex decidió todo. No estoy diciendo que yo no sea culpable. Lo soy. Conduje borracha. Maté a tu hermana. Eso es mío, todo mío. Pero Álex no me ayudó por amor. Me ayudó porque le convenía. Porque si la policía me pillaba, le pillaba a él también. Porque estaba en el coche. Porque era cómplice.

Irene —Paula— no dice nada durante un momento largo. Me mira como si estuviera procesando información nueva, reacomodando piezas de un rompecabezas que creía terminado.

—Álex no me dijo que estaba en el coche —dice, despacio.

—Álex estaba en el asiento de al lado. No conducía, pero estaba ahí. O eso es lo que recuerdo. Estaba borracha y aterrorizada, pero recuerdo su voz. Y todo lo que hizo después

—limpiar pruebas, sobornar al testigo, mover el coche— lo hizo para salvarse a sí mismo tanto como a mí.

—Y luego te dejo a ti con la culpa.

—Y yo la acepté. Porque era más fácil que pelear. Porque estaba destrozada. Porque pensé que Álex me había salvado la vida y que le debía silencio.

Nos miramos. Dos mujeres en una cocina, a las once de la noche, con un muerto entre las dos y un hombre que las ha manipulado a ambas.

—¿Por qué me estás contando esto? —pregunta Paula.

—Porque me lo has preguntado.

—No me has contestado a todo. Solo a lo de Álex.

—Pregunta.

—¿Te arrepientes?

La pregunta más simple. La más difícil.

—Cada día. Cada hora. Cada vez que me despierto a las tres de la mañana y veo la carretera. Cada vez que miro el mar y pienso que tu hermana no puede verlo. Cada vez que respiro y sé que ella no puede.

Mi voz se rompe al final. No lloro. Pero casi.

Paula me mira. Y en sus ojos hay algo que no debería estar ahí, algo que no forma parte del plan. Una fisura en la armadura.

Un atisbo de algo que podría ser, si lo miro desde el ángulo correcto, compasión.

O reconocimiento.

Porque quizá, solo quizá, Paula Blanc esperaba encontrar un monstruo. Y lo que ha encontrado es una mujer rota que lleva siete años castigándose a sí misma.

—Buenas noches, Clara —dice. Y se va.

Y me quedo sola en la cocina, con la certeza de que algo ha cambiado entre nosotras. No sé qué. No sé si a mejor o a peor. Solo sé que la conversación de esta noche ha abierto una puerta que ninguna de las dos puede cerrar.

Y que detrás de esa puerta hay más puertas. Y detrás de todas, esperando, un hombre llamado Álex que ha movido las piezas desde el principio.

18

Atrapada

Los días que siguen son los peores de mi vida en Conil.

Peores que las primeras semanas, cuando no conocía a nadie y me despertaba en una casa a medio reformar con goteras en el techo y ratas en el jardín. Peores que el primer aniversario del accidente, cuando me emborraché sola en la cocina y acabé llorando en el suelo hasta las cinco de la mañana. Peores que la noche en que soñé con Lucía por primera vez y me desperté gritando tan fuerte que la vecina de al lado llamó a la puerta para preguntar si estaba bien.

Peores, porque ahora no estoy sola con mi secreto. Ahora hay alguien más que lo conoce. Alguien que vive en mi casa, que duerme a diez metros de mí, que me mira por encima de la taza de café cada mañana con ojos que dicen: lo sé todo.

Y yo no puedo hacer nada.

Si la echo, puede hablar. Si llamo a la policía, me arrestan. Si le cuento a Tomás o a Rocío, pierdo todo lo que tengo. Estoy

atrapada dentro de mi propia mentira, como un animal en una trampa que él mismo se ha puesto.

Paula lo sabe. Y disfruta. No con crueldad abierta —nunca me dice nada directamente amenazante, nunca me recuerda lo que sabe con palabras explícitas—, pero disfruta con la situación. Lo veo en la forma en que actúa: sigue siendo perfecta, sigue ayudando, sigue encantando a Rocío, sigue hablando con Tomás. Pero ahora lo hace con la conciencia de que yo la observo. Y esa conciencia le da poder.

Es un juego. Un juego enfermo en el que ella tiene todas las cartas y yo no tengo ninguna.

———

El martes, Tomás viene a cenar. Es la primera vez en cuatro días. Está distante, cortés, correcto. Me besa en la mejilla al llegar en vez de en la boca. Se sienta a la mesa. Come sin hablar mucho. Cuando Irene baja a por un vaso de agua —casualidad o cálculo, ya no distingo—, Tomás se anima. Le pregunta por las cenas maridaje, por la respuesta de las

bodegas, por la prensa. Hablan cinco minutos. Cinco minutos en los que Tomás sonríe más que en todo lo que lleva de cena.

Cuando Irene sube, Tomás se gira hacia mí.

—Oye, Clara. Necesito preguntarte algo y necesito que me contestes de verdad.

—Dime.

—¿Estás conmigo porque me quieres o porque te da miedo estar sola?

La pregunta me golpea como una bofetada.

—Te quiero, Tomás.

—Pero no confías en mí.

—Sí confío en ti.

—No, no confías. Hay algo que no me cuentas, Clara. Algo gordo. No sé qué es. No sé si es otro hombre, o dinero, o lo que sea. Pero hay algo. Y llevas tres años sin decírmelo. Y yo llevo

tres años esperando a que lo hagas. Y estoy cansado de esperar.

No contesto. No puedo. Porque tiene razón. Tiene toda la razón del mundo.

—No es otro hombre —digo, y al menos eso es verdad.

—¿Entonces qué es?

Silencio. El tipo de silencio que se come todo lo que hay alrededor, que convierte una cocina en un desierto.

—No puedo contártelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas.

Tomás me mira. Busca algo en mis ojos. No sé si lo encuentra. Después de un momento largo, asiente despacio, como quien acepta una sentencia.

—Vale —dice—. Creo que necesitamos un tiempo.

—Un tiempo.

—Sí. Unos días sin vernos. Para pensar.

—¿Para pensar o para dejarme?

—Para pensar, Clara. Pero si no eres capaz de abrirte conmigo, no sé cuánto más puedo hacer.

Se levanta. Se pone la chaqueta. Me besa en la frente. Ese beso

que es más despedida que cariño.

—Te quiero —dice—. Pero no sé si eso es suficiente.

Se va. El motor de la furgoneta. Las ruedas en la grava. El silencio.

Me quedo sentada a la mesa, con los restos de la cena y un agujero en el pecho del tamaño de una persona.

———

A la mañana siguiente, Irene me encuentra en la cocina a las seis. No he dormido. Tengo la cara hinchada y los ojos rojos. No me molesto en disimular.

—Tomás se ha ido —digo antes de que pregunte.

Se sienta. Me mira.

—¿Se ha ido de la relación?

—De momento. Un tiempo, ha dicho. Pero sabemos lo que significa un tiempo.

Irene no dice nada. No sonríe. No parece satisfecha. Tiene una expresión que no sé leer: compleja, llena de capas, como un cuadro que cambia según la luz.

—Es lo que querías, ¿no? —le digo, y la amargura me sale sola —. Que perdiera a Tomás. Es parte del plan.

—Yo no le he dicho que te deje.

—No hace falta decirlo directamente. Basta con estar ahí. Basta con ser perfecta y amable y abierta, para que él note que yo no soy ninguna de esas cosas. Basta con escucharlo cuando

yo no puedo, con comprenderlo cuando yo no me atrevo. No has tenido que hacer nada, Paula. Solo ser tú. Eso ya era suficiente para que él viera lo que le falta.

Se queda callada un momento.

—No quería que fuera así —dice, y suena sincera. Pero la sinceridad de Paula es como arenas movedizas: parece suelo firme hasta que pisas.

—¿Y cómo querías que fuera?

—No lo sé. Cuando vine aquí, tenía un plan. Tenía claro lo que quería: que perdieras todo. Pero...

—¿Pero?

Se muerde el labio. Ese gesto que he visto antes, el que parece real.

—Pero no esperaba conocerte. No a la de verdad. Esperaba encontrar a un monstruo. A alguien frío, egoísta, que dormía tranquila mientras mi hermana se pudría en una tumba. Eso es lo que Álex me dijo que eras.

—¿Y qué has encontrado?

Me mira.

—A alguien que no duerme. A alguien que lleva siete años castigándose. A alguien que no es un monstruo, Clara. Que es algo peor: una persona normal que hizo algo terrible y no supo qué hacer después.

Las palabras se quedan entre las dos, flotando en el aire de la cocina como humo. No sé qué hacer con ellas. No sé si son una

tregua, una trampa o un momento de debilidad que mañana habrá desaparecido.

—¿Y ahora qué? —pregunto. Es la segunda vez que le hago esa pregunta. Y como la primera vez, no tengo ni idea de qué esperar.

—No lo sé —dice Paula. Y por primera vez, le creo.

Se levanta. Se va.

Y yo me quedo en la cocina, sola con mi café frío y la sensación de que algo se ha movido. No sé hacia dónde. No sé si a mejor o a peor. Solo sé que la mujer que ha subido esas escaleras ya no es la misma que bajó.

Y que la mujer que se ha quedado sentada en esta cocina tampoco.

Detrás de todo esto —detrás de Paula, detrás de Tomás, detrás de las fotos y los sobres y las mentiras— hay un hombre. Un hombre que empezó todo. Que movió la primera pieza.

Álex Montero.

Y algo me dice que todavía no he visto lo peor.

19

El fantasma

Diciembre llega a Conil con un frío húmedo que se mete en los huesos y un cielo gris que parece pintado con ceniza. El pueblo se vacía más todavía. Los últimos turistas se han ido, las tiendas de la calle principal reducen horarios y el viento del Atlántico sopla con una constancia que suena a amenaza.

Estoy en el supermercado comprando lo justo —leche, pan, fruta, café— cuando lo veo.

Al principio creo que me lo estoy imaginando. Que el insomnio y la paranoia han convertido mi cerebro en una fábrica de espejismos. Pero no. Está ahí. En la acera de enfrente, saliendo de una cafetería, con un café para llevar en

la mano y un abrigo azul marino que reconozco porque yo se lo regalé hace siete años.

Álex Montero.

En Conil. A cincuenta metros de mí.

Se me cae la bolsa de la compra. Las naranjas ruedan por el suelo de la tienda y una dependienta viene a ayudarme y me pregunta si estoy bien y yo digo que sí, que se me ha resbalado, que gracias, que no pasa nada.

Salgo a la calle. Álex ya no está. Ha doblado la esquina o ha entrado en algún sitio o ha desaparecido como las cosas que no quieres ver: de repente, sin ruido, dejando solo la duda de si era real.

Pero era real.

Conozco esa forma de caminar. Conozco esos hombros. Conozco ese abrigo azul marino de lana que le compramos juntos en una tienda del centro de Sevilla, una tarde de

noviembre en la que hacía frío y él me cogía de la cintura y la vida parecía posible.

Álex está en Conil.

———

Vuelvo a casa a toda prisa. Irene está en el salón leyendo. Siempre leyendo. Me mira cuando entro y ve algo en mi cara que la hace levantarse.

—¿Qué ha pasado?

—Álex. He visto a Álex.

El libro cae al sofá. Los ojos de Paula se dilatan una fracción. No de sorpresa, exactamente. Más bien de alarma.

—¿Dónde?

—En el pueblo. Saliendo de una cafetería. No me ha visto. O no creo que me haya visto.

—Joder.

Es la primera vez que oigo a Paula decir una palabrota. Y ese «joder» tiene más información que cualquier discurso: tiene miedo.

—¿Sabías que iba a venir? —le pregunto.

—No. No tenía ni idea.

—Paula, no me mientas. Tú y él estáis juntos en esto.

—Estábamos. Él me dio la información para encontrarte. Pero no hemos hablado en dos meses. Le dije que estaba aquí y que

tenía la situación controlada. No me dijo que fuera a venir.

—¿Controlada? ¿Esto te parece controlado?

Paula se pasa las manos por el pelo. Un gesto nervioso, descontrolado, que no le he visto nunca. La armadura tiene grietas.

—Escúchame, Clara. Álex no es lo que crees. No es lo que yo creía.

—¿Y qué es?

—Cuando me contactó, me dijo que quería justicia para Lucía. Me dijo que tú habías atropellado a mi hermana y habías huido. Que él había intentado denunciarte pero que tú lo amenazaste con implicarlo. Que te fuiste y lo dejaste con la carga.

—Eso es mentira.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero entonces le creí. Estaba desesperada, Clara. Llevaba cinco años buscando a la persona que mató a Lucía. Cinco años de puertas cerradas, de casos archivados, de funcionarios que me decían que no había pruebas. Y de repente aparece alguien con todas las respuestas. ¿Tú no le habrías creído?

No contesto. Porque sí. Probablemente sí.

—¿Y por qué dejaste de creerle?

Paula me mira. Hay algo frágil en su expresión. Algo que no he visto antes.

—Porque te conocí a ti. Y lo que Álex me describió no coincide con lo que he visto. Álex me dijo que eras fría, egoísta,

manipuladora. Que habías construido una vida nueva sin un gramo de remordimiento. Pero eso no es lo que encontré. Lo que encontré es una mujer que no duerme, que se asusta con su propia sombra, que vive en un pueblo pequeño haciendo desayunos porque no puede soportar el silencio.

—Eso no me hace inocente.

—No. Pero te hace humana. Y Álex me vendió un monstruo.

Se deja caer en el sofá. Parece cansada. No cansada de hoy: cansada de años.

—¿Y ahora qué hace Álex aquí? —pregunto.

—No lo sé. Pero no es bueno.

—¿Crees que viene a por mí?

—Creo que viene a por las dos.

———

Paso la tarde junto a la ventana, mirando la calle, esperando ver el abrigo azul marino otra vez. No aparece. Pero eso no me tranquiliza. Álex es paciente. Álex es de los que calculan cada movimiento, que no dan un paso sin tener planeado el siguiente.

Paula se queda en la casa. No sale. Es la primera vez en semanas que no va a la playa ni al pueblo. Se queda en el

salón, con el teléfono en la mano, mirando la pantalla como si esperara un mensaje que no llega.

A las siete de la tarde, suena su teléfono. Lo mira. Y su cara cambia.

—Es él —dice.

—¿Álex?

—Sí.

—Coge.

Duda. Me mira. Hay una negociación silenciosa entre las dos: ¿estamos juntas en esto? ¿Somos aliadas? ¿O seguimos siendo

lo que éramos hace una semana: víctima y verdugo, cazadora y presa?

Coge el teléfono.

—Hola.

Solo oigo su parte de la conversación. Pero es suficiente.

—Sí, sigo aquí.

—No, no le he dicho nada.

—No, no puedes venir. Álex, no es el momento.

—Eso no era lo que acordamos.

—Escúchame. Escúchame. No puedes...

Silencio largo. Está escuchando. Su cara se endurece.

—No. No voy a hacer eso.

—Porque no.

—Porque no quiero.

Cuelga. Se queda mirando el teléfono como si fuera una serpiente.

—¿Qué quiere? —pregunto.

Paula me mira. Y en sus ojos, por primera vez, hay miedo de verdad.

—Quiere que te destruya. Completamente. Que le cuente todo a Tomás, a Rocío, al pueblo entero. Que vaya a la policía con

las pruebas.

—¿Y por qué no quieres hacerlo?

La pregunta sale antes de que pueda pararla. Y es sincera. Si Paula quisiera destruirme, tendría todo el derecho. Maté a su hermana. Nunca pagué. ¿Por qué detenerse ahora?

—Porque ya no es justicia —dice, despacio—. Lo que Álex quiere no es justicia. Es venganza. Y la venganza no tiene nada que ver con Lucía. Tiene que ver con que le dejaste. Tiene que ver con su ego. Con que no puede soportar que te fueras y construyeras una vida sin él.

Se levanta. Va a la ventana. Mira la calle oscura.

—Álex no me mandó esa carta porque le importara mi hermana. Me la mandó porque le importaba destruirte a ti. Y me usó. Me usó como arma.

Su voz tiembla. No de miedo. De rabia. La rabia de alguien que descubre que la persona en la que confiaba la estaba manejando como una marioneta.

—Paula —digo. Y uso su nombre real, no Irene, porque en este momento necesito que sea ella misma—. ¿Qué vamos a hacer?

Se gira. Me mira.

—No lo sé. Pero Álex está aquí. Y si está aquí, es porque tiene un plan. Y su plan no nos incluye a ninguna de las dos como ganadoras.

Nos miramos. Dos mujeres unidas por la cosa que debería separarlas: un cuerpo en una carretera, una noche de lluvia,

siete años de mentiras.

Y un hombre que las ha puesto a ambas en esta cocina, como fichas en un tablero, esperando a ver cuál cae primero.

20

Coincidencias

Álex aparece al día siguiente.

No a escondidas. No de casualidad. Aparece en la puerta de Casa Maresía a las diez de la mañana, con su abrigo azul marino, una bolsa de viaje y una sonrisa que reconozco al instante: la sonrisa de alguien que cree que tiene el control total de la situación.

Suena el timbre. Abro. Y ahí está. Siete años después.

—Hola, Clara.

Es más viejo. Tiene canas en las sienes y líneas alrededor de los ojos que antes no estaban. Pero sigue siendo guapo de esa forma demoledora que tiene, la que te hace olvidar durante un

segundo que la persona que tienes delante es capaz de las peores cosas.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sale plana, controlada. No le voy a dar el placer de verme temblar.

—He oído que tienes un B&B. Se me ha ocurrido pasar unos días en la costa. Conil es precioso en invierno, ¿no?

Habla como si fuera un turista. Como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si la última vez que lo vi no fuera una madrugada de marzo con sangre en el parachoques y lluvia en el parabrisas.

—No tengo habitaciones libres.

—Seguro que puedes hacer un hueco. Para un viejo amigo.

Nos miramos. Hay siete años de silencio entre nosotros, siete años de cosas no dichas, y cada una de esas cosas pesa como un ladrillo. El pasillo que tengo en la cabeza —el pasillo con la puerta al final— está abierto de par en par.

Irene aparece detrás de mí. Cuando ve a Álex, su expresión no cambia. Es buena actriz. Pero yo, que ya sé quién es, noto la tensión en su mandíbula, la rigidez de los hombros.

—Hola —dice Irene con su tono amable de siempre—. ¿Un huésped nuevo?

—Álex Montero —dice él, extendiendo la mano—. Amigo de Clara. De Sevilla.

—Irene Blanc. Encantada.

Se dan la mano. Y yo miro la escena desde fuera de mi propio cuerpo: mi exnovio que encubrió el atropello y la hermana de

la chica que maté, dándose la mano en la puerta de mi casa como si fueran desconocidos. Cuando se conocen. Cuando se han hablado por teléfono. Cuando él la ha usado como peón.

Es un teatro. Todo es un teatro. Y yo estoy en medio del escenario sin guion.

———

Le doy la habitación 2. No puedo negarme sin dar explicaciones que no quiero dar. Le doy sábanas limpias, una toalla y la llave, y le digo que el desayuno es a las ocho y media. Él me da las gracias con esa educación impecable que

siempre ha tenido, la de alguien que creció con dinero y aprendió modales antes que emociones.

Cuando sube, cierro la puerta de la cocina y miro a Paula.

—¿Sabías que iba a venir aquí?

—No. Te lo juro. Le dije que no viniera.

—¿Y por qué ha venido?

—Porque Álex hace lo que quiere. Siempre lo ha hecho.

—Tú lo conoces. Tú has hablado con él. Dime qué quiere.

Paula se sienta. Se frota la cara con las manos, un gesto que la hace parecer más joven, más pequeña, más vulnerable.

—Cuando me contactó, su plan era que yo te destruyera la vida y luego desapareciera. Que fuera la mano ejecutora. Él se quedaba limpio. Yo hacía el trabajo sucio.

—¿Y qué ha cambiado?

—Que yo no he cumplido. Llevo aquí más de un mes y no he ido a la policía. No le he contado nada a tu novio. No he puesto las fotos en la calle. Y Álex se ha cansado de esperar.

—Entonces viene a hacerlo él mismo.

—Es posible.

—¿Con qué? ¿Qué pruebas tiene?

—Las mismas que me dio a mí. Pero Álex es abogado, Clara. Sabe cómo presentar pruebas. Sabe cómo mover hilos. Y sobre

todo, sabe cómo hacer que las cosas parezcan lo que él quiere que parezcan.

Me siento enfrente de ella. Dos mujeres en una mesa de cocina, con un enemigo común en el piso de arriba, desempacando una maleta.

—¿Por qué quiere destruirme, Paula? Después de siete años. ¿Solo porque le dejé?

Paula me mira con una expresión que casi parece lástima.

—Álex no te quería, Clara. Te poseía. Eras suya. Cuando le dejaste, cuando te fuiste sin mirar atrás, le rompiste algo. No el corazón. El ego. Y hay hombres que perdonan un corazón roto, pero no un ego roto. Álex es de esos.

———

Esa tarde, salgo a caminar. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito estar fuera de esa casa donde las paredes tienen oídos y los suelos tienen trampas.

Voy al paseo marítimo. El mar está gris y revuelto, con olas cortas que rompen contra las rocas con un ruido constante, como un tambor. Camino hasta el final del paseo, donde empieza la playa de la Fontanilla, y me siento en un banco de piedra.

Pienso.

Álex está aquí. Paula está aquí. Tomás no está. Rocío no sabe nada. Mi madre no sabe nada. Estoy sola con mi secreto, mi culpa, mi exnovio vengativo y la hermana de mi víctima. Si

esto fuera una novela negra de las que lee Paula, sería el punto en el que la protagonista entiende que está jodida.

Estoy jodida.

Pero hay algo que me sorprende: no estoy aterrorizada. Debería estarlo. Debería estar temblando, llorando, haciendo las maletas. Pero no. Lo que siento es algo más parecido a la fatiga. Una fatiga profunda, de siete años de peso, que me dice: ya está. Se acabó correr. Se acabó esconderse. Sea lo que sea lo que viene, que venga.

Estoy cansada de huir.

———

Cuando vuelvo a la casa, Álex está en la terraza tomando un vino. Se ha puesto cómodo. Ha sacado una de las sillas, ha abierto una botella de mi albariño —del mío, del que guardo

para las cenas con Tomás— y mira el jardín con la expresión satisfecha de alguien que disfruta del paisaje.

—Siéntate —dice, como si fuera su casa.

Me siento. No porque me lo pida. Porque necesito mirarlo a la cara y entender qué ha venido a hacer.

—Bonito sitio —dice—. Te lo has montado bien, Clara. La casa, el jardín, el pueblo. Una vida nueva. Limpia.

La palabra «limpia» suena como un insulto.

—¿Qué quieres, Álex?

—Ponernos al día. Han pasado siete años.

—No quiero ponerme al día contigo.

—Pues es una lástima, porque tenemos cosas de las que hablar.

Me mira. Y ahí está. Detrás de la sonrisa, detrás de los modales, detrás del abrigo caro y el vino robado. La dureza. El

cálculo. La inteligencia fría de un hombre que siempre tiene tres jugadas de ventaja.

—¿Sabías que la hermana de Lucía vive aquí? —dice, bajando la voz—. Qué casualidad, ¿no? Se llama Irene. Es simpática. Me la presentaste esta mañana.

Me quedo helada. No porque no lo supiera. Porque él lo sabe, y quiere que yo sepa que lo sabe, y quiere ver mi reacción.

—Sé quién es —digo.

—Ah, ¿sí? Entonces sabes que la mandé yo.

—Sí.

—¿Y no te preocupa? Vivir con la hermana de la chica que...

—No termines esa frase.

Silencio. El mar al fondo. El viento en los limoneros.

—Clara —dice Álex, con tono suave, razonable, el tono que usaba cuando quería convencerme de algo—. Las cosas son muy simples. Tengo pruebas de lo que pasó aquella noche. Pruebas que pueden reabrir el caso. Pruebas que te mandan a la cárcel.

—Y que te mandan a ti también.

—No. Yo no conducía. Yo llegué después y te ayudé. Es encubrimiento, como mucho. La diferencia entre tú y yo, Clara, es que tú mataste a alguien y yo solo te ayudé a esconderlo. ¿Quién crees que sale peor?

No contesto. Porque tiene razón. En el mejor de los casos, Álex sale con una condena menor. En el peor, con un acuerdo.

Yo salgo con homicidio imprudente, agravado por conducción bajo los efectos del alcohol y omisión de socorro.

—¿Qué quieres? —repito.

Álex bebe vino. Se toma su tiempo. Disfruta del momento.

—Quiero que desaparezcas. Que vendas esta casa, que dejes Conil, que te vayas a algún sitio donde nadie te conozca. Que empieces de cero, otra vez. Y que esta vez no dejes rastro.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces voy a la policía. Y Clara Reyes, dueña de la encantadora Casa Maresía en Conil de la Frontera, se convierte en Clara Reyes, la conductora borracha que mató a una chica de veintidós años y huyó.

Me levanto. Las piernas me tiemblan, pero me levanto.

—Vete de mi casa, Álex.

—Es una casa de huéspedes, Clara. Estoy pagando.

Me mira con esa sonrisa que odio. La que dice: yo gano, tú pierdes, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Entro en la casa. Cierro la puerta.

Y detrás de la puerta, apoyada contra la pared, dejo que el temblor me recorra entera.

Álex no quiere justicia. No quiere que pague por lo que hice. Quiere que sufra. Quiere controlarme, una vez más, como hizo aquella noche. Quiere ser él quien decida mi destino.

Y esta vez no voy a dejarlo.

21

La verdad de Álex

A la mañana siguiente, bajo temprano y salgo de la casa antes de que Álex o Paula se despierten. Necesito pensar sin la presión de sus miradas, sin el peso de sus planes, sin las paredes de Casa Maresía cerrándose sobre mí.

Voy al chiringuito de Rocío. A esta hora está cerrado, pero Rocío siempre llega temprano para preparar, y la puerta de

atrás está abierta. La encuentro fregando suelos con la radio puesta y una coleta deshecha.

—Clara, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿Estás bien? Tienes una cara horrible.

—Gracias, Rocío. Tú también estás preciosa.

Me río, pero no me sale bien. Rocío deja la fregona, me sienta en un taburete y me pone un café sin preguntar.

—¿Qué pasa?

No puedo contárselo. No todo. Pero necesito hablar con alguien que no sea Paula o Álex, alguien cuyas palabras no tengan doble fondo.

—Ha venido un exnovio mío. A Conil. Se ha instalado en la casa.

—¿Un exnovio? ¿A la casa de huéspedes?

—Sí. Se llama Álex. De Sevilla.

Rocío me mira con la expresión de alguien que procesa una información alarmante.

—¿Y tú qué? ¿Lo has dejado quedarse?

—No he sabido decir que no.

—Clara, eso es rarísimo. Un ex que aparece sin avisar y se

mete en tu casa. ¿Tomás lo sabe?

—Tomás y yo estamos... en un descanso.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana. Más o menos.

Rocío se sienta a mi lado. Me coge la mano.

—Clara. Cuéntame qué está pasando. De verdad.

Y me doy cuenta de que no puedo. No puedo contarle la verdad porque la verdad es que maté a una persona y nunca pagué por ello y ahora mi exnovio y la hermana de mi víctima están viviendo bajo mi techo. No puedo decir eso en voz alta. No a Rocío. No a nadie.

—Estoy pasando una mala racha —digo—. El ex es complicado. Tomás está agobiado. Yo estoy... agotada.

Rocío me abraza. Huele a lejía y a café.

—¿Quieres que eche al tío de tu casa? Yo se lo digo. Le digo que se vaya y si no se va llamo a la Guardia Civil.

Me río de verdad esta vez. Rocío es así: soluciones directas, sin complicaciones. El mundo debería funcionar como Rocío.

—No, está bien. Se irá pronto. Solo necesitaba hablar con alguien normal.

—Normal yo. Mira tú.

Me bebo el café. Hablamos de la cena maridaje, que es mañana. Rocío está nerviosa pero emocionada. Me dice que

Irene ha hecho un trabajo increíble con la organización. Que es una jefa nata. Que deberían montar un negocio juntas.

Irene, Irene, Irene.

Le doy un beso a Rocío, le digo que la veo mañana en la cena, y vuelvo a casa.

———

Encuentro a Álex sentado en la cocina desayunando. Ha abierto la nevera, ha sacado pan, jamón, queso y se ha hecho un desayuno como si estuviera en un hotel. Ni siquiera ha

usado los platos del desayuno; ha cogido los del armario. Los míos.

—Buenos días —dice.

Me siento enfrente de él. No me preparo nada. No tengo hambre.

—Álex, vamos a hablar claro.

—Estoy hablando claro.

—No. Ayer me dijiste lo que quieres. Ahora te digo yo lo que sé. Y lo que sé es que no estuviste en el coche aquella noche.

Su masticar se ralentiza. Solo un segundo. Luego sigue comiendo con normalidad.

—¿Qué?

—No estabas en el coche. Llegaste después.

—Clara, estaba sentado a tu lado.

—No. Álex, llevo siete años reviviendo esa noche. Cada detalle. Cada segundo. Y hay una cosa que nunca encajaba: tú no estabas en el coche cuando salí a la carretera. Tú llegaste después. Viniste en tu coche. Me encontraste en la carretera, con el cuerpo de Lucía, y tomaste el control. Pero no estabas conmigo cuando pasó.

Es una verdad a medias. Una verdad que he ido construyendo en las noches de insomnio, juntando piezas que nunca encajaron. Álex me dijo que se quedara en la fiesta cuando yo

me fui. Le dijo a alguien que iba al baño. Salió después. Me siguió en su coche. Llegó minutos después del atropello.

No estaba en el asiento del copiloto.

Álex deja el cuchillo del pan sobre la mesa. Me mira con esos ojos que conozco tan bien: fríos, calculadores, buscando la salida más rápida.

—Clara, estás confusa. Estabas borracha. No te acuerdas bien.

—Me acuerdo perfectamente. Me acuerdo de que conduje sola. Me acuerdo de que cuando salí del coche, tú no estabas. Me acuerdo de que apareciste después, de que llegaste corriendo desde otro coche, del tuyo, que estaba aparcado cien metros más atrás. Me acuerdo de tu cara cuando me encontraste en la carretera.

Silencio.

—Y me acuerdo de algo más —digo, y ahora la voz me tiembla, pero no de miedo—. Me acuerdo de que llamé al 112. De que una voz contestó. Y de que tú me quitaste el teléfono y colgaste. No me salvaste de la cárcel, Álex. Me impediste hacer lo correcto. Me impediste pedir ayuda. Y luego me

convenciste de que era lo mejor, de que era lo único, de que tenía que callarme para siempre.

Álex se echa hacia atrás en la silla. Su cara ha cambiado. La sonrisa ha desaparecido. Lo que queda debajo es algo más oscuro, más desnudo.

—¿Y eso qué cambia? —dice—. Tú seguías conduciendo borracha. Tú seguías siendo la que la atropelló.

—Sí. Eso es mío. Pero lo que hiciste después es tuyo. Y lo que hiciste después —limpiar el coche, sobornar al testigo, manipularme para que no denunciara— no fue por amor. Fue

para controlarte la situación. Para tener poder sobre mí. Para que te debiera la vida y no pudiera irme.

—Y te fuiste igualmente.

—Sí. Me fui. Y eso es lo que no puedes perdonar, ¿verdad? No que matara a alguien. No que huyera. Que te dejara a ti. Que después de todo lo que hiciste para tenerme atada, me fuera.

Álex se levanta. Está tenso. La mandíbula apretada, los puños cerrados, la postura de alguien que quiere golpear algo pero sabe que no puede.

—Ten cuidado, Clara —dice, en voz baja—. Ten mucho cuidado con lo que dices. Porque yo tengo pruebas y tú no tienes nada.

—Tengo mi testimonio.

—Tu testimonio es el de una asesina borracha que huyó de un accidente. ¿Quién te va a creer?

Se va. Sube a su habitación. Oigo la puerta cerrarse con fuerza.

Me quedo en la cocina. Las manos me tiemblan. Pero por dentro, en un lugar que no sabía que existía, hay algo que se parece a la calma.

He dicho la verdad. No toda. No la pública. Pero la he dicho en voz alta por primera vez en siete años. Le he dicho a Álex lo que hizo. Le he dicho que lo sé. Le he dicho que no voy a seguir callando.

Y eso, por primera vez en mucho tiempo, se siente como un paso adelante en vez de uno atrás.

22

Alianzas

Esa noche, después de que Álex se encierre en su habitación, Paula baja al salón.

Nos sentamos las dos en el sofá. Está oscuro. No enciendo la lámpara. Hay cosas que se dicen mejor en la oscuridad, sin que la luz te obligue a mantener la compostura.

—Le he dicho que sé la verdad —le cuento—. Que no estaba en el coche. Que llegó después.

Paula asiente despacio.

—Eso coincide con lo que yo he ido descubriendo. Álex me contó una versión. Tú me has contado otra. Y hay una tercera que ninguno de los dos me ha contado.

—¿Cuál?

—La del testigo. Paco Murillo. El hombre al que Álex sobornó. Vive en un pueblo cerca de Sevilla. Utrera. Lo encontré hace tres meses.

—¿Has hablado con él?

—Le llamé. Al principio no quiso hablar. Se asustó. Lleva siete años con eso encima. Pero al final me contó algo que cambia todo.

Me mira. En la oscuridad, sus ojos brillan.

—Paco estaba en su casa aquella noche. Vivía a cien metros

del paso de peatones. Oyó el golpe. Salió a la carretera. Y vio a una mujer —a ti— arrodillada junto al cuerpo, con un teléfono en la mano. Dice que estabas llamando a emergencias. Dice que oía tu voz: «Una ambulancia, por favor, ha habido un accidente.»

Se me corta la respiración.

—Y dice que entonces llegó un hombre en otro coche. Un hombre alto, moreno, con un abrigo oscuro. El hombre te quitó el teléfono. Te metió en tu coche. Y se fue. El hombre volvió al día siguiente, solo, y le ofreció a Paco cinco mil euros por no decir nada. Paco los aceptó. Tiene tres hijos y un sueldo de mierda. No lo juzgo.

No puedo hablar. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de un puño.

—Clara, ¿lo entiendes? Tú llamaste al 112. Tú pediste una ambulancia. El registro de llamadas existe, aunque colgaran, la llamada quedó registrada. Álex te quitó el teléfono y colgó. Álex decidió huir. No tú.

—Pero yo conducía. Yo la atropellé.

—Sí. Y eso es un delito. Pero no es lo mismo atropellar a alguien e intentar pedir ayuda que atropellar a alguien y huir. La diferencia legal es enorme. Y la diferencia moral...

—No hay diferencia moral. Lucía está muerta igual.

Paula se calla. Y en ese silencio hay algo que no esperaba: respeto. El respeto de alguien que reconoce que la persona que

tiene delante no se está justificando. Que no busca excusas. Que acepta su culpa completa, sin descuentos.

—Álex te mintió —dice Paula—. Te dijo que estaba en el coche para que pensaras que erais cómplices. Para que nunca pudieras denunciarlo sin denunciarte a ti misma. Pero él no estaba ahí. Llegó después. Lo único que hizo fue impedirte pedir ayuda y luego limpiar las pruebas. Y eso, Clara, es encubrimiento, obstrucción a la justicia y soborno de testigos. Son delitos graves. Más graves que lo tuyo.

—¿Cómo que más graves que lo mío?

—Tú cometiste un homicidio imprudente. Terrible, sí. Pero imprudente. No había intención. Y tu primera reacción fue llamar a emergencias. Eso, en un juicio, cuenta. Cuenta mucho. Álex, en cambio, actuó con plena conciencia. Manipuló pruebas. Sobornó a un testigo. Impidió que llegaras ayuda. Y lo hizo para controlarte, no para protegerte.

Me levanto del sofá. Necesito moverme. Camino hasta la ventana, vuelvo, camino otra vez. Mi cabeza es un torbellino de recuerdos que se recolocan como piezas de un puzle que siempre estuvo incompleto.

La llamada. El 112. La voz que contestó. «Emergencias, dígame.» Y yo diciendo «una ambulancia, por favor.» Y la mano de Álex. Y el teléfono arrancado de mis dedos.

Siempre pensé que Álex me salvó. Que sin él, habría acabado en la cárcel. Que le debía la libertad, la vida, todo. Pero no me salvó. Me secuestró. Me robó la posibilidad de hacer lo

correcto. Me convirtió en fugitiva cuando yo estaba intentando pedir ayuda.

Y luego usó eso —el secreto, la culpa, la deuda— para atarme a él. Para que no me fuera. Para que dependiera de él. Y cuando me fui igualmente, cuando encontré la fuerza para dejarlo a pesar de todo, no lo soportó.

—Clara —dice Paula, suavemente—. Álex nos ha usado a las dos. A mí me usó como arma contra ti. A ti te usó como rehén durante años. Y ahora ha venido aquí a terminar lo que empezó.

—¿Y qué hacemos?

Paula se levanta. Se acerca a mí. Estamos de pie, frente a frente, en la oscuridad del salón. Dos mujeres que deberían ser enemigas y que, por algún giro absurdo del destino, son las únicas que pueden ayudarse mutuamente.

—Tenemos dos opciones —dice—. La primera: dejamos que Álex gane. Tú te vas. Yo me voy. Él se queda tranquilo. Y la verdad se pudre para siempre.

—¿Y la segunda?

—La segunda es hacer lo que debiste hacer hace siete años. Ir a la policía. Contarlo todo. Todo. Desde el principio. El atropello, la llamada al 112, Álex quitándote el teléfono, el encubrimiento, el soborno. Todo.

—Iré a la cárcel.

—Probablemente. Pero no como Álex te dijo. No años y años. Con la confesión voluntaria, con el registro de la llamada al 112, con el testimonio de Paco, con las circunstancias

atenuantes... Clara, los abogados conocen estos casos. No estoy diciendo que salga gratis. Pero no es lo que Álex te vendió. No es «tu vida se acabó.» Es «tu vida cambia.» Que es diferente.

—Y Álex.

—Álex caerá más fuerte. Encubrimiento, obstrucción, soborno, manipulación de testigos. Y si le pillan lo de las pruebas que me dio a mí, distribución de información de un caso sellado. Son años. Más que los tuyos.

Me quedo en silencio. Pienso en Tomás. En Rocío. En mi madre. En la cara que pondrán cuando sepan. En el asco, la decepción, la incredulidad. En la soledad que vendrá después.

Y luego pienso en Lucía. En una chica de veintidós años con pecas y un pendiente de estrella que cruzaba una carretera porque tenía derecho a cruzarla. En su madre, que tiene demencia. En su padre, que murió de un infarto dos años después. En Paula, que ha pasado siete años buscando una respuesta que nadie le daba.

—Necesito pensarlo —digo.

—Lo sé.

—Dame un día.

—Un día.

Se va a su habitación. Oigo la puerta cerrarse.

Me quedo en el salón, a oscuras, con el peso de siete años en los hombros y la posibilidad —aterradora, liberadora— de soltarlo por fin.

23

La noche que cambió

No duermo. Pero esta vez no es por los fantasmas. Es por los recuerdos.

Me tumbo en la cama con los ojos abiertos y dejo que la memoria haga lo que lleva siete años intentando hacer: reconstruir la verdad completa. Sin censuras. Sin el filtro de Álex. Sin la versión editada que me he contado a mí misma para poder sobrevivir.

La fiesta. El jardín. Las copas. Todo eso es cierto. Bebí demasiado. Eso es mío. Nadie me obligó a beber y nadie me obligó a conducir. Esas dos decisiones son mías, enteras, sin excusas.

Pero lo que pasó después...

Álex no estaba en el coche.

Lo sé ahora con una claridad que no tenía antes. No porque Paula me haya convencido, sino porque el recuerdo, liberado

de la distorsión del miedo y la culpa, me devuelve la verdad como una foto que se revela lentamente.

Me fui de la fiesta sola. Álex se quedó. Me dijo que cogiera el coche, que él pediría un taxi. Discutimos, porque yo quería que viniéramos juntos, y él quería quedarse hablando con no sé quién. «Vete tú, yo llego después.» Eso dijo. «Vete tú.»

Y me fui. Sola. Borracha. Conduciendo a noventa por una carretera de cincuenta.

El golpe. La farola. Lucía.

Salí del coche. Caminé hasta ella. Me arrodillé. Le toqué la cara.

Y llamé al 112.

Lo hice. Marqué el número. Alguien contestó. Dije: «Ha habido un accidente, una chica, está en el suelo, no se mueve, por favor, manden una ambulancia.» Dije la carretera. Dije el kilómetro. Dije todo lo que sabía.

Y entonces aparecieron unos faros detrás de mí.

Álex. En su coche. Me había seguido. No porque estuviera preocupado por mí. Porque era controlador. Porque no soportaba que me fuera sin él. Porque tenía que saber dónde estaba y qué hacía en cada momento.

Llegó. Vio el cuerpo. Vio el teléfono en mi mano. Y en ese momento, en la fracción de segundo en la que un hombre

normal habría gritado «¡llama a emergencias!», Álex hizo lo contrario.

Me quitó el teléfono. Colgó la llamada.

«¿Estás loca? Si te pillan, vas a la cárcel. Borracha al volante. Homicidio imprudente. ¿Tú sabes lo que es eso?»

Y yo, de rodillas en el asfalto mojado, con la cara de Lucía grabada en los ojos, dejé que Álex decidiera. Dejé que me levantara del suelo. Dejé que me metiera en su coche. Dejé que condujera hasta casa. Dejé que volviera al día siguiente a limpiar mi coche, a mover las pruebas, a comprar el silencio de Paco Murillo.

Dejé todo.

Porque estaba rota. Porque estaba borracha. Porque Álex hablaba con autoridad y yo no tenía ninguna. Porque cuando has matado a alguien y estás de rodillas en una carretera a las tres de la mañana, no piensas con claridad. No tomas decisiones. Te dejas llevar por quien parezca saber lo que hace.

Y Álex siempre parecía saber lo que hacía.

Pero hay una cosa que Álex no pudo borrar. La llamada al 112. Duró trece segundos antes de que él colgara. En algún servidor de emergencias, en algún registro informático, esos trece segundos están grabados. Mi voz pidiendo una ambulancia. Las coordenadas de la llamada. La hora.

Trece segundos en los que intenté hacer lo correcto.

No me absuelven. Nada me absuelve. Conduje borracha. Maté a Lucía. Eso es irreversible, imperdonable, permanente. Pero

esos trece segundos son la diferencia entre la persona que Álex me dijo que era —una asesina cobarde que huyó— y la persona que realmente fui: una mujer aterrorizada que intentó pedir ayuda y a la que un hombre le arrancó el teléfono de las manos.

———

A las seis de la mañana, me levanto. Me ducho. Me visto. Bajo a la cocina. Hago café.

Paula aparece a las seis y media. Me mira y sabe.

—¿Has decidido?

—Sí.

—¿Y?

—Voy a ir a la policía.

Silencio. Paula cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, están húmedos.

—¿Estás segura?

—No. Pero llevo siete años sin estar segura de nada y estoy harta.

Se sienta. Se sirve café. Bebe un trago largo.

—Voy contigo —dice.

—No tienes que hacerlo.

—Sí tengo. Lucía era mi hermana. Y si alguien tiene que estar

ahí cuando se cuente la verdad, soy yo.

Nos miramos. Dos mujeres al amanecer, en una cocina que huele a café, a punto de hacer algo que va a cambiarlo todo.

—Pero antes —dice Paula— hay algo que quiero hacer.

—¿Qué?

—Hablar con Álex. Los tres. Cara a cara. Antes de ir a la policía, quiero que sepa que lo sabemos. Que sabemos lo del teléfono, lo del soborno, lo de Paco. Quiero verle la cara cuando se dé cuenta de que sus mentiras se han acabado.

—¿Y si intenta algo?

—¿Qué va a intentar? No es violento. Es un cobarde con un título de abogado. Cuando vea que las dos estamos juntas, que las dos sabemos la verdad, se vendrá abajo.

Pienso. Tiene razón. Álex es un manipulador, no un matón. Su poder viene de los secretos, de las mentiras, de la información

que maneja mientras los demás están a oscuras. Quitarle eso es quitarle todo.

—Vale —digo—. Pero primero hay algo que tengo que hacer yo.

—¿Qué?

—Hablar con Tomás.

Paula me mira. Y en sus ojos hay algo que se parece a la admiración. O al reconocimiento de la valentía, que a veces son la misma cosa.

—¿Se lo vas a contar?

—Todo. Le voy a contar todo. Antes de ir a la policía. Porque si me va a dejar, quiero que sea por la verdad, no por los rumores.

Me levanto. Cojo las llaves. Cojo el teléfono.

Antes de salir, me giro.

—Paula.

—Dime.

—Gracias. Por no destruirme cuando podías haberlo hecho.

Se queda callada un momento.

—No me des las gracias todavía —dice—. Todavía no sé si

puedo perdonarte.

—No te pido que me perdones. Solo que me dejes hacer esto.

Asiente.

Salgo de la casa. El sol de diciembre está saliendo sobre Conil, frío y claro, y el mundo parece más nítido que nunca. Como si alguien hubiera limpiado el cristal a través del cual miro la realidad.

Es el primer día del resto de mi vida.

Y por primera vez en siete años, no estoy huyendo.

Voy hacia la verdad.

24

Tomás

Lo encuentro en la playa de El Palmar.

Son las ocho de la mañana y Tomás ya está en el agua, solo, con su tabla y su neopreno, cogiendo olas que nadie más quiere coger porque es diciembre y el agua está a catorce grados y el viento sopla de levante. Pero Tomás es así: el mar es su religión, y reza todos los días, haga el tiempo que haga.

Me siento en la arena a esperarlo. Desde aquí lo veo como una silueta oscura sobre el azul gris del Atlántico, remando, levantándose, deslizándose sobre la ola con una gracia que después de tres años todavía me deja sin respiración. Tomás en el agua es otra persona. Libre. Entero. Sin preguntas.

Ojalá pudiera quedarme así, sentada en la arena, viéndolo surfear, sin tener que abrir la boca. Ojalá pudiera congelar

este momento: el último momento en que Tomás me quiere sin saber quién soy.

Pero no puedo.

Sale del agua veinte minutos después. Me ve y se para. Tiene la cara mojada, el pelo pegado a la frente, los ojos del color del mar. Me mira con una mezcla de sorpresa y cautela.

—Clara. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Se quita el neopreno hasta la cintura, se envuelve en una toalla y se sienta a mi lado en la arena. Estamos solos. La playa es nuestra. Solo el mar, el viento y lo que voy a decir.

—Tomás, voy a contarte algo que debería haberte contado hace tres años. O hace siete. Pero no fui capaz. Y te pido que me dejes hablar hasta el final sin interrumpirme, porque si me interrumpes no voy a poder seguir.

Me mira. Y en sus ojos, detrás de la cautela, hay algo que se parece a la esperanza. La esperanza de que por fin le dé lo que lleva tres años pidiendo: la verdad.

Se lo cuento.

Todo.

La fiesta. El alcohol. La carretera. Lucía. El golpe. La llamada al 112. Álex quitándome el teléfono. La huida. El

encubrimiento. Los siete años de silencio. Conil. Casa Maresía. La vida que construí sobre una mentira.

Y se lo cuento de Irene. De Paula. De quién es realmente, de por qué vino, de las fotos, de la carpeta, de los sobres. De Álex, que la mandó. De Álex, que está ahora en mi casa. De todo.

No me interrumpe. Se lo pedí y no me interrumpe. Se queda sentado en la arena, con las manos en las rodillas, mirando al frente, al mar, como si el mar fuera la única cosa del mundo que todavía tiene sentido.

Tardo quince minutos en contarlo todo. Cuando termino, el silencio es tan absoluto que oigo mi propio corazón.

Tomás no habla.

No habla durante un tiempo que se me hace eterno. Un minuto. Dos. Tres. El mar sigue rompiendo. El viento sigue soplando. Y Tomás sigue mirando al frente con una expresión que no puedo leer porque nunca se la he visto.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dice por fin. Su voz es baja, ronca. No es enfado. Es algo más profundo que el enfado.

—Porque tenía miedo de que me miraras como me estás mirando ahora.

Se gira hacia mí. Y lo que veo en su cara me rompe.

No es asco. No es rabia. No es desprecio. Es dolor. El dolor de alguien que acaba de descubrir que la persona que ama es una desconocida. Que los tres años que ha vivido con ella son tres años de ficción. Que cada «estoy bien» era una mentira, cada sonrisa era una máscara, cada noche en la cama era un

refugio para alguien que se escondía de algo que él ni siquiera sabía que existía.

—Mataste a una persona —dice. No como acusación. Como constatación. Como alguien que necesita oírlo en voz alta para creerlo.

—Sí.

—Y no fuiste a la policía.

—No. Dejé que Álex... dejé que me convenciera de que no fuera.

—Y llevas siete años viviendo con eso.

—Sí.

—Y yo no sabía nada.

—No.

Se pasa las manos por la cara. Las manos le tiemblan.

—Clara, joder. Joder, Clara.

—Lo sé.

—No lo sabes. No sabes cómo me siento. Porque lo que me duele no es lo que hiciste. Bueno, sí, me duele. Es horrible. Es... joder, mataste a una chica. Pero lo que más me duele, Clara, lo que de verdad me está matando, es que no me lo

dijeras. Que llevaras tres años a mi lado y no confiaras en mí para contármelo.

—No era cuestión de confianza.

—Claro que era cuestión de confianza. Era exactamente eso. No confiabas en que yo pudiera aceptarlo. No confiabas en que pudiera ayudarte. No confiabas en mí, Clara. Nunca has confiado en mí.

Tiene razón. Y se lo digo.

—Tienes razón. No confié. Y lo siento. Lo siento más de lo que puedo decirte.

—¿Y ahora qué? ¿Me lo cuentas y ya está? ¿Y se supone que tengo que decir «no pasa nada, te quiero igual»?

—No. No te pido eso. Te cuento esto porque voy a ir a la policía. Hoy. Voy a declarar. Voy a contarlo todo. Y antes de

hacerlo, quería que lo supieras por mí, no por las noticias o por un rumor.

Tomás me mira. Parpadea. Procesa.

—¿Vas a ir a la policía?

—Sí.

—¿Y qué te va a pasar?

—No lo sé. Probablemente cárcel. No sé cuánto tiempo. Pero es lo que debí hacer hace siete años y no hice.

Silencio otra vez. El mar. El viento. El frío de diciembre en la piel mojada.

—Clara —dice Tomás, y su voz se quiebra un poco—. No sé qué hacer con esto. No sé si puedo estar contigo. No sé si puedo mirarte y no ver... No sé nada. Necesito tiempo.

—Lo sé. Tómate el tiempo que necesites.

—¿Me estás pidiendo que te espere?

—No. No te pido nada. Solo quería que supieras la verdad.

Me levanto. Me sacudo la arena de los pantalones. Lo miro desde arriba: su pelo mojado, sus hombros anchos, sus manos

de surfista, su cara de buena persona que acaba de recibir el golpe más fuerte de su vida.

—Te quiero, Tomás. Eso es lo único que no ha sido mentira.

Se queda en la arena. No me sigue. No me llama. No dice nada.

Camino hacia el coche. Las piernas me pesan como si fueran de plomo. Las lágrimas me caen por la cara y el viento se las lleva antes de que lleguen a la barbilla.

Arranco. Conduzco de vuelta a Conil. Despacio, esta vez. Respetando cada límite de velocidad.

25

Los tres

Cuando vuelvo a Casa Maresía, Álex está en la cocina haciéndose un café como si viviera aquí. Paula está sentada en la mesa, con los brazos cruzados y una expresión que

reconozco: la de alguien que está conteniendo algo que quiere salir.

Me miran cuando entro.

—He hablado con Tomás —digo—. Se lo he contado todo.

Álex deja la taza en la encimera.

—¿Que has hecho qué?

—Le he contado todo. El accidente. Lucía. Tú. Todo.

Álex cambia de color. No palidece; se pone rojo. Ese rojo de quien siente que el control se le escapa de las manos.

—Clara, eres idiota. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Tomás puede ir a la policía. Puede...

—Que vaya. De hecho, yo voy a ir primero.

Silencio.

Álex me mira. Mira a Paula. Nos mira a las dos. Y lo que ve es algo que no esperaba: dos mujeres que ya no le tienen miedo.

—Siéntate, Álex —dice Paula. Su voz es tranquila, firme. La voz de alguien que ha terminado de actuar.

Álex no se sienta. Se queda de pie, apoyado en la encimera, con los brazos cruzados. Postura defensiva. La postura de

alguien que está acorralado y todavía no lo sabe.

—He hablado con Paco Murillo —dice Paula.

El nombre golpea a Álex como una bofetada.

—¿Quién?

—No finjas. Paco Murillo. El hombre que vivía a cien metros del paso de peatones. El que salió a la carretera y vio a Clara llamando al 112 antes de que tú llegaras y le quitaras el teléfono. El que aceptó cinco mil euros por callarse.

Álex no dice nada. Su mandíbula se aprieta. Los nudillos se le ponen blancos donde agarra la encimera.

—Me dijo todo, Álex. Me dijo que Clara estaba llamando a emergencias. Que tú llegaste después, en tu coche. Que le

quitaste el teléfono. Que te la llevaste. Que al día siguiente fuiste a su casa con un sobre de dinero.

—Está mintiendo. Es un viejo que no sabe lo que dice.

—No miente. Y aunque mintiera, la llamada al 112 está registrada. Trece segundos. Suficientes para que conste que Clara pidió ayuda antes de que tú se la negaras.

Álex se pasa la mano por el pelo. El gesto que hacen los hombres cuando pierden el control: un tic, un espasmo, una grieta en la fachada.

—Paula, escúchame. Esto no era lo que habíamos acordado. Tú y yo teníamos un plan. Venías aquí, la destruías y te ibas. Eso era todo. Simple. Limpio.

—Tu plan, Álex. No el mío.

—Tu hermana está muerta por su culpa, Paula. ¿O ya se te ha olvidado?

El golpe bajo. El último recurso de un hombre sin argumentos: recordarle a la hermana muerta. Veo cómo la frase aterriza en Paula, cómo la sacude por dentro. Pero Paula no se rompe. Aprieta los puños debajo de la mesa, respira hondo y contesta con una calma que admiro.

—Mi hermana está muerta porque Clara conducía borracha. Eso es cierto. Pero también está muerta porque tú impediste

que llegara la ambulancia. ¿Y si hubiera llegado a tiempo? ¿Y si Lucía hubiera tenido una oportunidad?

—Estaba muerta cuando Clara la encontró. Muerta. No había nada que hacer.

—Tú no eres médico, Álex. No puedes saber eso. Clara vio a alguien en el suelo y llamó al 112. Eso es lo que hace una persona normal. Lo que hiciste tú no tiene nombre.

Álex la mira con odio. Puro, concentrado, sin diluir. No es el odio de alguien que ha sido pillado en una mentira. Es el odio de alguien que ha perdido el poder, que ve cómo las piezas que movía a su antojo se rebelan y toman sus propias decisiones.

—Si vais a la policía —dice, en voz baja, amenazante—, os hundís las dos. Clara va a la cárcel por homicidio imprudente. Y tú, Paula, por acoso, allanamiento, suplantación de identidad.

—Yo no he suplantado ninguna identidad. Irene es mi segundo nombre. Blanc es mi apellido. No he presentado documentación falsa. He reservado una habitación en una casa de huéspedes. Es legal.

—Has vigilado a Clara durante meses. Tienes fotos suyas. Has entrado en su habitación.

—Sí. Y todo eso se lo contaré a la policía. Junto con las pruebas de que tú me proporcionaste información confidencial de un caso archivado, me manipulaste para que viniera aquí y me pediste que destruyera la vida de otra persona. ¿Quién crees que sale peor, Álex?

Álex está temblando. No de miedo. De rabia. De impotencia. Del tipo de furia que siente un hombre que ha tenido el

control toda su vida y de repente se encuentra sin nada que controlar.

—No vais a hacer esto —dice—. No os conviene.

—No se trata de lo que nos conviene —digo. Y mi propia voz me sorprende: es firme, clara, sin temblor—. Se trata de lo que es correcto. Y lo correcto es que la verdad salga. Toda la verdad. No la tuya. No la mía. La verdad.

Álex me mira. Y por primera vez en siete años, no veo al hombre que me controlaba, al abogado que tenía respuesta para todo, al manipulador que me hizo creer que le debía la vida. Veo a un hombre asustado. Un hombre que ha construido su poder sobre mentiras y secretos y que de

repente se da cuenta de que las mentiras tienen fecha de caducidad.

—Piénsalo bien, Clara —dice, y su voz ha perdido la autoridad. Ahora suena a súplica disfrazada de amenaza—. Piénsalo bien antes de hacer algo que no puedas deshacer.

—Ya lo he pensado. Llevo siete años pensándolo.

Álex coge su chaqueta. Coge las llaves de su coche de alquiler. Se dirige a la puerta.

—Os arrepentiréis —dice.

Sale. La puerta se cierra detrás de él. El motor del coche arranca. Las ruedas crujen en la grava. Silencio.

Paula y yo nos quedamos solas en la cocina.

—Se ha ido —dice ella.

—Se ha ido.

—¿Crees que irá a la policía él primero?

—No. Álex nunca irá a la policía. Tiene más que perder que nosotras. Si habla, se hunde. Lo sabe.

Paula asiente. Se queda mirando la puerta por donde ha salido Álex, con una expresión que es difícil de leer: alivio, tristeza,

algo que podría ser el principio de una paz que lleva siete años buscando.

—Cuando quieras —dice.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Me levanto. Cojo mi bolso. Cojo las llaves del coche.

Miro la cocina. Mi cocina. La cocina de Casa Maresía, donde he preparado mil desayunos, donde he hecho el amor con Tomás contra la encimera, donde he llorado a solas tantas noches que he perdido la cuenta.

Es posible que sea la última vez que la vea así.

—Vamos —digo.

Y salimos.

26

La comisaría

La comisaría de la Guardia Civil de Conil de la Frontera está en un edificio de ladrillo visto, al final de la avenida principal, con una bandera de España en el tejado que el viento de levante sacude como un trapo. Aparcamos delante. Apago el motor.

Nos quedamos un momento dentro del coche. Sin hablar. Mirando la puerta verde de la comisaría como si fuera la entrada a otro mundo. Y en cierto modo lo es.

—¿Estás lista? —pregunta Paula.

—No.

—Yo tampoco.

Nos miramos. Y nos reímos. Es absurdo: dos mujeres que deberían odiarse, sentadas en un coche frente a una

comisaría, riéndose de nervios como dos adolescentes antes de un examen.

—Vamos —digo.

Entramos. Detrás del mostrador hay un guardia civil joven, veintipocos años, con cara de aburrimiento y un ordenador que parece de otra época.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

—Quiero poner una denuncia. Contra mí misma.

El guardia me mira. Mira a Paula. Nos mira a las dos. Su cara de aburrimiento se transforma en confusión.

—¿Cómo dice?

—Quiero confesar un delito. Un homicidio imprudente. Hace siete años. Necesito hablar con alguien.

El guardia parpadea. Coge un teléfono interno. Habla en voz baja. Cuelga.

—Siéntense, por favor. Ahora viene el sargento.

Nos sentamos en un banco de madera que hay junto a la puerta. Es incómodo. Todo es incómodo: las sillas, la luz, el

olor a lejía y a papel viejo. Pero nada es tan incómodo como los siete años que me han traído hasta aquí.

El sargento llega a los cinco minutos. Es un hombre de unos cincuenta años, pelo cano, bigote recortado, ojos de quien ha visto de todo y ya no se sorprende con nada.

—Soy el sargento Molina. ¿Quién de ustedes quiere declarar?

—Yo.

—Acompáñeme, por favor.

Me levanto. Miro a Paula. Ella asiente.

—Aquí estaré —dice.

Sigo al sargento hasta un despacho pequeño al fondo del pasillo. Una mesa metálica, dos sillas, un ordenador, un

armario archivador. En la pared hay un crucifijo y una foto del rey.

—Siéntese —dice Molina—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Sí, por favor.

Me trae agua. Se sienta frente a mí. Abre un formulario en el ordenador.

—Nombre completo.

—Clara Reyes Fernández.

—DNI.

Se lo doy. Teclea.

—Cuénteme.

Y lo cuento. Otra vez. Desde el principio. La fiesta. El alcohol. La carretera SE-3102. El paso de peatones. Lucía Blanc Ortega. El impacto. La llamada al 112. Álex Montero quitándome el teléfono. La huida. El encubrimiento. Los siete años de silencio.

Lo cuento sin llorar. Lo cuento como si estuviera leyendo un informe. Las lágrimas las he gastado hace mucho. Lo que queda ahora es algo más limpio, más duro, más necesario: la

verdad dicha en voz alta, delante de un representante de la ley, en una habitación con un crucifijo en la pared.

Molina escucha sin interrumpir. Toma notas. Cuando termino, se quita las gafas y me mira.

—Señora Reyes, ¿es consciente de lo que acaba de hacer?

—Sí.

—Esto es una confesión de un delito grave. Homicidio imprudente. Omisión del deber de socorro. Aunque usted llamó al 112, el hecho de que se marchara del lugar sin prestar asistencia...

—Lo sé. Estoy preparada.

—También menciona usted un encubrimiento. Un tal Álex Montero. Vamos a necesitar todos los datos que tenga de esa persona.

Se los doy. Nombre completo, último domicilio conocido, profesión, número de colegiado del Colegio de Abogados de

Sevilla. Todo lo que recuerdo. Todo lo que he llevado grabado en la memoria durante siete años como una cicatriz.

—La mujer que está fuera, ¿quién es?

—Paula Blanc. Hermana de la víctima. Lucía Blanc Ortega.

Molina levanta las cejas.

—¿La hermana de la víctima la ha acompañado a confesar?

—Sí.

—Eso es... poco habitual.

—Nada de esto es habitual, sargento.

Asiente. Teclea un rato más. Luego se levanta.

—Señora Reyes, voy a ponerme en contacto con la Comandancia de Sevilla. El caso fue archivado allí. Vamos a necesitar reabrir la investigación. Hasta entonces, le voy a pedir que no salga de la localidad. ¿Tiene abogado?

—No.

—Le recomiendo que busque uno. Tiene derecho a un abogado de oficio si lo necesita.

—Lo necesito.

—Se lo gestionaremos. ¿Tiene algo más que añadir?

Pienso un momento. Sí, hay algo más.

—Sargento, hay un testigo. Paco Murillo. Vive en Utrera. Estaba en su casa la noche del accidente y presenció los

hechos. Fue sobornado por Álex Montero para guardar silencio. Pero creo que ahora estaría dispuesto a declarar.

Molina anota el nombre. Me mira con una expresión que no sé interpretar: ¿respeto? ¿Lástima? ¿Algo entre las dos cosas?

—Puede salir. La llamaremos cuando tengamos más información.

Me levanto. Le doy la mano. La suya es firme, seca, profesional.

—Sargento.

—Dígame.

—¿He hecho lo correcto?

Me mira un momento largo.

—Ha hecho lo que tenía que hacer. Que es distinto, pero a veces es lo mismo.

Salgo del despacho. Camino por el pasillo. Paula está de pie en la sala de espera, con los brazos cruzados y la cara tensa.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Creo. Van a reabrir el caso. Me han pedido que no salga de Conil.

Paula asiente. Tiene los ojos brillantes, pero no llora. Es más fuerte de lo que parece. Es más fuerte que yo.

Salimos juntas de la comisaría. El sol de diciembre nos da en la cara. La calle está vacía. Conil en invierno, a media mañana

de un miércoles, es como un escenario sin público.

—¿Y ahora? —pregunta Paula.

Miro la calle. Miro el cielo. Miro mis manos, que por primera vez en siete años no tiemblan.

—Ahora esperamos —digo.

Y esperamos.

27

Réplicas

Las cosas se mueven rápido cuando la verdad sale a la luz. Más rápido de lo que imaginaba.

Al día siguiente de mi declaración, la Guardia Civil de Sevilla reabre oficialmente el caso del atropello de Lucía Blanc Ortega. Me lo comunican por teléfono. Voz formal, tono neutro, palabras que suenan a procedimiento pero que significan terremoto: se ha iniciado la instrucción judicial, se ha emitido una orden de busca y captura contra Álex Montero, se ha citado a declarar a Francisco Murillo López.

Álex no está en Conil. Se fue el día de la confrontación y no ha vuelto. No contesta al teléfono. Su habitación en Casa Maresía quedó vacía: ni ropa, ni maleta, ni rastro. Solo la botella de albariño a medias en la encimera y un vaso sucio en el fregadero.

Lo encuentran tres días después, en Sevilla, en su despacho del bufete. Según lo que me cuenta la abogada de oficio que me asignan —una mujer joven de Chiclana, morena, con

gafas cuadradas y una eficiencia que me tranquiliza—, Álex intentó negociar. Ofreció declarar como testigo protegido. La fiscalía dijo que no. Las pruebas eran demasiado sólidas: la llamada al 112 que corroboró mi versión, la declaración de Paco Murillo, los movimientos bancarios de cinco mil euros que Álex hizo el día después del accidente. Encubrimiento, soborno de testigos, obstrucción a la justicia.

Álex fue detenido un jueves por la mañana. No sé cómo fue. No quiero saberlo. Solo sé que el hombre que me quitó el teléfono de las manos aquella noche está ahora en una celda, y que yo, que conduje borracha y maté a una persona, estoy libre bajo comparecencia periódica en la comisaría de Conil.

La ironía no se me escapa.

———

Rocío viene a verme el sábado.

Llama a la puerta, lo cual ya es raro, porque Rocío nunca llama, siempre entra directamente. Abro y la encuentro de pie

en el porche, con una expresión que no le he visto nunca: seria, dolida, confundida.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Se sienta en la cocina. No acepta café. No acepta agua. Se queda mirando la mesa durante un momento que se estira como un chicle.

—Tomás me lo ha contado —dice.

Cierro los ojos un segundo. Los abro.

—¿Todo?

—Todo. Lo de Sevilla. Lo de la chica. Lo de Irene. Lo de tu ex. Todo.

No digo nada. Espero. Espero el golpe que sé que viene, porque Rocío no es de las que se guardan las cosas.

—Clara, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque no podía.

—¿No podías o no confiabas en mí?

La misma pregunta que Tomás. La misma cuchilla.

—Las dos cosas —contesto, porque ya he aprendido que la honestidad, aunque duela, es mejor que cualquier excusa.

Rocío se frota los ojos. Cuando levanta la cara, la tiene roja.

—Llevo siete años siendo tu amiga. Siete años, Clara. Te he visto llorar, te he visto reír, te he visto construir esta casa con

tus manos. Te he contado todo. Todo. Mis deudas, mis fracasos, aquella vez que me lié con el pescadero casado, ¿te acuerdas? Te lo conté todo porque confiaba en ti. Y tú tenías esto dentro y nunca dijiste nada.

—Lo siento, Rocío.

—No me digas que lo sientes. Dime por qué. ¿Por qué no confiaste en mí?

—Porque si te lo contaba, te convertía en cómplice. Porque saberlo se convertía en cargar. Y no quería que cargaras con mi mierda.

—Eso debería haberlo decidido yo.

Tiene razón. Tiene toda la razón del mundo.

—Sí —digo—. Debería haberlo decidido tú.

Silencio. Rocío mira por la ventana. El mar está ahí, como siempre, indiferente a los dramas humanos.

—¿Y lo de Irene? —pregunta—. ¿Todo era mentira?

—Se llama Paula. Es la hermana de la chica que… de Lucía. Vino a buscarme. A cobrar lo que le debía.

—¿Y yo la traté como una amiga? ¿Le presenté a gente? ¿Monté un negocio con ella? ¿Y todo era parte de un plan?

—Sí. Al principio sí. Pero creo que… creo que al final fue real. Lo que sentía por ti era real. La amistad, las cenas, todo eso.

Creo que para Paula fue tan sorpresa como para ti.

—No me basta con «creo.»

—Lo sé.

Rocío se levanta. Coge su bolso. Va hacia la puerta. Se para.

—Clara.

—Dime.

—No sé si puedo seguir siendo tu amiga. No ahora. Necesito tiempo. Mucho tiempo.

—Lo entiendo.

—Pero quiero que sepas una cosa. Has hecho bien en ir a la policía. Sea lo que sea que pase después, has hecho bien.

Sale. La puerta se cierra.

Me quedo sola en la cocina. Sola de verdad, por primera vez en meses. Sin Irene, sin Álex, sin Tomás, sin Rocío. Solo yo y las paredes de Casa Maresía y el fantasma de una chica con el pelo largo que cruza un paso de peatones a las tres de la mañana.

Pero por primera vez, el fantasma no me asusta.

Porque por primera vez, le he dicho la verdad.

———

Paula se queda en Casa Maresía mientras dura la instrucción. No como huésped. No como Irene. Como Paula. Duerme en la habitación 4, come en la cocina, camina por la playa. Pero ya

no ayuda con la casa ni friega los platos ni riega las plantas. Ya no hace falta mantener la ficción.

Hablamos. No mucho, pero hablamos. Conversaciones breves, directas, sin adornos. Dos mujeres que están aprendiendo a mirarse sin máscaras.

Una noche, sentadas en la terraza con mantas encima y el mar negro al fondo, le pregunto:

—¿Cómo era Lucía?

Tarda un momento en contestar.

—Era... luminosa. Es la palabra que siempre me viene. Luminosa. Le gustaba pintar, le gustaba bailar, le gustaba reírse de todo. Tenía una risa enorme, desproporcionada para

su cuerpo. Era la clase de persona que entra en una habitación y la temperatura sube dos grados.

Se le quiebra la voz.

—Tenía veintidós años, Clara. Veintidós. No había empezado a vivir.

No digo nada. No puedo decir nada que sirva. No hay palabras que devuelvan a una hermana muerta ni que borren lo que hice.

—Lo siento —digo. Y sé que no es suficiente. Que nunca será suficiente. Que no hay disculpa que iguale la deuda. Pero lo digo porque es verdad y porque es lo único que tengo.

Paula me mira. Tiene los ojos húmedos.

—No te perdono —dice—. No sé si alguna vez podré perdonarte. Pero te veo, Clara. Te veo de verdad. Y eso es algo.

Nos quedamos en silencio. El mar suena a fondo. Las estrellas brillan encima de Conil con esa claridad que solo tienen en invierno, cuando el aire está limpio y el cielo está lejos y el mundo parece más grande de lo que es.

No nos perdonamos. No somos amigas. No somos enemigas. Somos dos mujeres unidas por la cosa más horrible que puede unir a dos personas, y estamos aprendiendo, despacio, torpemente, a estar en la misma habitación sin que el peso nos aplaste.

Es poco. Pero es más de lo que merezco.

28

El juicio

El juicio se celebra en marzo, en la Audiencia Provincial de Sevilla.

Marzo. El mismo mes en que maté a Lucía. No sé si es casualidad o si alguien en el juzgado tiene un sentido retorcido de la justicia poética.

Vuelvo a Sevilla por primera vez en siete años. El tren de Cádiz tarda dos horas y media. Miro por la ventana: los campos de algodón, los olivares, los pueblos blancos que pasan como fotogramas de una película que yo no protagonizo. Sevilla aparece al fondo como siempre: la Giralda asomando entre los tejados, la Torre del Oro reflejándose en el Guadalquivir, el sol de marzo que calienta pero no quema.

La ciudad huele igual. Azahar y gasolina. Me dan ganas de vomitar.

Mi abogada, Marta, me recoge en la estación de Santa Justa. Lleva un traje gris y un maletín que parece pesar más que ella. Me habla en el coche, camino al juzgado, repasando lo que ya

hemos repasado cien veces: la estrategia, los atenuantes, lo que debo decir y lo que no.

—Clara, lo más importante es que cuentes la verdad. Tal como la recuerdas. Sin adornar, sin minimizar, sin exagerar. La jueza sabe que vienes a confesar voluntariamente. Eso pesa. La llamada al 112 pesa. El contexto de manipulación por parte de Montero pesa. Pero nada de eso borra el hecho de que condujiste bajo los efectos del alcohol. No intentes justificarlo.

—No voy a justificarlo.

—Bien.

La Audiencia Provincial es un edificio neoclásico con columnas y un vestíbulo de mármol que amplifica cada pisada. Hay periodistas en la puerta. No muchos, pero suficientes para que mi cara salga en algún periódico local. La abogada me coge del brazo y me guía hacia dentro sin mirar a las cámaras.

En la sala hay menos gente de la que esperaba. La jueza, una mujer de sesenta y pocos con gafas redondas y una expresión que no revela nada. La fiscal, joven, seria. El abogado de Álex, un tipo de traje caro que parece molesto por estar allí. Álex, en

el banquillo, con un traje que le queda grande —ha perdido peso— y la mirada fija en la mesa.

Y Paula. En el público. Sentada en la segunda fila, con una blusa negra y el pelo recogido. Nuestras miradas se cruzan un segundo. Ella asiente. Casi imperceptiblemente. Pero lo veo.

———

La fiscal habla primero. Presenta el caso: los hechos, las pruebas, la cronología. Es eficiente y fría, como debe ser. Los datos son demoledores: análisis toxicológico reconstruido a partir de mi declaración (tasa de alcohol estimada: 0.9 mg/l, casi el doble del límite legal), velocidad estimada (noventa en zona de cincuenta), ausencia de frenada previa al impacto.

Luego habla de Álex. Encubrimiento. Manipulación de la escena. Soborno del testigo Paco Murillo (que ha declarado previamente, confirmando los hechos). Obstrucción a la justicia. Impedimento de auxilio (colgó la llamada al 112).

Después le toca a mi abogada. Presenta los atenuantes: confesión voluntaria siete años después, sin presión policial. Intento de llamada a emergencias (corroborado por el registro telefónico de la operadora). Ausencia de antecedentes penales. Colaboración plena con la investigación. Estado de manipulación emocional por parte del coacusado.

La jueza me mira.

—Señora Reyes. ¿Desea declarar?

Me levanto. Las piernas no me tiemblan. Creía que temblarían, pero no. Hay una calma extraña en mí, la calma

de alguien que ha esperado algo durante tanto tiempo que cuando por fin llega, el miedo se ha gastado.

—Sí, señoría.

Cuento la verdad. Otra vez. La misma verdad que le conté al sargento Molina, a Tomás, a Rocío, a Paula. La verdad que llevo siete años guardando y que ahora sale de mi boca con una fluidez que me sorprende, como un río que encuentra por fin su cauce después de años de meandros.

La fiesta. El alcohol. La decisión de conducir. La carretera. Lucía. El golpe. El teléfono. La voz del 112. La mano de Álex. La huida. Los siete años.

Cuando termino, la sala está en silencio. Miro a Paula. Tiene los ojos cerrados.

La jueza pregunta:

—¿Se arrepiente de lo que hizo?

—Me arrepiento cada día de mi vida, señoría. Y me arrepentiré cada día que me quede. Lo que hice es imperdonable. Conduje borracha, maté a una chica de

veintidós años y permití que alguien borrara las pruebas. No merezco compasión. Solo pido que la verdad conste.

—¿Y por qué ha tardado siete años en confesar?

—Porque era cobarde. Porque tenía miedo. Porque me convencí de que empezar de cero era lo mismo que pagar. No lo es. Lo sé ahora.

La jueza me mira durante un momento largo. Luego asiente y mira a Álex.

—Señor Montero, ¿desea declarar?

El abogado de Álex se levanta. Habla en su nombre. Minimiza: fue un acto de amor, fue una decisión impulsiva, fue proteger a la persona que quería. La fiscal lo desmonta pieza a pieza: la planificación del encubrimiento, el dinero preparado para el soborno, la manipulación posterior.

Álex no me mira en toda la sesión. Ni una sola vez.

———

Los alegatos finales son breves. La fiscal pide cuatro años para mí y seis para Álex. Mi abogada pide dos años para mí, con atenuantes. El abogado de Álex pide tres para él, con atenuantes que la fiscal rebate.

La jueza se retira a deliberar. Nos dicen que la sentencia se comunicará en los próximos días.

Salgo del juzgado. El sol de Sevilla me golpea la cara como un puñetazo tibio. Paula está en la escalinata, esperándome.

No decimos nada. Nos quedamos de pie, una al lado de la otra, mirando la calle, el tráfico, la gente que pasa sin saber que

dentro de ese edificio se acaba de juzgar la muerte de una chica que cruzaba un paso de peatones.

—Gracias por venir —digo.

—Era mi hermana. Tenía que estar aquí.

—¿Cómo estás?

Me mira. Y en su cara hay algo que no he visto antes: paz. No felicidad. No satisfacción. Paz. La de alguien que ha esperado siete años una respuesta y por fin la tiene.

—Estoy bien —dice—. Por primera vez en mucho tiempo, estoy bien.

Cojo el tren de vuelta a Conil. Miro por la ventana. Los mismos campos, los mismos olivares, los mismos pueblos blancos. Pero todo parece diferente. Como si me hubiera quitado un cristal de delante de los ojos y el mundo, por fin, tuviera los colores que realmente tiene.

No sé qué va a pasar. No sé cuántos años me van a caer. No sé si Tomás me esperará, si Rocío volverá a hablarme, si podré conservar Casa Maresía.

Pero sé una cosa: la verdad está dicha. La deuda está en la mesa. Y pase lo que pase a partir de ahora, ya no estoy huyendo.

Por primera vez en siete años, estoy quieta.

29

Sentencia

La sentencia llega un viernes.

Marta me llama a las once de la mañana. Estoy en la terraza de Casa Maresía, mirando el mar, que hoy está azul y tranquilo como un lago. Descuelgo.

—Clara, tengo la sentencia.

—Dime.

—Dos años de prisión. Homicidio imprudente con atenuantes cualificadas: confesión voluntaria, intento de auxilio acreditado, colaboración con la justicia, ausencia de antecedentes. La jueza ha valorado especialmente el registro de la llamada al 112. Eso te ha salvado de una pena mayor.

Dos años.

Es una cifra. Un número. Veinticuatro meses. Setecientos treinta días. Pero cuando la oigo, lo que siento no es lo que

esperaba. No siento miedo. No siento desesperación. Lo que siento es algo extraño, casi vergonzoso: alivio.

Alivio porque tiene un nombre, un número, un final. Alivio porque ya no es la nube negra e indefinida que me ha perseguido durante siete años, el «¿y si me pillan?» que me despertaba a las tres de la mañana. Ahora es concreto. Dos años. Puedo contar los días. Puedo ver el final.

—¿Y Álex? —pregunto.

—Cuatro años. Encubrimiento, soborno de testigos, obstrucción a la justicia. La jueza ha sido dura con él. Ha considerado que su actuación agravó las consecuencias: impidió el auxilio, corrompió a un testigo, manipuló pruebas. Y el hecho de que lo hiciera siendo abogado colegiado le ha pesado. Inhabilitación profesional, además de la pena de cárcel.

Cuatro años. Más del doble que yo. La justicia, con su lógica imperfecta pero funcional, ha dictaminado que el hombre que encubrió el crimen es más culpable que la mujer que lo cometió. No sé si estoy de acuerdo. Pero no me toca a mí decidir.

—¿Cuándo tengo que ingresar?

—Tienes un mes para asuntos personales. Después, ingreso voluntario en el Centro Penitenciario de Puerto III.

Un mes. Treinta días para cerrar una vida.

———

Cuelgo. Me quedo sentada en la terraza. El sol me calienta la cara. Los limoneros del jardín tienen fruta madura y las

buganvillas siguen floreciendo como si nada pasara. Porque nada pasa. El mundo sigue. Las olas siguen rompiendo. Los pájaros siguen cantando. Solo mi vida ha cambiado.

O quizá mi vida ha cambiado hacia donde siempre tenía que ir.

Llamo a mi madre.

Es la conversación más difícil de todas. Más difícil que Tomás. Más difícil que Rocío. Más difícil que la jueza. Porque mi madre no sabe nada. Mi madre cree que me fui de Sevilla porque quería un cambio. Mi madre cree que soy buena persona. Mi madre no sabe que su hija mató a alguien y huyó.

Le cuento por teléfono. No puedo ir a Sevilla a hacerlo en persona. No tengo fuerzas para verle la cara mientras lo dice. Sé que es cobarde, pero también sé que mi depósito de valentía tiene un fondo y hoy ya casi no queda.

Mi madre llora. Llora durante un rato largo. Luego se enfada. Luego vuelve a llorar. Luego dice:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Siempre la misma pregunta. Siempre la misma respuesta.

—Porque no quería que sufrieras.

—¿Y crees que no he sufrido estos siete años viendo que algo te pasaba y sin saber qué? ¿Crees que no notaba que estabas triste, que tenías miedo, que no dormías? Clara, soy tu madre. Lo sabía. No sabía qué era, pero sabía que algo te comía por dentro.

Lloro. Es la primera vez que lloro de verdad, sin control, sin contención, desde que todo empezó. Lloro como se llora

cuando tienes treinta y cuatro años y le estás contando a tu madre que vas a ir a la cárcel.

—Voy a ir a verte —dice mi madre—. Mañana. Voy a coger el autobús y voy a Conil.

—Mamá, no tienes que...

—Clara. Voy a ir. No discutas.

No discuto.

———

El mes pasa rápido. Demasiado rápido.

Organizo las cosas de Casa Maresía. No la vendo. No puedo venderla. Es lo único que tengo y lo único a lo que quiero volver. Hablo con una agencia de gestión de alojamientos turísticos que se encargará de la casa mientras estoy fuera. Les doy las llaves, los códigos, las instrucciones para el desayuno, la lista de proveedores. Es como darle a un desconocido las instrucciones de tu vida.

Mi madre viene. Se queda una semana. Cocina para mí, limpia la casa, me obliga a comer cuando no tengo hambre. Por las noches nos sentamos en la terraza y hablamos. Me cuenta cosas de mi infancia que no recuerdo: la vez que me caí del tobogán y no lloré, la vez que rescaté un gato callejero y lo

escondí en mi habitación durante tres días. Historias de una niña que no sabía que un día haría algo terrible.

Le pregunto si puede perdonarme.

—No tengo nada que perdonarte —dice—. Eres mi hija. Hiciste algo horrible. Pero eres mi hija.

De Tomás no sé nada.

Le mandé un mensaje después de la sentencia: «Dos años. Ingreso en un mes. No te pido nada. Solo quería que lo

supieras.» No contestó. No le culpo. No tengo derecho a culpar a nadie.

Rocío vino una vez. Trajo una tarta de queso hecha por ella. No habló mucho. Se sentó en la cocina, comimos tarta, y cuando se fue me dijo:

—Dos años no son nada, Clara. Pasan volando.

No dijo «te espero.» No dijo «seguimos siendo amigas.» Pero vino. Y trajo tarta. Y a veces eso es suficiente.

Paula se fue de Casa Maresía el día después de la sentencia. Se despidió en la puerta, con una maleta pequeña y los ojos limpios.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—A Sevilla. A la tumba de Lucía. Necesito contarle que hemos encontrado la verdad.

—Paula...

—¿Sí?

—Si alguna vez quieres hablar...

—Ya hablaremos. Pero ahora no. Ahora necesito... procesar.

Se fue. No miró atrás. Caminó por el camino de tierra hasta la carretera y desapareció como había llegado: sin ruido, sin

fanfarria, como alguien que ha hecho lo que venía a hacer y ahora busca la siguiente estación.

———

El último día de libertad, me levanto al amanecer. Bajo a la playa. Camino descalza por la orilla, con el agua fría lamiéndome los pies, y miro el horizonte.

El mar está en calma. Esa calma real del Atlántico que solo aparece en los días perfectos, cuando el viento se calla y el agua se vuelve un espejo y el cielo y el mar se funden en una línea que no sabes si es principio o final.

Respiro.

Mañana estaré en una celda. Mañana no habrá mar, ni arena, ni sal, ni horizonte. Mañana empezarán los veinticuatro meses que la justicia ha decretado que debo pagar por lo que hice. Y los pagaré. Cada uno. Cada día. Cada hora. Porque es lo que corresponde. Porque Lucía Blanc no puede hacer nada de esto —ni caminar por la playa, ni oler la sal, ni sentir el agua fría— y yo sí. Y si el precio de haber vivido siete años más de los que merecía es pasar dos años encerrada, lo acepto.

Lo acepto.

Me quedo en la playa hasta que el sol sube y el pueblo se despierta y los primeros sonidos del día —un motor, una persiana, una voz— rompen el silencio.

Luego vuelvo a casa. Hago la maleta. Cierro las persianas. Riego las plantas por última vez.

Y salgo.

30

Dentro

La cárcel no es lo que esperaba.

No es peor. No es mejor. Es diferente. Es un mundo con sus propias reglas, su propio ritmo, su propia lógica. Un mundo donde el tiempo se mide de otra forma: no en horas sino en rutinas, no en días sino en semanas que se repiten como un patrón que alguien ha copiado y pegado infinitamente.

El Centro Penitenciario Puerto III está a las afueras de El Puerto de Santa María, a cuarenta minutos de Conil. Desde la ventana de mi celda se ve un trozo de cielo y, si me pongo de puntillas, el borde de una montaña baja que podría ser la Sierra de San Cristóbal. No se ve el mar. Pero se huele. Algunos días, cuando el viento viene del sur, la sal se cuela entre los barrotes y me golpea en la cara como un recuerdo.

Mi celda es pequeña: cuatro paredes, una cama, un lavabo, un estante. Comparto módulo con otras quince mujeres. La

mayoría están aquí por drogas. Algunas por estafa. Una por lesiones graves. Ninguna por lo mismo que yo.

La primera semana es la peor. No por la dureza, que es soportable, ni por la soledad, que es familiar. Es por la vergüenza. La vergüenza de que alguien te diga cuándo levantarte, cuándo comer, cuándo salir al patio. La vergüenza de que te cuenten como si fueras ganado. La vergüenza de llevar un uniforme que te dice lo que eres: una persona que hizo algo que la sociedad ha decidido que merece castigo.

Pero después de la primera semana, algo cambia.

Empiezo a dormir.

No bien. No ocho horas seguidas como la gente normal. Pero duermo. Cuatro horas, cinco, a veces seis. Sin despertarme a las tres de la mañana con el corazón desbocado. Sin la carretera. Sin los faros. Sin el golpe.

Es como si la celda, con toda su dureza, fuera la respuesta que mi cuerpo llevaba siete años buscando. Como si al fin hubiera un castigo proporcional, una consecuencia concreta, un precio que pagar. Y al tener precio, la culpa deja de ser infinita. Se convierte en algo medible: dos años. Setecientos treinta días. Cada uno que pasa es un día menos de deuda.

No desaparece. La culpa no desaparece. Pero se transforma. Pasa de ser un monstruo amorfo que te devora por dentro a ser algo más pequeño, más manejable. Un peso que cargas pero que no te aplasta.

———

Los días tienen estructura. Me levanto a las siete. Desayuno en el comedor —café malo, pan industrial, mantequilla de sobre

—. A las nueve, trabajo en la biblioteca del centro. Es lo que pedí y lo que me asignaron, quizá porque mi expediente dice que no soy violenta, que estoy aquí por voluntad propia, que cooperé desde el primer momento. La biblioteca es una sala con cuatro estanterías de metal y unos doscientos libros, la mayoría novelas rosas y manuales de autoayuda. Los clasifico, los ordeno, los reparo cuando se les sueltan las tapas. Es un trabajo pequeño, invisible, pero me gusta. Me recuerda a Casa Maresía: cuidar un espacio para que otros lo usen.

Por la tarde, salgo al patio. Una hora. El patio es un rectángulo de cemento con un par de bancos y una canasta de baloncesto sin red. Camino de punta a punta, como en la playa, pero sin arena, sin agua, sin horizonte. Treinta pasos de ida, treinta de vuelta. Un paseo de presa.

Pero camino. Y mientras camino, pienso. Pero ya no pienso en huir, ni en esconderme, ni en la puerta del pasillo que se abría sola. Pienso en después. En qué haré cuando salga. En quién seré.

———

Recibo cartas.

La primera es de mi madre, a la semana de ingresar. Escribe en papel azul, con su letra redonda de profesora de primaria:

«Querida Clara: no sé cómo se empieza una carta a una hija en la cárcel. No me lo enseñaron. Supongo que se empieza igual que cualquier carta: diciendo que te quiero. Te quiero, hija. He

ido a misa y he rezado por ti, y sé que tú no crees en eso, pero yo sí, y me ayuda. Cuídate. Come bien. Escríbeme.»

Le escribo. Cada semana.

La segunda carta llega un mes después. Es de Rocío.

«Clara, esto es raro. Nunca he escrito una carta en mi vida. Siempre te mando audios de tres minutos gritando, que es más mi estilo. Pero aquí va. La casa está bien. La agencia la lleva bien, aunque el tío que pone los desayunos no tiene ni idea de hacer tostadas con tomate. Le he dado una clase. El limonero está cargado. Te he cogido limones, espero que no te importe. Cuando salgas, te hago una tarta de limón que te mueras. Bueno, mala expresión. Ya sabes lo que quiero decir. Te echo de menos, boba.»

Leo la carta tres veces. La guardo debajo de la almohada.

De Tomás, nada. Durante meses, nada. Y lo acepto. Cada mañana miro el correo y cada mañana no hay nada de él y cada mañana me digo: es justo. Es lo que mereces. Esperabas que te esperara y eso no es justo para él.

———

Los meses pasan. Lento y rápido al mismo tiempo, como todo lo que duele: lento mientras lo vives, rápido cuando miras atrás.

Leo mucho. Me traen libros de fuera: los pido en una lista y mi madre los compra y me los envía. Leo novelas que no habría leído en libertad: Dostoievski, Camus, Carmen Martín Gaite. Leo «El extranjero» y me quedo un rato con el libro cerrado sobre el pecho, pensando en Meursault y en si yo soy como él.

Decido que no. Meursault no sentía nada. Yo siento demasiado.

Escribo. No un diario —no me atrevo a poner ciertas cosas por escrito—, pero sí cartas. A mi madre, a Rocío, a veces a nadie. Cartas que no envío, dirigidas a personas que no las leerán. Una carta a Lucía, que rompo después de escribirla porque es demasiado dolorosa. Una carta a Tomás, que guardo en el cajón. Una carta a Paula, que también guardo.

Y en algún momento, sin darme cuenta, empiezo a estar en paz.

No es felicidad. No es tranquilidad. Es algo más modesto, más real: la ausencia de la mentira. No tengo que fingir. No tengo que sonreír cuando no quiero. No tengo que esquivar preguntas ni inventar pasados ni disimular insomnios. Soy Clara Reyes, presa del módulo 3 del Centro Penitenciario Puerto III, cumpliendo condena por homicidio imprudente. Es horrible. Es cierto. Y la verdad, por horrible que sea, pesa menos que la mentira.

Pienso en Casa Maresía. En los desayunos. En el olor del limonero por la mañana. En el mar que se ve desde la terraza. En Tomás y su risa fácil. En Rocío y sus abrazos bruscos. En todo lo que tenía y que di por sentado porque estaba demasiado ocupada escondiéndome.

Pienso en volver. En abrir las persianas, en regar las plantas, en poner la cafetera, en bajar a la playa descalza. En ser la

misma persona pero diferente. En ser Clara de Conil pero sin el sótano, sin el pasillo, sin la puerta que se abría sola.

Porque la puerta ya está abierta. Y lo que había detrás ya no asusta.

Lo que había detrás era yo.

31

dedicatoria

Para quienes cargan con algo que no se atreven a contar.

32

Epílogo

Salgo un martes de septiembre.

Dieciocho meses, con reducción por buen comportamiento. Dieciocho meses en los que he aprendido a dormir, a leer sin prisa, a caminar treinta pasos de ida y treinta de vuelta, a vivir con la verdad como se vive con una cicatriz: sabiendo que está ahí, tocándola a veces, pero sin dejar que te defina.

La puerta del centro penitenciario se abre a las nueve de la mañana. El sol de septiembre me golpea la cara y los ojos me lloran del brillo. Llevo una bolsa con ropa, unos libros y una caja de cartón con las cartas que he guardado.

No hay nadie esperándome.

No le pedí a nadie que viniera. No quería esa escena de película: el abrazo en la puerta, las lágrimas de alegría, la música de fondo. La realidad no funciona así. La realidad es una mujer con una bolsa de deporte saliendo de una cárcel a las nueve de la mañana de un martes, cogiendo un autobús

público y mirando por la ventana mientras el mundo sigue girando como si nada hubiera pasado.

Porque para el mundo, nada ha pasado.

El autobús me lleva a El Puerto de Santa María. Allí cojo otro a Cádiz. Y otro a Conil. El mismo trayecto que hice hace siete años, cuando huía de Sevilla. Pero ahora no estoy huyendo. Estoy volviendo.

———

Conil está igual. El mar sigue ahí. Las casas blancas siguen ahí. La calle principal, los bares, la iglesia, la playa. Todo en su sitio, como si el tiempo en Conil fuera una cosa elástica que se estira pero nunca se rompe.

Camino hasta Casa Maresía. El camino de tierra, la verja, el buzón verde con el número 7. Los limoneros del jardín tienen fruta nueva. Las buganvillas están en flor, violeta intenso contra la pared blanca. Alguien ha regado.

Abro la puerta.

La casa huele a cerrado, pero no a abandono. La agencia la ha mantenido limpia, funcional. Los muebles están en su sitio.

La cocina está ordenada. El salón tiene una capa fina de polvo que desaparecerá con un trapo húmedo.

Subo a mi habitación. La cama está hecha. La mesilla tiene la lámpara de cerámica azul. Las fotos: mi madre y yo en la feria, Tomás y yo en la playa, Rocío y yo inaugurando La Sal.

Todas en su sitio. Nadie las ha movido.

———

Me siento en el porche. Miro el mar. Respiro.

Es entonces cuando veo los sobres.

Hay dos sobres en la mesa del porche, debajo de una piedra que alguien ha puesto para que no se los lleve el viento. Uno blanco. Uno azul.

Cojo el azul primero. La letra de mi madre:

«Bienvenida a casa, hija. He dejado naranjas en la nevera y un bizcocho en la encimera. Llámame cuando llegues. Te quiero mucho.»

Sonrío. El bizcocho de mi madre. Será de yogur, como siempre, un poco seco, un poco demasiado dulce. Perfecto.

Cojo el blanco. No reconozco la letra. Es pequeña, inclinada,

cuidadosa.

Lo abro.

Dentro hay una hoja doblada.

«Clara:

No sé si esta carta llegará antes que tú o después. No sé si la leerás. Pero necesito escribirla.

He tardado mucho en procesar todo esto. Meses. Muchos meses. Al principio estaba enfadado. Tan enfadado que rompí tres tablas de surf contra el suelo del garaje y Braulio tuvo que venir a calmarme. Luego estuve triste. Luego confuso. Luego todo a la vez.

No voy a mentirte: no sé si puedo volver a lo que teníamos. No sé si lo que teníamos era real, o si era una versión editada de ti que me enseñabas para que no viera lo de debajo. No lo sé. Y esa duda me come.

Pero sé una cosa. Fuiste a la policía. Fuiste tú sola, sin que nadie te obligara, y dijiste la verdad. Y eso, Clara, eso es lo

más valiente que he visto hacer a nadie en mi vida. Y he visto a gente meterse en olas de tres metros.

No estoy listo para vernos. Todavía no. Pero quiero que sepas que pienso en ti. Que he ido a regar tus plantas cada semana. Que el limonero tiene limones enormes este año.

Cuando esté listo, iré.

Tomás.»

Doblo la carta. La aprieto contra el pecho.

No lloro. He llorado lo suficiente para una vida entera. Lo que siento ahora es otra cosa: una grieta de luz en un sitio que estaba oscuro. No es promesa. No es perdón. No es final feliz. Es un «quizá.» Un «todavía.» Un «veremos.»

Es suficiente.

———

Hay un tercer sobre. Más pequeño. Estaba debajo del azul y no lo había visto. Papel manila, como el de la carpeta que encontré detrás del cuadro hace una vida entera.

La letra es de Paula.

«Clara:

No sé cómo escribir esta carta. He hecho veintidós borradores. Este es el veintitrés.

Vine a Conil a destruirte. Eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que, en algún momento que no sé identificar, dejé de querer hacerlo. No porque te perdonara. No te perdono. No sé si algún día podré. Mi hermana está muerta y tú estabas al

volante y eso no cambia por mucho que hablemos o lloremos o vayamos a juicios.

Pero. Siempre hay un pero. El pero es que te vi. Te vi de verdad, Clara. Vi que no dormías. Vi que te castigabas cada día. Vi que la culpa te había comido por dentro hasta dejarte hueca. Y vi que, cuando tuviste la oportunidad de huir otra vez, elegiste quedarte. Elegiste la verdad.

Lucía habría entendido eso. Lucía era de las que creían en las segundas oportunidades. Yo no sé si lo soy. Pero estoy intentándolo.

No voy a volver a Conil. Al menos no pronto. Necesito vivir en un sitio donde no me recuerde a todo esto. Pero quiero que sepas que no te odio. Que ya no te odio. Que lo que siento es algo más complicado que el odio y más difícil de nombrar. Algo que se parece a la comprensión, si la comprensión fuera una cosa con bordes afilados.

Cuídate, Clara. Cuida esa casa. Cuida los limoneros. Vive la vida que mi hermana no pudo vivir, y vívela bien. Eso es lo único que te pido. Que la vivas bien.

Paula.»

Dejo la carta en la mesa. Miro el mar. Está azul, inmenso, interminable.

Pienso en Lucía. En una chica de veintidós años con pecas y un pendiente de estrella que cruzaba un paso de peatones porque tenía derecho a cruzar. Pienso en ella todos los días. La pensaré siempre. Está en cada ola que rompe, en cada

atardecer, en cada mañana que me despierto y respiro y sigo aquí.

No merezco esta segunda oportunidad. Lo sé. Pero la tengo. Y voy a hacer con ella lo único que puedo hacer: vivirla. Con la culpa y con la gratitud y con el recuerdo de una carretera de noche y unos faros y un golpe que nunca dejará de sonar.

Me levanto del porche. Entro en la casa. Abro las ventanas. Dejo que entre el aire del mar, que huele a sal y a limón y a algo que podría ser, si lo miro desde el ángulo correcto, un principio.

Pongo la cafetera.

Bajo a la playa.

El agua está fría pero yo entro igualmente, con la ropa puesta, hasta las rodillas, hasta la cintura, hasta que las olas me empujan y me tiran y me hacen reír como no he reído en años.

No sé qué viene después.

Pero por primera vez, no me da miedo no saberlo.
